

**HAS ESTADO PLANEANDO
DEJAR A TU MARIDO.**

CONFINAMIENTO

AHORA NO HAY ESCAPATORIA.



MARIA FRANKLAND

UN THRILLER PSICOLÓGICO INQUIETANTE Y CLAUSTROFÓBICO

CONFINAMIENTO

HAS ESTADO PLANEANDO DEJAR A
TU MARIDO. AHORA NO HAY
ESCAPATORIA.

MARIA FRANKLAND

AUTONOMY



Para Michael y Matthew - mis compañeros de confinamiento casi perfectos

PRÓLOGO

—NUNCA IBA A ACABAR BIEN —murmura la mujer que está más cerca de mí, sin dirigirse a nadie en particular.

Asiento ante lo que dice. Todos hemos vislumbrado las sombras de sufrimiento en esta casa maldita al pasar por delante. Todos hemos contribuido a los rumores sobre la disfunción que existía tras esas puertas cerradas.

Y ahora este último rumor, para el que todos estamos preparados: la posibilidad de que al menos un cadáver yazca allí dentro. Otra cosa más que atormentará nuestras mentes cuando volvamos a estar encerrados en nuestros hogares.

Un escalofriante silencio ha caído sobre los que estamos aquí reunidos, solo interrumpido por el aullido de otra sirena que se aproxima. Mantenemos la distancia entre nosotros lo mejor que podemos, comunicándonos únicamente mediante miradas de asombro. De repente, la amenaza de una infección por Covid no parece tan significativa como lo que la policía está a punto de descubrir tras esas ventanas con cortinas.

—Volved a vuestras casas —Una voz, severa y autoritaria, rompe el inquietante silencio.

Pero nadie se mueve. Una segunda voz queda ahogada por el ensordecedor golpe del ariete al estrellarse una, dos y hasta tres veces contra la puerta.

Mientras los agentes se gritan entre sí desde detrás de sus mascarillas, lo único que podemos hacer es observar, tan impotentes como nos hemos visto obligados a estar todo este tiempo.

La fuerza de cada golpe reverbera por todo mi cuerpo, provocándome escalofríos de pavor.

Tras el cuarto golpe, se escucha un jadeo audible cuando la puerta cede con un último y resonante estruendo contra la pared del vestíbulo. Mientras la policía irrumpe en la casa, todos contenemos la respiración.

SIN TÍTULO

Melissa

1

—DEBERÍAS PONERTE en marcha con esto —Annie entrecierra los ojos contra la luz del sol de primera hora de la tarde—. Los titulares dicen que podríamos acabar como Italia y vernos obligados a algún tipo de confinamiento en los próximos días.

Estamos solas en el jardín de la cervecería. Muchas personas parecen haberse escondido en sus casas durante los últimos días. Una sutil tensión me atrapa, recordándome que yo también debería estar refugiándome en el interior.

—Como si no tuviera ya suficiente con lo que lidiar ahora mismo —momentáneamente perdida en mis pensamientos, estudio las costuras de mi vestido—. Todo es un maldito desastre.

—Intenté *advertirte* sobre él, Melissa. Una y otra vez, de hecho —desliza una goma de su muñeca y se recoge el pelo en un moño—. Dios, hace un calor sofocante aquí fuera. Parece más julio que marzo. Aunque es agradable poder llevar sandalias otra vez.

Asiento. *Hace* calor. Sin embargo, no pienso quitarme la rebeca. Si viera los moratones de mis brazos, se escandalizaría.

—No seas una *te lo dije* —digo con un suspiro, evitando su mirada. Lo que ha dicho es completamente cierto: *sí* me advirtió que tuviera cuidado con Justin, una advertencia que repitió a cada paso.

Ella nunca conoció a su exmujer, pero ha escuchado muchas historias sobre cuando estaban juntos por mi vecina de dos puertas

más allá, Diane. Estas historias no solo le han llegado a través de esta vecina; un par de otros vecinos también le han contado sus versiones a Annie durante los dieciocho meses que lleva viviendo en la zona. A menudo bromea diciendo que escuchar todos los cotilleos es tanto una bendición como una maldición, pero que forma parte de vivir encima de un pub.

Desestimé todas las advertencias sobre los celos posesivos y la violencia en el anterior matrimonio de Justin como rumores que su exmujer debía haber inventado y difundido.

En los dos años que he estado con él, el espectro de Lynette ha persistido, siempre como señal de la tormenta que se gestaba bajo nuestra superficie aparentemente idílica, pero una señal a la que no presté atención. La historia que Justin siempre contaba era que Lynette no se detendría ante nada para hundirle, especialmente mientras se estaban separando. Hablaba de cómo ella había conseguido poner a todos, incluido su hijo, en su contra con sus mentiras y exageraciones. Fui selectiva con lo que elegí creer, filtrando su narrativa para que encajara con la versión que yo quería oír.

Por lo que me contó, sonaba como uno de los divorcios más acrimoniosos que podría haber, y al principio, aunque quería mantenerme al margen de todo, no podía evitar sentir lástima por él.

Nuestra conexión online despertó una atracción magnética. Poco sabía yo que esa atracción ocultaba una fuerza más oscura, esperando a revelarse ante mis ojos. Todo lo que sabía de Justin, al principio, era su atención y la diversión espontánea que teníamos juntos. Ramos de flores y escapadas sorpresa de fin de semana se convirtieron en nuestra norma y siempre me estaba sorprendiendo. Una vez, mientras los niños estaban con Rick, y yo preparaba una cena especial de tres platos para Justin y para mí, me pregunté por qué estaba tan callado. Resultó que estaba reservando una escapada romántica a París. Fue uno de los fines de semana más felices que he pasado jamás.

Luego, para que los niños no se sintieran excluidos, reservó un fin de semana largo en una cabaña junto al mar. Mientras estábamos

allí, me insistió continuamente para que me mudara a su casa con mis hijos cuando volviéramos. Mientras le observaba construyendo castillos de arena con Ewan y Aisla, me di cuenta de que se me acababan las razones para negarme.

Entonces, poco a poco, su máscara comenzó a caer. Al final, no tenía nada detrás de lo que esconderse, y pude ver exactamente quién era.

—Lo siento, no quiero sonar tan moralista —los ojos de Annie son comprensivos mientras suspira—. Solo desearía que me hubieras escuchado antes. Especialmente antes de... —su voz se apaga mientras señala con un gesto mi vientre que se expande rápidamente. No necesita decir más.

—No es solo a *ti* a quien debería haber escuchado —apuro lo último de mi té—. Un par de vecinos me *preguntaron directamente* si tenía alguna idea en lo que me estaba metiendo.

Mi mente regresa al día de la mudanza, cuando Diane me acorraló por primera vez. Había una oscuridad en su rostro mientras me sugería que no tenía ni idea de con quién planeaba casarme. Reaccioné enfadada, diciéndole que se ocupara de sus asuntos.

Luego entré para reunirme con Justin. Estaba sirviendo champán para celebrar nuestro nuevo comienzo. No había absolutamente ningún indicio de ese hombre sobre el que Diane intentaba advertirme. Y *era* un nuevo comienzo, estábamos delirantes de felicidad.

Al menos, lo estuvimos al principio.

2

—SI ME HUBIERAS ESCUCHADO, podrías haberte ahorrado un año de matrimonio tan infeliz —a pesar de la disculpa que acaba de hacer, Annie no deja pasar la conversación de *te lo dije*—. Sin mencionar —continúa— todos estos trastornos y molestias a los que ahora te tienes que enfrentar... en un momento en que deberías estar descansando.

—Pero no ha sido un año entero, ¿verdad? Las cosas estaban más o menos bien entre nosotros hasta Navidad —digo—. O no estaría en *esta* situación. —Bajo las manos para descansar sobre mi vientre.

—Vamos, Melissa, sabes que eso no es cierto. —Annie juega con el pie de su copa de vino—. Incluso el verano pasado te quejabas de que pasaba más tiempo *aquí* que en casa.

—Sé que lo hacía. Pero *había* otra faceta de él, ¿sabes? Una faceta más amable. Incluso ahora, ocasionalmente, veo destellos de cómo era antes de que nos fuéramos a vivir juntos.

—Eso es solo parte del control que tiene sobre ti.

—Si siguiera tan bajo su control, no estaría a punto de marcharme, ¿no crees?

—Deberías haberlo hecho hace meses.

—Estaba demasiado ocupada culpándome de todo. Demasiado ocupada preguntándome si estaba haciendo algo para que él fuera

así.

—Lo sé. Gracias a Dios que logré hacerte entrar en razón. De todas formas, más vale tarde que nunca. Cuanto antes salgas de allí, mejor.

—Vale, Annie, ¿podemos hablar de otra cosa ahora?

Sin embargo, está envalentonada. —Su comportamiento delante de tus hijos debería haber sido la gota que colmara el vaso —dice—. Les arruinó la Navidad a todos.

No puedo discutirlo. Como Cameron, el hijo de Justin, se había negado a hablar con él cuando intentó llamarle, acabó de un humor negro, borracho y apestoso, y yo no pude hacer nada para apaciguarle. Los niños estaban aterrorizados; acabé teniendo que mandarlos a casa de su padre, después de luchar con uñas y dientes para poder tenerlos conmigo el día de Navidad. El plan original era llevarlos con Rick el día después de Navidad.

—De verdad *desearía* haberte escuchado. Pero a veces, se necesita tiempo para que alguien te muestre su verdadera cara.

—Supongo que viste lo que querías ver.

Algo en su tono me desinfla por completo. Sigo poniendo excusas por no haberme ido en el momento en que me mostró de lo que era capaz, pero realmente no hay ninguna.

—Estúpida —susurro, casi para mí misma, mientras el peso de mis malas decisiones se asienta con más fuerza sobre mis hombros. Miro a Annie—. No es solo a mí a quien he afectado, ¿verdad? He conseguido arrastrar a mis pobres hijos a todo esto. —Me seco una lágrima.

—Eh, lo siento. No quería que te alteraras.

—Tendrías que verlos, Annie. —Cada intento de secarme las lágrimas solo acelera su flujo—. Cada vez que mete la llave en la cerradura, el miedo se refleja en sus caras.

Saco un pañuelo de mi bolso y me seco los ojos. Luego miro alrededor de donde estamos sentadas. Cada vez que hablo de Justin, tengo el extraño temor de que esté escuchando en secreto y aparezca de repente. Está trabajando esta mañana, así que claramente es un temor *irracional*.

—Tranquila. No va a saltar de repente desde detrás de un árbol.
—Es como si me hubiera leído la mente.

—Aísla normalmente se escabulle escaleras arriba, pero el pobre Ewan parece pensar que es su trabajo protegerme. Me siento tan malditamente culpable. Y ahora habrá otro más en quien pensar.

—Estás haciendo algo al respecto *ahora*. Eso es lo principal. —Annie extiende la mano por encima de la mesa hacia la mía. Yo aparto la mía bruscamente.

—Está bien. —Se ríe, pero parece ligeramente dolida por mi rechazo—. No tengo ninguna peste.

—Es más probable que *tú* la cojas que *cualquier otra persona* —respondo—. Con todos esos pacientes enfermos que atiendes.

—Solo hemos tenido dos casos en nuestro hospital hasta ahora, y no han necesitado ingresar en cuidados intensivos.

—¿Siguen aislados?

—Por supuesto. No te preocupes, no he estado cerca de ellos.

—Entiendo lo que dices, pero tengo que tener cuidado estando embarazada, ¿no? Y luego está mi asma. —Como para tranquilizarme, busco mi inhalador en el bolso—. Llámame paranoica, pero...

—Estarás bien. Estamos sentadas *fuera*, ¿no? Y no ha habido *ningún* caso en Otley hasta ahora. *Ni uno solo*. Puede que ni siquiera llegue aquí, si todo el mundo tiene cuidado y sigue lavándose las manos.

—Aun así. —Junto mis manos bajo la mesa por si Annie tiene alguna idea de agarrarlas de nuevo. Ser tan cariñosa debe ser parte integral de ser enfermera—. Todo esto me asusta muchísimo, estoy tan estresada...

—No me extraña. ¿Te traigo otro té? —Señala mi taza con la cabeza y recoge su copa de vino vacía.

Se la acerco. —Venga, vale. Solo uno rápido.

Annie se levanta de la mesa y mira hacia el cielo azul despejado. —Ojalá mi trabajo me mandara a *mí* a casa hasta nuevo aviso con este tiempo que hace.

—Yo preferiría estar trabajando y que todo volviera a la normalidad. —Es verdad. Cuando estoy en mi puesto en la recepción

del hotel, casi puedo fingir que la vida real no existe más allá—. ¿Quieres que pague yo? —digo mientras busco mi monedero.

—No seas tonta. —Coge mi taza—. Al menos tiene que haber algunas ventajas de estar casada con el dueño del pub.

La observo mientras se dirige hacia la puerta trasera. Su mención de Simon me recuerda lo mal que me siento por no contarle lo que sé sobre él. Pero lo que hizo parece haber sido un desliz de borrachera, así que no quiero ser yo quien destruya el mundo de Annie tan poco después de haberse casado. Desde luego no en este momento, con la presión añadida del virus.

Aunque definitivamente voy a hablar con él cuando tenga la oportunidad. Quiero que sepa que yo lo sé. Tiene que tener muy claro que si *alguna vez* vuelve a serle infiel a mi amiga, la próxima vez no dudaré en contárselo.

Las risas lejanas de los niños resuenan en el aire, recordándome cuánto echo de menos a los míos. Me gustaría poder ir a recogerlos; muchos otros padres parecen estar manteniendo a los suyos en casa hoy. La única razón por la que no lo he hecho es porque se supone que voy a pasar esta tarde trasladando nuestras cosas al nuevo lugar, así que necesito tenerlos bien lejos.

Según los titulares, es solo cuestión de tiempo que cierren todas las escuelas de todos modos, y por lo que escuché en las noticias hace una hora, parece que podría ser tan pronto como hoy.

Mi mano busca instintivamente el móvil por lo que parece la millonésima vez desde que me levanté esta mañana, primero pulsando el botón de actualizar en mi correo electrónico y luego comprobando mi registro de llamadas —aún nada. Sigo mirando la pantalla como si eso fuera a hacer aparecer mágicamente la llamada que estoy esperando. *Vamos, vamos*. Deseo que suene, solo necesito oír las palabras *las llaves están listas para ti*, y entonces podré seguir adelante con todo.

Como le dije al agente la semana pasada, no necesito que revisen el lugar, lo limpien o lo que sea que suelen hacer — simplemente necesito esas llaves lo antes humanamente posible. Me

dio su palabra de que sería hoy. Sin embargo, el día va avanzando y ya son más de las dos.

Intentando controlar mi respiración, miro fijamente el árbol en la esquina del jardín de la cervecería, sus flores resplandeciendo en la casi imperceptible brisa. El día bañado por el sol, con su cielo sin nubes, ofrece poco consuelo a mi sombrío estado de ánimo; si acaso, me hace sentir aún más miserable por cómo ha ido todo mal. Y mis niveles de ansiedad están por las nubes mientras espero noticias sobre esas llaves.

El deseo de compartir una copa de vino con Annie me tira —aunque solo sea para calmarme, pero faltan otros cinco meses hasta que pueda disfrutar de una de esas.

Sé lo que tengo que hacer, pero hacerlo *con éxito*, por no mencionar *con seguridad*, es otra cuestión. Si se hace mucho más tarde, me veré obligada a posponer nuestra mudanza hasta mañana. Justin estará en casa en menos de cuatro horas, a menos que acabe aquí, en el pub, en cuyo caso podrían ser seis o siete. Pero no tengo forma de saberlo, y no puedo arriesgarme a que me pille en plena huida.

Me tomaré este último té con Annie —después de todo, no es como si pudiera hacer mucho hasta que tenga las llaves. Tengo nuestras cajas de embalaje escondidas en el desván y el número de un hombre con furgoneta listo en mi teléfono —solo rezo para que siga disponible con tan poco aviso. Le he dicho que estoy embarazada y está dispuesto a hacer todo el trabajo pesado por mí. Lo que no tiene ni idea son las circunstancias de las que estoy huyendo —quizás sería reacio a involucrarse si lo supiera.

La mudanza será un gran shock para Aisla y Ewan cuando los recoja del club extraescolar, pero Annie tiene razón —*necesito* ponerme en marcha con esto. Vuelvo a comprobar mi teléfono.

El sol hace brillar la purpurina que Aisla pintó en mis uñas la semana pasada. Hace tiempo que no me arreglo las uñas como es debido; ni siquiera he ido a la peluquería para mis habituales mechas desde antes de Navidad. En su lugar, cada céntimo de sobra ha ido a parar a mi fondo de escape. He conseguido reunir un

depósito y un mes de alquiler por adelantado sin que Justin lo notara.

Sin embargo, como Annie ya ha intentado advertirme, *el momento más peligroso suele ser justo antes de marcharte*.

Por mi bien, por el de los niños y por el del bebé, necesito tener mucho cuidado.

—Melissa —La voz de Annie es un siseo mientras se escabulle desde la puerta del pub y vuelve hacia mí. Su rostro está sombrío y lleno de preocupación—. Acaba de llegar.

3

—¿QUIÉN?

Gira la cabeza hacia el pub. —Justin. ¿No le oyes?

Se detiene en seco frente a mí. Efectivamente, aunque las palabras están amortiguadas, el tono de los furiosos gritos de Justin es inconfundible.

—Se supone que debería estar trabajando —susurro.

—Al parecer le han despedido, eso es lo que he podido entender de lo que decía. —Coloca mi taza rellena delante de mí. Intento levantarla, pero mis manos temblorosas delatan el miedo que pulsa a través de mí.

—Así que he dejado a Simon ocupándose de él.

—¿Ha perdido otro trabajo más? —Niego con la cabeza, sintiendo el peso de mi pelo enmarañado rozándome las mejillas—. Aunque no puedo decir que me sorprenda mucho.

—¿Seguía con el aviso final? —Se sienta de nuevo frente a mí.

—Lleva con un aviso final por escrito durante meses... ningún empleador tolera a alguien que falta constantemente, ¿verdad? —Normalmente, estaría preocupándome por cómo vamos a arreglárnoslas, pero como me voy, ya no va a ser mi problema.

—Simon dijo que es un poco vago para el trabajo. ¿Sigue igual de mal?

—Oh, sí. —Sonrío, a pesar del estrés que siento—. En las raras ocasiones que se molesta en ir, *siempre* llega tarde. Pensé que las cosas serían más fáciles, ya sabes, pudiendo unir nuestros recursos cuando nos fuimos a vivir juntos. Pero he acabado incluso más arruinada que cuando estaba sola. —Exhalo un suspiro entrecortado.

—¿Estás bien?

—Solo estresada. —Inclino la pantalla de mi móvil hacia mi cara—. Necesitaba que estuviera fuera de mi camino.

—Va a haber algún tipo de anuncio del gobierno en cualquier momento, podría ser incluso hoy. —Annie se limpia el pintalabios del borde de su vaso—. Podrían incluso prohibirnos salir de casa como está pasando en Italia.

Una imagen de las calles italianas desiertas que han mostrado en las noticias aparece en mi mente. —No creo que llegue a ese extremo. Sé que el virus es una enorme preocupación, pero las cosas no están ni de lejos tan mal *aquí* como en Europa. —Mientras hablo, estoy intentando convencerme a mí misma tanto como a Annie.

—Pase lo que pase, Melissa —adopta un tono más firme—, *tienes* que sacarte a ti y a esos niños de esa casa.

—Lo estoy intentando, ¿no? —No puedo apartar la mirada de la puerta. Si Justin me ve aquí fuera, atravesará esa puerta y comenzará a montar un espectáculo. Siempre recibo la peor parte de cualquier cosa que vaya mal en su vida. Normalmente se contiene delante de otras personas, así que quizás estaré más segura aquí. Sin embargo, a juzgar por cómo está comportándose ahí dentro ahora mismo, parece que ya no le importa cómo le puedan percibir.

—¿Sigue sin haber nada del agente? —Annie asiente hacia mi teléfono.

—No. Seguirá esperando a que los inquilinos anteriores devuelvan las llaves. Se supone que debían haberlas echado por el buzón de la agencia durante el fin de semana.

—Creo que deberías estar llamando al agente *ya*. Dios, si al menos Simon no hubiera ya alquilado ese piso a otra persona. —Asiente con la cabeza en dirección al bloque de pisos, varias puertas

más abajo—. Pero la mujer ya habrá firmado el contrato, se supone que se muda hoy.

—No nos habría servido. —A pesar de mis palabras, trato de mantener un elemento de gratitud en mi voz. Annie, después de todo, solo está intentando ayudarme—. ¡Literalmente da a la casa de la que estamos escapando!

—Cierto. —Parece pensativa—. Pero aun así estarías fuera de las mismas cuatro paredes que *él*. Honestamente, Melissa, estoy realmente preocupada por todos vosotros, especialmente después de lo que me has estado contando últimamente.

—Baja la voz. —Asiento en dirección al pub—. Mira, estaremos bien. —Intento cargar mi voz con una convicción que no siento—. Ya tengo casi todo preparado, ¿no? Todo lo que puedo hacer ahora es esperar la luz verde del agente.

—Sabes que puedes quedarte aquí si hay algún retraso. Te prometo no respirarte encima cuando vuelva de un turno. —Se ríe, aunque ambas sabemos que lo que está pasando no tiene nada de gracioso.

—Por lo que he leído, me clasifican como vulnerable y debería distanciarme completamente; lo llaman aislamiento protector. Pero necesito entrar en la nueva casa antes de poder hacer eso.

Definitivamente no debería estar *aquí*. Pero no lo digo. Si he de ser sincera, sin los niños o el trabajo para mantenerme ocupada, me he estado subiendo por las paredes esta mañana mientras esperaba la llamada del agente. No me lo pensé dos veces cuando Annie me envió un mensaje invitándome a tomar un té.

—Sí, hay bastantes personas que deberían estar protegiéndose.

—Intento no estarlo, pero *estoy* realmente asustada de contagiarme del virus. Quizás mis inhaladores ni siquiera funcionarían contra él.

—Bueno, lo dije en serio —dice mientras se coloca un mechón suelto detrás de la oreja—. Eres bienvenida aquí *cuando quieras*. Puedes presentarte siempre que lo necesites. Y si quieres, puedo contarle a Simon lo que está pasando para que puedas venir incluso cuando yo esté trabajando.

—Es muy amable por tu parte, pero este sería el *primer* lugar donde Justin me buscaría. Además, a Simon no le gustan mucho los niños, ¿verdad?

Annie pone los ojos en blanco. —Ya lo sé. Es de los que piensan que *los niños deben verse pero no oírse*.

—Y mis hijos no son precisamente de los que se ven pero no se oyen, ¿verdad? —sonríó, echándolos de menos más que nunca. Nunca me acostumbraré a que pasen cada fin de semana con su padre.

—¿No podrías dejarlos con su padre unos días y venir aquí tú sola?

—Si vivieras en un sitio donde Justin no me buscara, lo consideraría. Pero, si soy sincera, realmente no quiero hacer eso. Si él y Cara les clavan las garras durante mucho tiempo... —me estremezco mientras mi voz se apaga—. Entre otras cosas, la nueva mujer de Rick los mimaba de una forma con la que no puedo competir económicamente. Es como si estuviera intentando ganárselos. Algún día me dirán que prefieren dejarme e irse a vivir con su padre y su madrastra. Y me siento tan mal conmigo misma últimamente que una parte de mí ni siquiera les culparía.

—Caramba, ¿le oyes?

Hacemos una pausa. La voz elevada de Simon hace eco a través de una ventana abierta. Luego, un fuerte golpe, como un trueno, emana del interior.

—¿Qué demonios está pasando?

Un gélido desasosiego me invade mientras el repentino silencio perturba el ambiente. No puedo decirle a Annie que ya tengo una *muy* buena idea de lo que podría estar ocurriendo allí dentro.

Justin debe de sentirse bastante desesperado ahora que ha perdido su trabajo. Cuando inicialmente me planteó su plan para ganar dinero, me convencí de que era una broma. Pero vi algo en sus ojos que me dijo que si se veía acorralado, sería más que capaz de chantajear a uno de los pocos amigos que le quedan en la vida. Eso es lo único que puedo imaginar que está ocurriendo ahí dentro ahora mismo.

Echo un vistazo rápido a Annie. Todo va bien en su mundo hasta donde ella sabe, aparte de la situación del virus. Yo *no* quiero ser la persona responsable de destrozar su matrimonio. Pasábamos tiempo los cuatro —ellos y nosotros— antes de que las cosas empezaran a ir mal entre Justin y yo. Parecían tan felices juntos y ella me ha mostrado tanta simpatía y amistad que no puedo soportar hacerle daño. Si Justin hubiera podido guardar para sí lo que sabía...

—Necesitas terminar ese té y organizarte. Haré lo posible por mantener a Justin aquí y darte algo de tiempo, aunque dependerá de lo que haya pasado entre él y Simon.

—¿Cómo vas a conseguirlo? —rodeo la taza con los dedos; su calor me reconforta.

—Simplemente le atiborraré de jarras de cerveza, no te preocupes —sonríe.

—Eres un cielo, te agradezco mucho que lo intentes —me pongo en pie. Un inquietante silencio ha envuelto el lugar. Rezo para que Justin no se haya escabullido por la puerta principal. Si lo ha hecho, *todo* podría irse al traste.

—Me mantendrás informada, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haré.

—Y si todo falla —me grita Annie mientras me alejo—, robaré algo desagradable del botiquín de nuestra planta.

—¿Para qué?

—Para que lo mezcles con su comida, claro.

Le sonrío por encima del hombro. Puede que su voz esté llena de dulzura y luz, pero estaría más que feliz de hacer lo que fuera necesario para liberarme de Justin... si pudiera salirse con la suya.

ME DESLIZO por la puerta trasera del jardín de la cervecería para hacer el corto camino a casa. A un tiro de piedra de The Old Crown, está claro que Justin eligió esta casa con la intención de elegir también su pub local cuando la compró por primera vez con su ex esposa.

Tenía mis reservas sobre mudarme a una casa que originalmente había elegido otra mujer, pero decidí que podría darle mi propio toque y convertirla en un hogar más feliz de lo que evidentemente había sido en el pasado.

Aparte de su proximidad al pub, parecía perfecta cuando la visité por primera vez. Con sus amplios jardines y mucho espacio interior, era muy diferente de la estrecha y lúgubre casa adosada donde los niños incluso se habían visto obligados a compartir habitación.

La nueva inquilina mencionada por Annie no parece estar perdiendo el tiempo en instalarse en el piso vacante. Como si pensara que *nosotros* podríamos haberlo ocupado —incluso algunas de sus ventanas dan a las nuestras. Necesito alejarme lo más posible de Justin, a algún lugar donde no nos encuentre fácilmente, especialmente ahora que estoy esperando un hijo suyo.

Si tuviera que señalar un punto de inflexión en su comportamiento, lo situaría en torno al momento en que descubrí

que estaba embarazada. Quizás parte de ello es que tiene miedo de ser padre de nuevo, de perder a otro hijo como ya ha perdido a Cameron. Pero sea cual sea la razón, no es suficiente.

Con suerte, para cuando consiga encontrarme, ya habrá pasado a otra pobre mujer desprevenida a quien pueda contar todas sus historias tristes. Tendrá a otra persona a quien intimidar y de quien aprovecharse.

Justin, según él mismo admite, encuentra imposible estar solo — la razón principal, dijo, por la que quería que me mudara aquí tan pronto como él. Mi instinto me decía que esperara, pero cuando se arrodilló frente a la puerta del jardín, no pude evitar dejarme llevar por el romanticismo de todo aquello. Pero debería haber escuchado a mi instinto.

Me detengo ahora en nuestra verja, con las yemas de los dedos buscando los contornos del anillo que me entregó en este mismo lugar. Entonces recuerdo dónde lo puse —en un recipiente en el fregadero de la cocina porque tengo los dedos demasiado hinchados para llevar mis anillos. Justin incluso me ha reñido por eso, acusándome de no querer llevarlos para poder atraer a otros hombres. *¡Como si fuera posible!*

La nueva mujer también se detiene en su puerta del bloque de pisos de tres plantas. Se echa el pelo por detrás de un hombro mientras parece fijar su mirada en mí. Evidentemente de una edad similar, quizás esté considerando si acercarse y presentarse. Antes de que tenga la oportunidad, cierro la verja detrás de mí y me dirijo a la puerta de la parte trasera de la casa. No solo no tengo ganas de charlas triviales tal como me siento, sino que ya me he expuesto a más que suficiente riesgo de gérmenes de otras personas por un día.

Si ese virus acaba llegando a Otley *no* me va a encontrar a mí.

Ignoro el *yoo-hoo* de Diane, de dos puertas más allá. Finalmente me perdonó por decirle que se ocupara de sus asuntos cuando me estaba mudando, pero aún aprovechará cualquier oportunidad para seguir bombardeándome con sus consejos no solicitados. Desde que se enteró de que estoy embarazada, parece que tiene muchos más.

Ella y yo hemos congeniado ahora, pero ni siquiera *intenta* ocultar su antipatía por Justin.

Mientras meto la llave en la cerradura, miro en dirección opuesta a donde Diane me está saludando. *No te he visto. No te he oído.* Tengo el pelo sobre las orejas, así que si dice algo más tarde, fingiré que llevaba auriculares.

El parque infantil en el centro de nuestra plaza, normalmente repleto de preescolares y madres jóvenes, está desierto hoy. A mis hijos se les salían los ojos de las órbitas cuando vieron por primera vez los columpios y toboganes —era un mundo diferente al espacio exterior que teníamos en nuestro antiguo patio trasero. Allí no había suficiente espacio ni para dar vueltas a un ratón, mucho menos a un gato. Mis dos pequeños estaban tan emocionados como yo por mudarnos aquí al principio. Habría sido agradable formar parte de la comunidad que existe alrededor de la plaza, pero tristemente, no va a ser posible para nosotros.

Cada vez que pienso en mis hijos, siento el pecho tan pesado como un submarino. Especialmente ahora que se ha vuelto necesario someterlos a más cambios. Nunca he lidiado bien con la culpa.

Al cerrar la puerta tras de mí, me quito las sandalias de una patada y caen con estrépito sobre el suelo de madera. A Justin le gusta que nos quitemos los zapatos en casa. Sin embargo, no hay señal de sus zapatos; no hay indicios de que Justin haya vuelto por aquí en absoluto. Annie debe estar consiguiendo mantenerlo ocupado en el pub. Me dirijo a la cocina para abrir las puertas del patio mientras organizo todo. El sol se mueve hacia la parte trasera de la casa por la tarde, así que esto se convierte en una sauna.

Justin podría aparecer en cualquier momento, así que tengo que darme prisa con todo. La silla cruje bajo mi peso mientras enciendo mi portátil y recorro con la mirada la lista de correos electrónicos. Todavía no hay nada del agente. Una vez más, compruebo el registro de llamadas, tratando de acallar la sensación de inquietud que se expande por mi pecho. De nuevo, no hay absolutamente nada. Annie tenía razón —no puedo quedarme sentada esperando a que el agente me contacte. Especialmente después de haber

escuchado por mí misma en qué tipo de humor es probable que esté Justin cuando regrese. Hoy no hace falta adivinar.

Hago clic en un nuevo navegador y busco Matthew and Co. Agentes Inmobiliarios. Mi corazón late como en una discoteca mientras copio su número en mi teléfono. *¿Por qué demonios no los llamé esta mañana?* De ninguna manera debería haberlo dejado para tan tarde.

Cuando estoy a punto de pulsar llamar, el repentino timbre de mi teléfono me hace dar un respingo. Es Rick. ¿Qué querrá? Normalmente no llamaría un lunes. De hecho, normalmente no me llama *nunca*. Aunque es tentador ignorarlo y seguir con lo que se supone que debo estar haciendo, mi curiosidad se despierta.

—Soy yo —anuncia.

—Ya lo veo. ¿Qué ocurre?

—Solo pensé que deberías saber que tengo a los niños aquí.

—¿En tu casa? —Mi voz se eleva—. ¿Desde cuándo? —Empujo mi silla hacia atrás con un chirrido y me dirijo a zancadas hacia el fregadero—. Deberían estar todavía en el colegio.

—El colegio me llamó justo antes del almuerzo. —Su voz tiene un rastro de suficiencia—. Para que los recogiera.

—¿Por qué te llamarían a *tí*? Yo soy el primer punto de contacto. —Quizás haya algo mal con mi teléfono. Esta podría ser la razón por la que el agente inmobiliario no ha podido contactarme. Y ahora el colegio.

—¿No has estado viendo las noticias, Melissa? Han cerrado todos los colegios.

—¿Hablas en serio? —Camino por el suelo, mis pies descalzos golpeando contra las baldosas—. Sé que estaban hablando de ello antes, pero...

—Olvídate de todo eso. —Hace una pausa—. Pero debes saber que los niños *querían* venir aquí. —Puedo oír la sonrisa en su voz. Suena aún más petulante ahora.

—Espera. —Levanto la mirada hacia el reloj—. Son más de las tres. ¿Por qué me estoy enterando solo ahora de que el colegio está cerrado?

—Porque me llamaron a *mí* —repite—. Como acabo de decir, los niños se lo pidieron.

—¿Por qué harían eso? —Cierro los ojos. Ya sé la respuesta y solo puedo imaginar la confusión que deben haber sentido al tomar esta decisión.

—¿Tú qué crees? —Su tono parece oscurecerse.

—Pero no es tu día, Rick. —No voy a morder el anzuelo. Actuaré con normalidad y cuando los recupere, hablaré con ellos adecuadamente—. Ya los has tenido todo el fin de semana. ¿Cuándo los traerás a casa?

—No lo haré —responde.

—¿Perdona? —Por un momento, me pregunto si le he oído mal. Seguramente no me haría esto, no me impediría *realmente* que los niños vuelvan conmigo.

—No quieren estar cerca de *él* —continúa Rick—. Y después de lo que me han estado contando sobre vuestra miserable vida en casa, yo tampoco quiero que estén cerca de él.

Algo dentro de mí cede y me hundo de nuevo en la silla. Siempre he sabido que esta situación llegaría tarde o temprano. Aisla ha empezado a mojar la cama, lo que a los ocho años le da muchísima vergüenza. Siempre ha sido la niña de papá, así que debería haber sabido que tarde o temprano le contaría a Rick lo que ha estado pasando aquí.

Luego está Ewan, solo dos años mayor que ella, que se ha impuesto a sí mismo actuar como mi protector, ya sea cuando Justin me grita, da vueltas furioso por la casa, o algo peor. El hecho de que esté esperando al hermanito o hermanita de Ewan probablemente contribuya a su necesidad de defenderme.

Por mucho que haya intentado enviarlo a su habitación junto con Aisla, se niega a moverse. Y ahora no quiere estar aquí en absoluto. Está muy mal —nunca debería haberme quedado tanto tiempo. Por eso voy a marcharme antes de que se vean más afectados.

Voy a dejar a Justin, pase lo que pase. Luego, tan pronto como salga de aquí, iniciaré los trámites de divorcio. Me habré divorciado dos veces antes de cumplir los cuarenta.

—Estoy arreglándolo todo, Rick. Te lo prometo —las palabras vacilan en mi garganta, un débil intento de tranquilizarle. La fragilidad de mi promesa flota en el aire, una súplica desesperada de comprensión. Mi voz, aunque pequeña, resuena en la silenciosa cocina. Intento mantener un tono neutral, ocultando la turbulencia que siento por dentro.

Desde la primera vez que Rick y Justin cruzaron miradas, un palpable desagrado flotó en el aire, espesándose con cada mirada compartida y palabra intercambiada desde entonces. He tenido que impedir a Justin en varias ocasiones que hablara mal de Rick delante de los niños. Además de esto, me he visto obligada a ampliar la estancia de los niños en casa de su padre cada fin de semana con una noche más.

Después de que Justin intentara atacar a Rick delante de los niños en enero, él se niega a acercarse a esta casa. No tengo más remedio que aceptar que los deje en el colegio el lunes por la mañana en vez de devolverlos el domingo por la noche como solía hacer. Cada fin de semana, los añoro, pero siempre debo mantenerlo oculto por miedo a disgustar a Justin.

—¿Cómo estás *arreglándolo*? —las palabras de Rick destilan sarcasmo. Sería muy fácil perder los estribos con él ahora mismo, especialmente con cómo me siento, pero necesito mantener las cosas cordiales entre nosotros. No es como si estuviera en una posición muy fuerte en este momento.

Detrás de la voz de Rick, puedo oír una televisión y las voces de mis hijos. Me rompe el corazón que no hayan querido volver a casa conmigo, pero, al mismo tiempo, lo entiendo completamente. No es que no quieran volver con *migo* —es al cien por cien por Justin. En los últimos meses desde que todo se volvió amargo, le he permitido tener demasiado control sobre mi vida. No puedo permitir que se interponga entre mis hijos y yo más de lo que ya lo ha hecho. Cuanto antes salga de aquí, mejor.

—¿Puedo hablar con ellos, por favor?

No he visto a Aisla y Ewan desde el viernes por la mañana cuando los dejé en el colegio. Para muchas madres, el espacio sin

uniformes escolares, pruebas de ortografía y fiambreras podría ser un alivio, pero para mí es una tortura.

—AISLA ESTÁ REALMENTE DISGUSTADA —Rick baja la voz—. Se siente fatal por no querer volver contigo, y en cuanto a Ewan, está muy preocupado por todo esto. Simplemente no está bien, Melissa.

—Lo sé. —Mi voz tiembla, ahogada con lágrimas contenidas. Se está quedando con mis hijos; esto está ocurriendo de verdad.

—Un niño de diez años no debería estar preocupado por la seguridad de su madre —continúa—. A causa de sus propias decisiones precipitadas e imprudentes.

—¿Debo suponer que el colegio también conoce *todo* sobre nuestra situación?

—¿Es eso lo único que te importa?

—Claro que no. Mira, Rick, no puedes hacerme sentir peor de lo que ya me siento. Estoy intentando...

—Respondiendo a tu pregunta, el colegio sabe que estás con un hombre que se emborracha, os grita a ti y a los niños, y cree que está bien hacer agujeros en las paredes delante de ellos.

Echo un vistazo al último agujero del jueves por la noche. Ni siquiera recuerdo qué lo provocó. Si no tengo cuidado, acabaré con los servicios sociales en la puerta antes de que pase mucho tiempo. ¿Cómo puedo explicarle a Rick que cada movimiento que hago es como caminar por una cuerda floja entre la dura realidad de mi vida que se desmorona y mi deseo de proteger a los niños?

—Como padre, no puedo permitir que vivan con alguien así.

Difícilmente puedo discutir con él. —Lo sé. —Me desplomo aún más sobre la mesa y miro hacia el jardín. Las botas de agua de Aisla están junto al cobertizo y al lado está la bicicleta de Ewan, que se suponía que debía haber guardado.

—La cuestión es, Melissa —la voz de Rick se suaviza—. ¿Qué estás haciendo al respecto?

—Lo estoy solucionando.

—Vale. Me alivia oírlo. Siempre que entiendas que tendrán que quedarse con nosotros hasta que lo hagas.

—Pero, pero... no sé cuánto tiempo me va a llevar. —Miro el reloj otra vez. El tiempo pasa y necesito conseguir esas llaves hoy. Pero ¿y si no puedo? ¿Y si nos confinamos como Italia y...?

—Se quedarán con nosotros hasta que te alejes de él. Lo digo en serio.

—Pero por favor... ¿qué pasa si nosotros...? Mira, por favor no me hagas esto. —La magnitud de lo que está ocurriendo aquí realmente me está calando hondo.

—No puedo simplemente dejar que vuelvan y estén cerca de ese hombre, Melissa. No después de lo que han contado a sus profesores hoy. Y Cara está de acuerdo conmigo.

Una imagen de la nueva esposa de Rick aparece en mi mente. Seguro que está disfrutando con todo esto. Sé por los niños que ella y Rick quieren un bebé propio y hasta que esto ocurra, *mis* hijos parecen ocupar ese espacio para ella. Sé que debería sentirme aliviada de que haga que Aisla y Ewan se sientan más que bienvenidos en su casa y queridos mientras se quedan allí, y *estoy* agradecida. Sin embargo, la parte maternal de mí, la parte que no puedo controlar, se siente increíblemente desplazada y, bueno, celosa. La mujer se apropió de mi marido cuando todavía estábamos juntos, y ahora parece que está intentando robarme a mis hijos. Y ahora mismo, no tengo argumentos para defenderme.

Su traición con Cara casi me destruyó, y fue aún más dolorosa porque reflejaba exactamente lo que mi padre le hizo a mi madre cuando yo tenía la misma edad que Aisla.

Y cuando tuvo más hijos con su nueva esposa, me sentí aún más desplazada. Aisla y Ewan lo son *todo* para mí, y Rick y Cara *no* se van a quedar con ellos; echarlos de menos los fines de semana ya es bastante insoportable sin la posibilidad de que esto continúe indefinidamente.

—Voy a dejarlo, de verdad. —Cierro los ojos. La enormidad de lo que le estoy revelando a Rick, la segunda persona en quien he confiado esta información, me abruma. ¿Usará mi inestabilidad en mi contra?

—¿Y cuándo será eso? —Volvemos a su tono de voz sarcástico.

—Podría ser hoy o podría ser mañana, pero será lo antes posible. Solo estoy esperando a conseguir las llaves de la agencia inmobiliaria.

—¿Las llaves de dónde, exactamente?

—De una casa que he encontrado cerca del colegio de los niños.

—Realmente, necesito colgar y hacer lo que tengo que hacer. Especialmente ahora.

—¿Los mudas *otra vez*? No es de extrañar que Aisla esté tan inquieta.

—Dios, no puedo ganar en esto, ¿verdad? —Me llevo las manos a la cabeza—. No quieres que estén cerca de Justin, pero incluso cuando te digo que lo voy a dejar, tú...

—¿Así que tendrán un tercer hogar en el que instalarse? —me interrumpe—. En realidad, un cuarto hogar si incluimos nuestra casa, en poco más de un año.

—¿Tengo que recordarte quién destrozó nuestra familia en primer lugar? —espeto, encontrando por fin, gracias a Dios, mi lado combativo. Esto es una auténtica pesadilla. Justin podría entrar por esa puerta en cualquier momento, y aquí estoy, discutiendo con mi ex marido por los niños—. No puedes simplemente *llevártelos* así, Rick. Ellos viven *conmigo*.

—No me los estoy *llevando sin más*. *Podrás* recuperarlos cuando te alejes por completo de ese inútil y consigas un lugar seguro donde puedan vivir —responde él—. Lo digo en serio, Melissa: obligarlos a vivir en el tipo de ambiente que les has estado ofreciendo les está haciendo daño.

Una gruesa lágrima cae de mi barbilla a la mesa. Ya no puedo contener el llanto. —Estaba a punto de llamar a la agencia inmobiliaria cuando me has llamado —comienzo, incapaz de ocultar la tristeza en mi voz—. Voy a colgar ahora, Rick. Te avisaré cuando lo tenga todo solucionado.

—De acuerdo. —Su voz se suaviza de nuevo. Nunca ha soportado verme llorar, ni siquiera cuando nos estábamos separando—. Y lo creas o no, Melissa, de verdad *lamento* que hayamos llegado a esto.

—Yo también —respondo. Pero ya ha colgado.

Inhalo profundamente, intentando controlar el temblor en mi pecho. Mis respiraciones aceleradas están bailando rítmicamente con el caos que me rodea. Las llaves de esa casa son nuestro salvavidas, nuestro boleto hacia un nuevo comienzo. Pulso el botón de llamada con el número de la agencia. Conseguir esas llaves esta tarde se ha vuelto tres veces más urgente. Solo quiero recuperar a mis hijos. *Necesito* recuperarlos.

Agencia Inmobiliaria Matthew y Cía. Debido a la continua incertidumbre y la posibilidad de próximas medidas gubernamentales por la pandemia del Coronavirus, nuestras oficinas están temporalmente cerradas. Este buzón y nuestra bandeja de entrada de correo electrónico serán monitorizados, así que deje un mensaje y nos pondremos en contacto con usted lo antes posible.

La frustración hierve dentro de mí. —¡Este maldito virus! —murmuro, incapaz de comprender su implacable impacto. Primero mi trabajo, luego el colegio... ahora todo se está viendo afectado.

—Soy Melissa Rose —suelto—. Pagué una señal por una casa que vi la semana pasada y me dijisteis que podría tener las llaves cuando el inquilino actual las devolviera. —Estoy hablando atropelladamente pero necesito decir todo esto por si hay un límite de tiempo para el mensaje—. Necesito las llaves, las necesito hoy. Tengo la fianza y un mes de alquiler listos para vosotros. Por favor, llamadme, es realmente urgente.

Abro mi correo electrónico para buscar el mensaje que recibí del hombre que me enseñó la casa. Mi visión se nubla con lágrimas, distorsionando la pantalla y la incertidumbre que se cierne sobre mí. Estoy llorando todo el tiempo últimamente; creo que son parte hormonas y parte circunstancias. Justin me ha repetido que soy insoportable. Por eso, dice, pasa tanto tiempo en el pub.

Envío rápidamente un correo diciendo algo similar a mi mensaje de voz. Seguramente revisarán sus mensajes antes de que termine la tarde, ¿no? *Tienen que hacerlo.*

La casa a la que se supone que nos vamos a mudar es incluso más pequeña que la que dejamos el año pasado, pero tendrá que servir por ahora. Tan pronto como pueda volver a trabajar, pediré horas extras. Luego ahorraré para un lugar mejor; conseguiré un segundo empleo mientras aún pueda trabajar, hasta que llegue el bebé. Haré lo que sea necesario.

Aun así, no hace daño seguir buscando; quizás haya algo más disponible de inmediato para nosotros. Tal y como están las cosas, estaría tentada de aceptar un lugar sin ni siquiera verlo primero.

Escribo: *casas en alquiler en Otley*. La mayoría de las casas que aparecen ya están alquiladas por Matthew y Cía., con carteles de *alquiler acordado* sobre ellas. Pero hay algunos otros lugares con otra agencia inmobiliaria local, incluido uno que podría aceptar inmediatamente. Está *parcialmente amueblado*, lo que sería útil ya que no podré llevarme mucho de aquí. Son un par de cientos de libras más para pagar el primer mes de alquiler, pero puedo reunir las. Abro otro navegador para iniciar sesión en mi cuenta bancaria. Debería tener justo lo suficiente, pero necesito verificar antes de llamar para ver si la casa sigue disponible. Si no, solicitaré un descubierto.

Suelto un largo suspiro. Tengo suficiente. Y la casa está solo al otro lado de Otley. Si tan solo pudiera conseguir que alguien de la agencia se reuniera conmigo allí en las próximas horas, podrían darme las llaves de inmediato. Mis dedos temblorosos presionan

desesperadamente los botones de mi teléfono. En segundos me conecto a un mensaje grabado, y es similar al anterior.

—¡Maldita sea! —golpeo mi teléfono contra la mesa.

Justo cuando la puerta principal se cierra de golpe.

JUSTIN IRRUMPE EN LA COCINA, sus pasos resonando con una energía agitada. Cierro de golpe la tapa de mi portátil antes de deslizar mi móvil de vuelta hacia mí a través de la mesa y dejarlo caer en mi bolso.

Ha pasado más de una hora desde que dejé a Annie en el jardín de la cervecería. Esperaba que Justin ahogara sus penas más de lo que parece haber hecho. Su sobriedad plantea más preguntas que respuestas.

—Me han despedido —anuncia, golpeando su petaca contra la encimera.

Ahórrame lo obvio, casi replico. Claramente, nunca se dio cuenta de que estaba fuera con Annie cuando llegó al pub antes. Sin duda, estaba demasiado ocupado dando ultimátums a su supuesto amigo.

—¿Por qué? —necesito actuar con normalidad aquí. Si detecta el más mínimo indicio de lo que estoy tramando, estará golpeando más que su petaca contra la encimera.

—Para no tener que pagarme nada si esta mierda del virus empeora. Se ha llevado las herramientas que estaba usando, todo. —Me da la espalda y agarra el borde del fregadero.

Miro fijamente sus hombros encorvados. —No sé qué decir —. Es cierto, no lo sé.

—Y ahora ese *imbécil* me ha prohibido la entrada al pub también.
—Suelta el fregadero y marcha hacia la nevera—. Qué día tan brillante estoy teniendo.

—¿Quién? ¿Simon? ¿Qué quieres decir con *prohibido la entrada*?
—Permanezco sentada en la mesa. Quizás sería mejor apartarme del camino, mientras estoy tan insegura sobre el humor de Justin. No puedo soportar más hoy.

—He estado caminando por ahí —arranca una cerveza del estante—. Intentando aclarar mis ideas antes de hacerle algún daño.

—¿Por qué te ha prohibido la entrada? —Ignoraré la parte de *hacerle algún daño*. Ya tengo más que suficientes preocupaciones.

—¿Por qué crees?

—Llevaste a cabo tu plan, supongo. —Apenas me atrevo a mirar su cara. En su lugar, miro fijamente sus botas de trabajo, resistiendo el impulso de preguntar por qué el resto de nosotros tenemos que dejar nuestros zapatos en la puerta.

—Desde luego que sí. —Saca pecho—. Le he dejado bastante en qué pensar, digámoslo así.

—Pero se supone que es tu amigo, sinceramente pensé que estabas bromeando cuando...

—Cinco mil libras no son nada para él.

—¿Cinco mil libras? Dios mío. ¿A qué estás jugando?

Simon debe lamentar el día que asistió a esa despedida de soltero en enero más que cualquier otro arrepentimiento en su vida.

—¿Qué opción tenía? He perdido mi trabajo; al menos, esto me mantendrá a flote por un tiempo.

Lo hace sonar como si hubiera solicitado un préstamo bancario.

—Es chantaje descarado, Justin. Podría involucrar a la policía.

Incluso yo podría estar implicada. Después de todo, sabía lo que Justin planeaba, pero no me lo tomé completamente en serio.

—¿No te molesta lo que le ha hecho a tu amiga? Pensaba que vosotras dos erais uña y carne. ¿No crees que un hombre que no puede mantener sus pantalones abrochados debería recibir su merecido?

—Sí, lo creo, por eso Annie debería saberlo. Pero *esto...*

—Yo nunca te sería infiel, ¿sabes? —Abre su lata de cerveza con un siseo. A juzgar por el tono de su voz, acaba de decir algo por lo que cree que debería estarle agradecida.

No, pero harías muchas otras cosas además. En lugar de decir esto, intento calmar mi voz. —Debes ver que todo esto está mal, Justin. Chantajear a tu amigo por una aventura de una noche... y todavía no puedo entender por qué me lo contaste a *mí*. No necesitaba saberlo y ciertamente nunca quise.

—Ojalá no lo hubiera hecho. Pero estaba borracho —responde—. De todos modos, fue más que *una* noche... ¿no te lo dije? —Gira para mirarme de frente—. Estuvimos fuera *dos* noches. Estoy seguro de que te conté cómo volvió a por más y... —Una sonrisa se extiende por su cara. Antes me encantaba su sonrisa. Ahora me encantaría tener el valor de borrarla de un bofetón—. Tengo pruebas en vídeo para demostrarlo.

Le miro fijamente. Pensaba que era un hombre tan atractivo hasta que me di cuenta de lo feo que puede ser por dentro. —Te das cuenta de que voy a *tener* que contárselo a Annie —digo—. Una noche ya es imperdonable pero ¿*dos*? Tiene derecho a saberlo.

—Como ya he dicho... —Su expresión se endurece—. No puedes decir nada. ¿Qué influencia tendré sobre Simon si lo haces? Lo arruinarás todo.

—No me importa nada de eso —intento llenar mi voz con una autoridad que no siento—. Lo que estás haciendo está mal.

—Cuando quiera que te sientes en tu trono a juzgarme, te lo pediré, ¿vale?

Al menos estamos teniendo lo que probablemente podría considerarse una discusión *normal*, al menos según nuestros estándares. Por suerte, tal como están las cosas, parece no tener ni idea de lo que estoy planeando hacer. Una parte de mí desearía presenciar su reacción cuando se dé cuenta de que he tenido el valor de abandonarlo, pero la otra parte no quiere volver a pensar ni sentir nada por él nunca más, una vez que haya conseguido alejarme con los niños.

—Mira, ¿podemos dejar todo esto por ahora, Justin? Sinceramente, desearía que nunca me hubieras contado nada de

esto... *no* tiene absolutamente nada que ver conmigo —necesito alejarme de él; el agente inmobiliario podría haberme enviado un mensaje ya y, en cuanto lo haga, no habrá un segundo que perder.

—Necesito estar seguro de que no vas a involucrarte —se acerca más a mí—. Por la forma en que estás actuando, no estoy seguro de poder confiar en ti.

—No voy a decir ni una palabra.

Todavía.

—Si repites *algo*, le diré que eras *tú* con quien se ha estado acostando.

—¿Qué? —Sus palabras tardan un momento en calar. Debería haber sabido que sería capaz de llevar a cabo una amenaza tan ridícula. Es capaz prácticamente de cualquier cosa. Parece que hay pocos abismos a los que este hombre no esté dispuesto a descender.

—No seas tan ridículo, ¿por qué mentirías así? ¿Qué demonios te ha pasado?

—Diré que os encontré juntos —continúa—. Y eso es solo el principio. No me presiones con esto, Melissa. Necesito ese dinero, especialmente ahora.

—Acabo de decir que no voy a decir ni una palabra —mi voz se eleva mientras me repito. Está encerrado en sí mismo otra vez y claramente no me está escuchando.

Incluso si mintiera, como está amenazando con hacer, Annie no le creería en un millón de años, sin importar lo convincente que pueda ser cuando se lo propone.

Pero ella descubrirá lo que Simon hizo tarde o temprano, ya sea Justin quien lo revele o yo. Es una pena que haya hecho lo que ha hecho. Pensaba que eran felices juntos; se casaron justo después de nosotros.

—¿Y si no te creo? —Hay un indicio de amenaza en su voz. Estoy tan harta de vivir así.

No creo que Justin jamás me golpee, especialmente ahora que estoy embarazada, pero me ha inmovilizado contra suficientes paredes y suelos como para sospechar que me hará algo más que intentar *darle la vuelta a la tortilla* cuando le cuente a Annie lo que Simon hizo a sus espaldas.

Pero tan pronto como escape de este matrimonio y me vaya de aquí, estaré a salvo para contárselo. Ahora que sé que no fue solo un desliz de borrachera y que volvió a por más con esa mujer, no hay forma de que pueda justificar no decírselo.

Pero ahora mismo, necesito centrarme en alejarme de Justin. Tengo que decidir qué voy a hacer antes de que sea demasiado tarde. Quizás le diga que voy a dar un paseo. Sin embargo, vigilará para ver si llevo el móvil. Así es como opera. Sospechará e incluso podría decir que viene conmigo. Le miro y me siento aún más inquieta cuando noto con qué intensidad me está observando.

MI MADRE SOLÍA DECIR que mis expresiones faciales siempre revelaban lo que estaba pensando. A juzgar por cómo Justin está de pie, o más bien cómo se cierne, justo frente a mí, realmente espero que no pueda leer cómo estoy tramando mi huida.

Nos miramos el uno al otro durante un momento. Somos como oponentes en un ring más que la pareja felizmente casada que intentamos ser. Me resulta incomprensible ahora cómo acabé casándome y esperando mi tercer hijo con este hombre. Supongo que en su momento pensé que lo tenía calado. Todo lo que podía ver era un futuro feliz para nosotros.

Después de distanciarse cada vez más de su hijo, dijo que lo único que quería era una familia para llenar estas cuatro paredes de amor y risas de nuevo. Sin embargo, tal como han resultado las cosas, se han llenado de todo menos de eso.

—Espero que no estés planeando traicionarme en esto, Melissa.

—No lo estoy haciendo —mi voz se eleva. No va a ceder.

—Como mi esposa, tu lealtad debería estar conmigo.

¿Qué puedo decir a eso? —Mira, Justin. ¿Podemos simplemente cambiar de tema? Estaba pensando en salir a dar un paseo. Hace un día precioso y...

—Solo conoces a esa mujer desde hace cinco minutos —es como un perro con un hueso—. Y en cualquier caso —continúa—, creo que

solo te hiciste amiga de ella para vigilarme en el pub.

La antigua yo le diría que no se diera tantos aires, pero eso solo conseguiría alargar esta conversación. Me cuelgo el bolso al hombro y me dirijo hacia el pasillo. No ha cuestionado lo que dije sobre salir a dar un paseo, así que quizás pueda escabullirme. Necesito pensar qué demonios voy a hacer para recuperar a mis hijos.

—¿Qué haces en casa a esta hora de todos modos? —me grita.

Me giro en el umbral. —Me mandaron a casa esta mañana del trabajo. Hasta nuevo aviso.

—¿Por qué? —bebe un largo trago de su lata—. ¿Por ese supuesto virus? Son tonterías si me preguntas a mí. Alarmismo mediático —aparece en la puerta de la cocina.

—¿Son tonterías? No lo sabemos —por Dios, inconscientemente he entrado en otra conversación con él. No sé por qué malgasto mi aliento. Cualquier opinión que difiera de la de Justin siempre es inválida.

—Obviamente eres una de esas personas que creen todo el alarmismo.

—Creo que es más que eso. De todas formas, como te dije, voy a dar un paseo —me siento en el último escalón para abrocharme las sandalias. Mi barriga de embarazada, aunque todavía pequeña, me dificulta llegar a los pies. Es un suave recordatorio de la vida que crece dentro de mí.

—Espera un momento, ¿quieres? Tenemos que hablar —viene hacia mí.

—Pensaba que ya lo habíamos hecho —podría gritar. Una sensación de frustración me invade mientras se asienta la imposibilidad de escapar de él.

—Como te dije, me han despedido —al menos ha cambiado el tema de Annie y Simon—. Y a ti te han mandado a casa del trabajo. Entonces, ¿de qué demonios se supone que vamos a vivir?

Poco sabe él que tendrá que arreglárselas solo en un futuro no muy lejano. —Me queda algo de paga por vacaciones —respondo—. Pero sinceramente, no lo sé. En el trabajo no dijeron nada sobre cuánto tiempo estaremos fuera o si nos pagarán siquiera.

Esto es una pesadilla. Puede que tenga el dinero para dejarlo, pero de qué viviremos después es una incógnita. Solo tengo que mantener la fe en que algo surgirá; suele ocurrir.

Después de que me haya liberado de él, me quedaré soltera. Todo lo que quiero es sumergirme en ser la mejor madre para mis pronto tres hijos. Luego volveré al trabajo y veré qué puedo hacer para ascender en el hotel. Voy a hacer algo de mí misma, de verdad. Nunca más volveré a encontrarme en esta situación.

Me levanto del escalón y me encuentro frente a él. —Si me dejas pasar —digo, como si estuviera hablando con un extraño en lugar de con mi marido.

—No tan rápido —mira su reloj—. ¿No se supone que ya deberías haber recogido a los niños del colegio?

¡Maldición! ¿Por qué no usé esto como excusa desde el principio?

—¿Por qué dijiste que ibas a dar un paseo? —toma mi barbilla en sus manos y levanta mi cara hacia la suya—. ¿Qué está pasando, Melissa?

Aparto la mirada y estudio el patrón del papel pintado que elegimos juntos. —También los han enviado a casa.

—¿Y dónde están entonces? —bebe un largo trago de su cerveza mientras mira a su alrededor como si fueran a aparecer de repente. *Ojalá.*

—En realidad están en casa de Rick —me pregunto si puede sentir la pesadez en mis palabras. Apenas puedo creer que Rick esté tomando todas las decisiones sobre ellos. ¿En qué se ha convertido mi vida?

Justin parece confundido por un momento y luego me examina con sus ojos gris acero mientras inclina la cabeza hacia un lado. —Pensaba que los recuperabas los lunes.

Piensa, piensa, piensa. —Es por lo del Covid. Ya sabes, con mi asma y estando embarazada. Están con Rick como precaución —estoy balbuceando, pero difícilmente puedo decirle la verdadera razón por la que están en casa de su padre.

—¿De qué estás hablando? —apura su lata y la estruja en su mano.

—Si uno de los niños trae el virus del colegio y yo lo contraigo, bueno, técnicamente estoy en mayor riesgo que otras personas, ¿no?

Frunce ligeramente el ceño, su rostro ahora es una mezcla entre estar complacido y estar suspicaz. —¿Entonces cuánto tiempo se quedarán con su padre?

—No lo sé —mi teléfono cobra vida dentro de mi bolso y algo en mi pecho da un vuelco, una combinación de nervios y emoción.

—Espera un momento, tengo que atender esto —evitando su mirada, me doy la vuelta y subo corriendo las escaleras—. Probablemente sea algo relacionado con los niños.

NO RECONOZCO EL NÚMERO, así que *tiene* que ser el agente inmobiliario; no se me ocurre quién más podría ser.

—Hola, soy Jonathan de Matthew y Compañía. Acabo de recibir tu mensaje.

¡Es él!

—Esperaba que me hubieras llamado antes —me dejo caer en el borde de la cama, un poco sin aliento por haber subido corriendo las escaleras. Por ahora, parece que Justin no ha venido tras de mí, lo cual es un alivio. Probablemente esté ocupado metiéndose más cerveza entre pecho y espalda.

—Solo puedo disculparme. Ya sabes cómo está todo con lo que está pasando ahora mismo.

Mejor ir directo al grano. —¿Puedo tener las llaves de la casa hoy? —cruzo los dedos frente al armario con espejo que tengo delante. Una vez que tenga las llaves, solo tendré que encontrar la oportunidad para salir de aquí, lo que, tengo que admitir, será más fácil mientras Aisla y Ewan estén con Rick. Ya tengo muchas de nuestras cosas empacadas; lo único que necesito es encontrar alguna manera de quitarme a Justin de encima durante dos o tres horas. Con suerte, encontrará un nuevo pub que convertir en su segundo hogar, ahora que le han prohibido la entrada a The Old Crown.

La momentánea vacilación del agente me dice todo lo que necesito saber. Luego, el tono de su voz confirma mis temores. —Lo siento mucho —comienza—, pero los inquilinos actuales tendrán que quedarse allí por el momento. Me enteré literalmente hace media hora. —En su favor, suena genuinamente arrepentido. Pero eso no me ayuda ahora mismo. Siento como si quisiera golpear las almohadas con los puños. No quiero quedarme aquí ni un momento más... *no puedo* quedarme aquí. ¿Qué pasa con mis hijos?

—Pero... pero dijeron que se iban, ¿no? —Mi ira rápidamente ha dado paso a la desesperanza y me cuesta no llorar de nuevo.

Parece darse cuenta de esto por el tono de simpatía que detecto en su voz. —Al parecer, las cosas se han puesto en espera para ellos. Me refiero a adonde iban. El nuevo trabajo que supuestamente uno de ellos iba a empezar también se ha pospuesto.

—Pero me prometiste las llaves para hoy —me levanto de la cama, agarrándome un puñado del flequillo mientras empiezo a caminar de un lado a otro frente al espejo. La tela de mi vestido realmente destaca mi barriga de embarazada hoy, y estoy en una etapa en la que es obvio que estoy esperando. Con mis otros dos, nunca fui más feliz que en este punto de ambos embarazos: superadas las náuseas y empezando a florecer. Pero esta vez, nunca me he sentido más miserable.

—Y aún puedes tenerlas. La propiedad sigue siendo tuya, por supuesto. Tan pronto como los inquilinos actuales puedan mudarse.

—¿Dijeron cuándo será eso?

—Supongo que no pueden decirlo por el momento. Hasta que las autoridades controlen este asunto del virus, todos estamos en el limbo, me temo. —Un perro ladra en su fondo y una puerta se cierra de golpe. Debe de haber recibido mi correo electrónico y estar llamándome desde casa. Apuesto a que su vida doméstica *no tiene nada que ver* con la mía. Él no tendrá que andar con pies de plomo y estar a merced del humor y la bebida de su pareja, sin saber nunca qué traerá cada día.

Me tiro de nuevo sobre la cama. *¿Qué voy a hacer?*

—¿Tienes alguna otra propiedad que esté vacía en este momento? —Tras comprobarlo, sé que tengo un par de cientos de

libras más de lo que había presupuestado, así que puedo estirarme un poco si es necesario—. Estoy bastante desesperada.

—Realmente lo *siento* mucho. No tenemos nada en este momento. Pero tan pronto como...

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, Melissa? —La voz de Justin resuena desde el pie de las escaleras—. ¿Con quién estás hablando?

Maldita sea. Está subiendo. —Tengo que irme —susurro con urgencia al teléfono—. Por favor, llámame tan pronto como tengas las llaves de vuelta.

—¿Con quién has estado hablando por teléfono? —Justin está de pie en la puerta, abriendo su segunda lata de cerveza. Si sigue así, no pasará mucho tiempo antes de que se vaya a la cama una hora o dos para dormir la mona. Siempre es así cuando bebe durante el día.

—Oh, solo era Rick —intento mantener mi voz lo más indiferente posible—. Solo fue una llamada rápida.

—¿Entonces por qué te fuiste corriendo con el móvil así?

—Bueno, es que vosotros no os caéis bien, ¿verdad? No pensé que quisieras escucharme hablar con él —aquí estoy otra vez, intentando aplacarlo. Es lo único que parece que he hecho últimamente.

—¿Estás segura de que es solo eso? —se apoya contra el marco de la puerta—. No estarás intentando engañarme, ¿verdad?

—Por supuesto que no —mantengo la mirada fija en sus ojos, sin vacilar. La habitación se siente pesada con el peso de mi odio, una emoción visceral que flota en el aire, un campo de batalla silencioso entre yo y este hombre que se ha interpuesto entre mis hijos y yo, intentando controlar cada aspecto de mi vida.

Rompiendo nuestro contacto visual, miro hacia mis brazos cubiertos de moratones con forma de agarrones desde la semana pasada. Me sorprende que no haya dicho nada sobre mi vestido sin mangas que los deja a la vista.

—Rick *normalmente* no te llama, pensaba que lo evitaba a toda costa —sus palabras están cargadas de sospecha.

—Solo me estaba haciendo saber que los niños están bien, nada más —trazo el patrón del edredón con mi dedo. La habitación, con su baño en suite y muebles empotrados, se siente como un santuario y una prisión a la vez. No echaré de menos a él, pero una parte de mí echará de menos esta habitación.

—¿Por qué no iban a estar bien? —entrecierra los ojos.

—Ya sabes, solo porque están fuera de su rutina habitual y todo eso —me cuesta mantener este aire de alegría en mi voz para que no sospeche lo que realmente está pasando. En el mejor de los casos, podría intentar involucrarse y, en el peor, sabrá qué camino voy a tomar respecto al ultimátum de Rick y me estará vigilando como un halcón.

En realidad, estoy destrozada, absolutamente destrozada, porque no tengo forma de recuperar a Aisla y a Ewan hoy, o posiblemente incluso en los próximos días viendo cómo están las cosas. Pero en el momento en que pueda conseguir algo de espacio para respirar lejos de Justin, no voy a dejar de llamar a agencias inmobiliarias y caseros hasta que encuentre un lugar adonde ir. *Cualquier sitio.*

Justin avanza más hacia la habitación, su presencia trayendo consigo el leve olor a alcohol rancio que se aferra a su ropa de trabajo. El aroma acre llena el espacio, un recordatorio silencioso de la tensión que perdura entre nosotros. Coloca su lata sobre la cómoda, el click metálico resonando en la atmósfera cargada.

—De todos modos —me levanto de un salto de la cama—, será mejor que haga algunas tareas por la casa. Me siento un poco perdida sin los niños aquí, la verdad —intento rodearle, pero él se mueve hacia un lado, bloqueándome.

—Si estás desocupada —señala hacia la cama, con los ojos arrugándose en las comisuras mientras me sonrío con malicia—. No tenemos niños, ¿verdad? ¿Ni trabajo? Se me ocurren peores formas de pasar una hora.

No se me ocurre nada más horrible. —Lo siento —respondo con la voz más afligida que puedo reunir—. Todavía me siento un poco mal —me doy unas palmaditas en el estómago.

—Pensaba que ya habías superado todo eso.

—No está tan mal como antes, pero todavía va y viene.

Puedo ver por su cara que no me cree. —Te distraeré entonces.

—Voy a hacer algunas cosas en el jardín. Necesito un poco de aire fresco —milagrosamente, me permite deslizarme por su lado y salir por la puerta hacia lo alto de las escaleras.

—Tú relájate y bebe tu cerveza —le digo mientras me alejo. Si sueno condescendiente, no me importa. Es lo único que hace cuando está en casa. Beber.

Me preparo para algún comentario desagradable sobre ser *frígida* o *aburrida* que me siga, como suele ocurrir cuando le rechazo de esta manera.

LA RESPUESTA de Justin es un silencio estoico. Lo que él no sabe es que mis náuseas del embarazo desaparecieron por completo hace un par de semanas. De hecho, aparte de que las cinturas de mi ropa se están ajustando rápidamente, apenas me siento diferente a como me sentía antes.

Entré en pánico cuando descubrí que estaba esperando, especialmente porque ya había tomado la decisión, poco después de Navidad, de que iba a dejarlo. Ser madre soltera de dos niños ya es bastante difícil. ¿Cómo me las arreglaría sola con un bebé recién nacido? Desde ese pánico inicial, he tenido tiempo de asimilarlo todo y me he convencido de que estaré bien. Afortunadamente, me he encariñado con este bebé tanto como lo estuve con Aisla y Ewan cuando los llevaba dentro. Ahora anhelo la tranquilidad de sentir los primeros movimientos de este bebé en mi interior. Sé por experiencia que podrían ocurrir en cualquier momento.



—¿Deberías estar cargando eso? —Justin arquea una ceja mientras baja corriendo las escaleras. Un toque de preocupación impregna su voz.

—Solo es un cesto de ropa, estaré bien —Si pudiera haber sido tan considerado todo el tiempo, no estaría enfrentando toda esta agitación. Pero su lado amable solo aparece a ratos estos días, y nunca sabemos qué nos vamos a encontrar entre medias.

Cierro la puerta lateral detrás de mí. El calor fuera de temporada me golpea la cara al salir al sol. Normalmente, un clima inesperado como este me levantaría el ánimo, sin importar lo que estuviera pasando. Sin embargo, tal como están las cosas para mí, dudo que ni siquiera una grúa pudiera levantarlo.

Esta mañana quité las sábanas de las camas de los niños y las lavé, todo preparado para nuestra supuesta mudanza. Los actuales ocupantes han dicho que se llevarán su lavadora cuando se muden, así que no tendré una. Realmente creía que estaría tendiendo estas cosas en el patio trasero de nuestra nueva casa adosada de alquiler, en lugar de aquí.

Las lágrimas llenan mis ojos mientras sujeto primero la funda de almohada de Barbie de Aisla, y luego la funda de fútbol de Ewan al tendedero. Como si todo hubiera llegado a esto. Quizás debería simplemente presentarme en casa de Rick y exigir que me los devuelva, sin importar la escena que pudiera causar.

Pero mi lado más lógico es demasiado consciente de que los niños ya han tenido suficiente aquí. No importa lo adecuada que sea la casa o el área circundante, ellos no merecen estar cerca de un padrastro que les afecta tan profundamente con sus malos humores e imprevisibilidad. No, saldré yo primero y entonces Rick no podrá discutir sobre recoger a los niños.

A pesar de que es lunes por la tarde, un silencio inusual envuelve la plaza. Las largas sombras proyectadas por el sol se extienden por el camino del jardín, creando una atmósfera tranquila pero inquietantemente silenciosa. Estoy acostumbrada a los chillidos y gritos de los niños en el parque, y al zumbido de cortacéspedes y desbrozadoras de los jardines de todos. La gente o bien se está escondiendo en sus casas o está frente a sus televisores, pegada a las noticias. No hay nada más en los medios aparte del virus. He

estado intentando evitarlo y simplemente mantenerme al día con los titulares. Mis niveles de ansiedad ya están por las nubes.

La paz se rompe con el sonido metálico de una lata de cerveza, seguido por la voz de Justin, cargada de ira, que se filtra a través de la puerta abierta del patio.

Hago una pausa en lo que estoy haciendo e intento escuchar. Parece que está discutiendo con alguien por teléfono. Es imposible distinguir lo que dice, o incluso con quién podría estar hablando, ya que su voz parece alejarse más de la cocina. Debe haberse movido a otra habitación.

—¿Cómo estás, Melissa? —Diane me sobresalta cuando me llama con su voz cantarina desde dos puertas más allá. Justin ha plantado algunos setos alrededor de nuestro jardín para tener más privacidad, pero pasarán algunos años antes de que la proporcionen. Para entonces ya me habré ido hace tiempo—. Es terrible, todo esto en las noticias, ¿verdad?

—Me han enviado a casa del trabajo por eso —le respondo.

—¿Es por el bebé? Oí algo sobre que las mujeres embarazadas necesitan protegerse.

—Eso parece.

—Bueno, asegúrate de cuidarte. Y si necesitas algo, solo dímelo.

—Lo haré. Gracias. En fin, será mejor que siga con lo mío.

Termino de tender la ropa y luego me hundo en el muro del jardín junto al cobertizo. Saco mi teléfono del bolsillo de mi vestido pichi. Podré seguir usando esto a medida que mi barriga crezca, lo cual me alegra. Fue Aisla quien le contó a Diane sobre el bebé. *Mi mamá tiene a mi hermana en la barriga*, anunció cuando nos encontramos con ella en los columpios. Aisla está convencida de que tendrá una hermana, pero Ewan *solo* quiere un hermano.

La nostalgia me invade, y me encuentro luchando contra el anhelo por el hombre que Justin fue una vez, el hombre con el que creía que podría construir un futuro. La cruda realidad es difícil de aceptar. Constantemente me devano los sesos pensando en qué podría haber salido mal. Cosas que quizás podría haber hecho y que

podrían ser culpables. Sin embargo, siempre me quedo sin respuestas. No soy yo, es *él*.

Lo que sí sé es que necesito urgentemente encontrar un lugar donde podamos mudarnos. Ya he mirado todas las inmobiliarias locales, así que es hora de buscar más lejos. Entro en la web de otra inmobiliaria y amplío mi búsqueda de cinco a veinte kilómetros, luego selecciono un mínimo de dos habitaciones y pulso buscar.

Aparecen varias casas de aspecto decente. Elijo *reservar una visita* en la primera y relleno la página de contacto. Pero rellenar formularios de contacto no sirve de nada. Necesito encontrar algo *hoy mismo*. Busco el número de la inmobiliaria y llamo. Pero en pocos segundos, por el mensaje del contestador, me doy cuenta de que es la misma historia de siempre. *Maldito coronavirus*. Aunque todas estas casas estén vacías, no parece haber nadie disponible para organizarme nada.

Mientras tanto, dentro de la casa, no puedo oír la voz de Justin, así que debe haber terminado su llamada.

Suspiro profundamente. Si todo esto hubiera ocurrido hace dos o tres años, podría haberme quedado con mamá. En cambio, su casa ha sido vendida para financiar sus cuidados. Una visión de su rostro *antes* de que se convirtiera en una sombra de lo que fue aparece en mi mente. La echo tanto de menos y daría cualquier cosa ahora mismo por poder acudir a ella en busca de ayuda.

Relleno un par más de formularios de contacto para posibles casas antes de hacer clic en «Apple News» para ver cuáles son las últimas noticias.

Se espera un anuncio a las 20:30, gritan todos los titulares. Una fría mano de miedo me agarra mientras repaso las noticias. Todas dicen que probablemente seguiremos a Italia, España y Francia en un confinamiento, donde ni siquiera se nos *permitirá* salir de nuestras casas. Esto es una locura, no puedo creer lo que está pasando.

Los ojos de Justin brillan cuando irrumpe en el jardín. —¿Has oído lo que está pasando? —Su entusiasmo parece fuera de lugar y me produce un escalofrío. Y está abriendo otra lata.

—¿Cuántas de esas estás bebiendo hoy? —digo señalándola con la cabeza. No muestra ninguna señal de necesitar dormir la mona. Lo más probable es que siga bebiendo y se vuelva o bien agobiantemente necesitado o, si digo lo más mínimo fuera de tono, agresivo.

—No es asunto tuyo. —Me mira con el ceño fruncido—. Solo estás celosa porque *tú* no puedes tomar una. De todos modos, como Simon me ha prohibido el pub, tengo que conseguir una bebida de *algún sitio*.

—¿Es con él con quien hablabas por teléfono? Te podía oír desde aquí fuera.

—No estaba hablando tan alto, ¿verdad?

—Prácticamente estabas gritando. ¿Ves? Es como te dije el otro día: ni siquiera te das cuenta cuando lo haces.

Parece un poco avergonzado, lo cual es toda una novedad. —¿Qué haces aquí fuera de todos modos? Pensaba que solo ibas a tender la ropa.

—Disfrutando del sol... Aprovecho mientras está aquí.

—Veo que Simon ya tiene inquilina para su antiguo piso. —Asiente hacia donde la mujer se está inclinando en el maletero de su coche—. Como te dije, está forrándose. Y aun así se está resistiendo más de lo que pensaba con los cinco mil que le he pedido.

—No importa lo que le haya hecho a Annie, sigo pensando que lo que estás haciendo está mal.

—Cuando quiera tu opinión, Melissa, te la pediré. —Mientras dice esto, no aparta los ojos de la mujer que está arrastrando una caja desde su coche hasta la puerta inferior del bloque de pisos. Es como si ella pudiera sentir nuestros ojos taladrando la parte posterior de su cabeza, porque de repente se gira para mirarnos.

Hace una pausa de la misma manera que cuando llegué a casa antes. Si quisiera algo, ¿por qué no gritaría? ¿O se acercaría? Quizás sea por todo este asunto del virus. Todo el mundo se mantiene bien alejado de otras personas. Es horrible, de verdad.

Miro a Justin, que sigue mirándola fijamente. —¿La conoces? —pregunto mirándolo a él y luego a ella, frunciendo el ceño.

—Vamos dentro —dice, sin responder—. Necesito hablar contigo de algo.

—HAS DEJADO tu ordenador con la sesión abierta antes —la voz de Justin es suave, y tengo la sensación de que sus palabras son una observación más que una acusación.

Se apoya contra la encimera de la cocina, con una lata de cerveza en una mano y el pulgar enganchado en la trabilla del cinturón con la otra. El rostro de Justin lleva las huellas rudas del descuido: una barba de varios días se aferra a su mandíbula, su pelo desaliñado suplica por la piedad de unas tijeras, y las arrugas de su ropa hablan de un hombre indiferente a su aspecto. Cuando le conocí, tenía un aire arrogante que resultaba más que cautivador, y me trataba como si fuera una reina. Estaba muy lejos del hombre que ahora tengo delante.

—¿Ah, sí? —escudriño su rostro, buscando desesperadamente cualquier pista sobre la tormenta que se está gestando en su interior. Mi corazón se acelera y la ansiedad aprieta su garra mientras espero su respuesta. También busco en mi memoria qué podría haber dejado exactamente en la pantalla. Estaba mirando todo tipo de cosas antes de que él llegara a casa. *¿Cerré todas las páginas?* Definitivamente no borré mi historial. Qué idiota soy. Sí, estoy hormonal en este momento y las chicas del trabajo me han estado llamando en broma *cerebro de embarazada*, pero qué estúpido, *estúpido* error he cometido. Especialmente cuando ya

había llegado tan lejos. Estaba prácticamente a salvo sin este estúpido virus dominándolo todo como está haciendo.

—Nunca respondiste a mi pregunta —intentaré distraerle—. Sobre si tú y esa nueva vecina os conocéis.

—Le debo algo de dinero a esa mujer, eso es todo —murmura, evitando el contacto visual.

—¿Por qué?

—Por un trabajo.

—¿Ella hizo un trabajo *para ti*?

—No, se suponía que yo tenía que hacer un trabajo para *ella*. Pero no lo hice —parece incómodo—. En fin, da igual que cambies de tema, Melissa —su voz se endurece—. Vi tu maldito correo —sus palabras caen entre nosotros como una granada.

—¿Qué correo? ¡Mierda! ¡Mierda! *¡Mierda!* Me dirijo al fregadero para llenar un vaso con agua. Mis manos tiemblan pero necesito mantenerme ocupada mientras me habla; no hay manera de que pueda mirarle.

—Sabes *exactamente* de qué estoy hablando.

No me gusta su énfasis en la palabra *exactamente*. En cualquier momento, va a estallar. O eso, o recibirá sus sinceras promesas de cambio. Trago agua. Claramente se refiere al correo electrónico para la agencia inmobiliaria. Ese en el que hablaba sobre lo desesperada que estaba por mudarme. Dios. Mío. Si su humor va en la dirección equivocada, podría estar acabada aquí.

Lentamente levanto la mirada del fregadero hacia su cara. Me alivia ver que parece más dolido y decepcionado que enfadado. Esto es extraño; yo habría predicho que perdería completamente los estribos. Que saldría al jardín despotricando, o incluso a la plaza del pueblo, proclamando cómo todas las mujeres deberían ser quemadas en la hoguera. Sin embargo, nada de eso. Quizás no ha bebido lo suficiente.

—Lo siento. *¿Lo siento?* Siento haberle conocido quizás. Siento haberle confiado. Siento haberlo impuesto a mis pobres hijos. Pero ¿siento estar intentando dejarle? En absoluto. Solo siento que haya logrado descubrirlo.

—Entonces, ¿cuándo pensabas decírmelo? —da un largo trago de su lata y la aplasta con el puño. Otra que muerde el polvo.

Me encojo de hombros. No sé qué puedo responder. Esto es horroroso. Por primera vez hoy, me alegro de que los niños estén con Rick.

Las palabras de Annie de repente vuelven a mi mente, *el momento más peligroso es cuando intentas marcharte*. Las escuchó cuando tuvo que hacer una formación de concienciación sobre violencia doméstica en el trabajo. De alguna manera tengo que darle la vuelta a esto. Si de repente pierde el control, todavía tengo a este pequeño dentro de mí para proteger.

—¿Por qué, Melissa?

Carga un montón de angustia en la palabra *por qué* y tiene una expresión en su cara que me recuerda a un animal herido. No puedo creer que siquiera tenga que preguntar *por qué*.

Tiro de una silla de debajo de la mesa. Si me coloco a salvo bajo ella, estaré menos expuesta a él, especialmente mi vientre, y por lo tanto será más difícil atacarme.

—No quería irme, de verdad que no —balbuceo en un intento de apaciguarle—. Fue solo después del día de Navidad cuando pensé que sería lo mejor para todos.

—¿Así que has estado planeando dejarme desde *Navidad*?

—De vez en cuando. Mira, Justin, nunca quise que llegara a esto, pero fuiste horrible conmigo. Y lo que es más importante, fuiste cruel con mis hijos.

—*¡Mis hijos! ¡Mis hijos!* Es lo único de lo que hablas siempre —su voz se quiebra con posesividad, un oscuro tono amenazador corta el aire, un claro recordatorio del control tóxico que ejerce sobre nuestras vidas. Alarga la mano y saca una botella de whisky de encima de la nevera—. ¿Nunca fui importante para ti también?

Ha dicho esa última frase en tiempo pasado, lo que podría ser una muy buena señal. Quizás ya ha empezado a aceptar que voy a dejarle.

HA PASADO al menos una hora desde que habrá visto ese correo electrónico en mi ordenador. Esto le habrá dado algo de tiempo para asimilar lo que ha leído.

El hecho de que también esté pasando al whisky tendrá uno de dos resultados. O bien se adormecerá más rápidamente hasta caer en un estupor alcohólico y necesitará irse a la cama, o bien el licor más fuerte avivará su ira. Las señales son buenas hasta ahora y, por lo que puedo apreciar, va camino del estupor.

—Por supuesto que *tú* también eras importante —comienzo, hablando también en pasado—. Pero tienes que admitir, Justin, que las cosas han ido terriblemente mal entre nosotros desde Navidad. —Lo que realmente quiero decir es que solo cuando llegamos a Navidad vi su verdadera cara y acepté el error que había cometido.

—No fue culpa mía que me encerraran toda la noche en Nochebuena.

—Entonces, ¿de quién fue la culpa?

—*De ella*. De la maldita Lynette. —Señala con el pulgar en dirección a la puerta principal como si ella pudiera estar allí—. Es culpa *suya* que Cameron no me hable. Nunca iba a tener unas Navidades decentes después de que me mandara a paseo como lo hizo. Es completamente culpa *suya* que me emborrachara y me pillaran al volante.

Este es Justin en toda regla. *Nunca* asumirá la responsabilidad de nada de lo que ha hecho. —Nada de eso justifica cómo me trataste el día de Navidad. Cómo lo arruinaste todo para todos nosotros.

Nunca olvidaré cómo Aisla y Ewan se aferraban el uno al otro mientras Justin lanzaba contra la pared la comida que yo había pasado horas preparando. Luego arrancó un paquete de cuatro cervezas de la nevera y salió furioso a la noche. Antes de que volviera, llamé a Rick para pedirle que se llevara a los niños. No sabía qué más hacer.

—Me disculpé por todo eso, ¿no? *Inmediatamente*. Y lo decía en serio, de verdad —Golpea un vaso sobre la encimera y vierte whisky en él. Parece que han pasado los días en que diluía los licores con cola. Va a acabar destrozado si sigue así.

Quiero decirle que ya había decidido dejarlo para entonces; ninguna disculpa sería suficiente por su comportamiento. Solo necesitaba ahorrar el dinero. Pero no puedo negar que mi prueba de embarazo positiva me hizo dudar de mi decisión. Especialmente cuando Justin comenzó a ser especialmente amable en el año nuevo. Esto es lo que pasa con él: es tan Jekyll y Hyde que el problema es que nunca sé qué versión de él me voy a encontrar.

—Puede que te disculpas por el día de Navidad, ¿pero qué hay de todas las demás cosas?

Da un trago a su whisky y luego se limpia la boca con el dorso de la mano. —¿Qué otras cosas?

Parece estar de humor receptivo, así que bien puedo aprovechar la oportunidad para darle algunos duros recordatorios. Quizás sea menos probable que venga tras de mí cuando logre salir de aquí.

—Ya sabes, estar borracho todo el tiempo, gritarnos a mí y a los niños, golpear paredes, seguirme por todas partes, acusarme de cosas... No puedo vivir así, pero lo más importante es que mis hijos tampoco pueden.

Su rostro se oscurece y me pregunto si he dicho demasiado. Parece tremendamente celoso del amor y la atención que tengo para Aisla y Ewan. Quizás sería aún peor con un nuevo bebé, dado el tiempo que requieren. Mis recordatorios de sus comportamientos

anteriores podrían solo servir para enfurecerlo. Especialmente ahora que ha empezado a beber alcohol fuerte.

Tira de la silla hacia atrás, me mira y se sienta. Este es un gesto positivo ya que a menudo prefiere alzarse sobre mí cuando discutimos. Al menos ahora estamos al mismo nivel. —¿Y si te dijera que quiero cambiar? —dice. Incluso algo en su mandíbula se ha suavizado.

Sí, esta noche voy a tener la versión de él con *promesas de cambio*. Va a empezar a suplicarme que no le deje de un momento a otro. Hasta que finalmente haya bebido lo suficiente y se vaya a la cama, no tendré ninguna posibilidad de escapar de él.

—Has dicho que ibas a cambiar *antes*, Justin —apenas puedo contenerme para no poner los ojos en blanco—. Sinceramente, no puedo soportar todo este disgusto. Debería estar cuidando de mí misma ahora, y no estar estresada por tu culpa todo el tiempo.

—Lo siento, Melissa, de verdad —sus ojos revelan un fugaz destello de remordimiento, una grieta en la fachada de un hombre dividido entre la persona que quiere ser y en la que se ha convertido. Incluso tiene lágrimas en los ojos. No me lo puedo creer, de estar preocupada porque pudiera agredirme o romper algo, en cambio, está prácticamente llorando—. Sabes que te quiero.

—Pues tienes una forma muy curiosa de demostrarlo. Mira cómo te comportaste con todos nosotros el viernes por la mañana: gritando, insultando y armando jaleo. Todo porque no te habían pagado. Como si fuera *nuestra* culpa.

—Tenía resaca, sé que no es excusa, pero... —su voz se desvanece mientras golpea con fuerza la mano junto al vaso de cristal frente a él—. Por favor, no me dejes —levanta los ojos para encontrarse con los míos—. ¿Por favor?

—¿Has comido? —si puedo hacer que tome algo de comida, lo dejaré fuera de combate por un tiempo. Siempre ocurre después de que ha estado bebiendo. Conozco la rutina: cerveza, comida, sueño. Cocinándole algo, puedo comprarme al menos un par de horas de paz para ordenar mis pensamientos. Una parte de mí odia cuando es amable conmigo; al menos cuando es horrible, es más fácil

mantener mi plan de marcharme en primer plano de mi mente y actuar en consecuencia.

Niega con la cabeza. —Nada desde ayer.

—Eso es absurdo. Eres un adulto, Justin. ¿Cuándo vas a enderezarte?

Annie ya me contó que el apodo que le puso su ex mujer era aparentemente *niño-hombre*. Me pareció horrible cuando me lo dijo por primera vez, pero ahora lo entiendo perfectamente.

Es el turno de Justin de encogerse de hombros. —Lo siento. Pero voy a cambiar, ya verás. Y en cuanto a esto... —toma otro gran trago de whisky y luego golpea el vaso sobre la mesa, el sonido resuena en el silencio tenso—. Voy a dejarlo de una vez por todas. Esto —señala su vaso como si de repente estuviera infectado—, combinado con mi maldita ex mujer, ha sido mi absoluta perdición.

Es la misma historia de siempre. *Culpa al alcohol, culpa a la ex mujer*. Cuando nos conocimos, yo creía *todo* lo que me contó sobre Lynette; no tenía motivos para no hacerlo. Cómo ella le había sido infiel y luego le había dejado sin nada. Ella quería ser quien se marchara, dijo él, así que no tenía ni idea de adónde había ido exactamente.

Le dejó con un montón de deudas y sin un mueble. Recuerdo claramente la expresión en sus ojos mientras me relataba los dos años que pasó antes de conocerme. Dijo que había sido un camino largo y difícil para volver a la normalidad desde donde estaba, pero que al conocerme, finalmente lo había conseguido.

—¿Qué me dices entonces? —extiende la mano a través de la mesa para tomar la mía—. ¿Pensarás en ello, Melissa? Por favor, solo dime que le darás otra oportunidad a nuestro matrimonio; te prometo que no te arrepentirás.

12

LE DEVUELVO LA MIRADA.

—Estamos casados y vamos a tener un bebé juntos, ¿no? — continúa—. Todo eso tiene que significar *algo*, ¿no crees?

El silencio vuelve a flotar entre nosotros. Realmente no sé qué decirle.

—No puedo perderte —prosigue—. Sin ti, no soy *nada*.

La realidad es que mi plan B se ha ido completamente al traste. Por ahora, al menos. Y con este estúpido virus circulando por donde sea que esté circulando, podríamos estar atrapados aquí al menos durante los próximos días. Por el bien del bebé, debería quedarme dentro de casa, lo sé. Incluso podría estar atrapada aquí más de unos días. Cuando hablábamos antes, Annie dijo que las autoridades probablemente nos dirán que nos quedemos en casa al menos un par de semanas, solo para asegurarse de que los casos actuales permanezcan contenidos.

No me gusta la sensación de la mano de Justin sobre la mía y deseo retirarla. Ya no se siente bien. Él puede olvidar convenientemente todos los nombres que me ha llamado cuando llega la mañana siguiente, pero yo *nunca* lo olvido. No es de extrañar que me haya sentido tan aplastada durante los últimos meses.

Si soy sincera conmigo misma, estoy agotada. Sin este virus, podría haberme quedado en otro lugar hasta conseguir las llaves de la casa. Pero debido a mi embarazo y mi asma, al parecer no voy a ir a *ninguna parte*.

Quedarme entre estas cuatro paredes con mi marido borracho y abusivo es realmente preferible a un virus potencialmente mortal que está circulando fuera. *¿En qué se ha convertido todo esto?*

Tendré que hacer todo lo posible por mantener contento a Justin durante los próximos días, y con los niños en casa de Rick, esto debería ser más fácil. Al menos esa es una ventaja.

—¿Hablabas en serio antes, cuando prometiste que dejarías de beber? —Estar aquí un poco más tiempo sería mucho más tolerable si pudiera dejar la bebida. O al menos, reducirla considerablemente.

—Me tomaré una más mientras me preparas algo de comer, luego me echaré una siesta durante una hora —se pasa los dedos por el flequillo despeinado que le cae sobre la frente—. Después de eso, seré un hombre nuevo —sonríe mientras me pongo en pie.

Está arrastrando las palabras. Será mejor que me ponga a cocinar rápidamente antes de que una copa extra se convierta en dos. Cuanto más beba, más probable es que se vuelva contra mí. Por ahora, se está portando bien y necesito mantener las cosas así.



Se ha ido a la cama, gracias a Dios. Está en un extraño estado de ánimo en el que se vuelve cada vez más pegajoso. Ha estado rogándome que no le deje y diciendo que no puede vivir sin mí una y otra vez. Estoy completamente agotada con todo esto.

Qué día tan horrible, y aún no ha terminado. Miro mi reloj. El anuncio de Boris Johnson es en menos de una hora y lo que vaya a decir es una incógnita para todos.

Me hundo en el sofá, contemplando la foto de Aisla y Ewan sobre la chimenea del pasado septiembre. Necesito hablar con ellos, eso me ayudará a sentirme mejor. Rebusco en mi bolso para encontrar mi móvil.

Es importante recordar mantenerlo ahí, fuera de la vista, y el bolso siempre conmigo para que Justin no pueda cogerlo. Cuando conseguimos estos teléfonos, configuró el reconocimiento facial en ambos, para que podamos acceder al del otro.

En aquel momento dijo que sería algo bueno: si alguno de nosotros olvidara su teléfono, el otro podría acceder a cualquier cosa que pudiera necesitarse. No puedo negar que las alarmas sonaron en ese momento, y ahora sé por qué. Es solo otra forma en que puede controlarme. Aunque nunca he tenido nada que ocultar antes.

Pulso el botón junto al nombre de Rick y me recuesto contra los cojines. Está casi oscuro afuera, reflejando cómo me siento por dentro. Quizás me sienta mejor cuando cambien la hora este fin de semana, bueno, lo estaré si los niños vuelven al lugar donde pertenecen. Conmigo.

Rick no contesta. Vuelvo a intentarlo. Sigue sin responder. Genial.

Me gustaría hablar con los niños antes de que se acuesten, si te parece bien.

Los botones aparecen inmediatamente, lo que significa que está respondiendo. El muy capullo. Esto significa que no ha contestado mis llamadas a propósito. Sabe cuánto estoy sufriendo, al estar separada por la fuerza de Aisla y Ewan de esta manera, pero no le importa un carajo.

¿Podemos dejarlo para esta noche, Melissa? Ambos están muy inquietos.

Con más razón debería hablar con ellos.

No creemos que sea buena idea. Quizás mañana.

¿¿¿¿NO creemos que sea buena idea???? ¿¿¿¿Quién es ELLA para decidir si puedo hablar con MIS hijos o no!!!!

Observo la pantalla durante varios minutos. No responde. Me levanto de un salto de mi asiento y me dirijo furiosa hacia la ventana, cerrando las cortinas de un tirón. Voy a tener que solucionar esto para recuperarlos. *Mañana*. Veré a un abogado si es necesario. No pueden hacerme esto, maldita sea.

De repente me siento enferma. Tengo que calmarme. Intenté comer un poco del salteado que preparé antes para Justin, pero apenas pude tragar nada. Creo que nunca me he sentido tan estresada en mi vida.

Dijo que solo quiere una hora para que se le pase la borrachera, pero cuando está bebido como ahora, pueden ser fácilmente tres horas. Eso me da tiempo de sobra para seguir buscando casas. Si consigo tener algo preparado para mañana, podré recoger a Aisla y Ewan. Supongo que si todo falla, al menos sé que tengo aquella por la que ya pagué la solicitud, aunque tenga que esperar. El agente me ha dado su palabra de que puedo quedarme con ella. Si solo esa maldita gente se hubiera mudado cuando debía.

Mi teléfono suena de nuevo.

Soy yo, cariño. Solo me preguntaba cómo te va. ¿Conseguiste las llaves? xx

Ojalá. No, los planes del inquilino anterior se han venido abajo, así que podrían ser unos días más. xx

¡Oh, no! ¿Qué vas a hacer? xx

¿Qué otra opción tengo? Tendré que aguantar aquí hasta que pueda conseguirlas. xx

En realidad, quiero contarle que Rick también se ha llevado a los niños. Pero probablemente *insistiría* en que me quedara en el pub. Y por mucho que tenga buena intención, me sentiría más vulnerable con ella siendo enfermera y estando expuesta al virus a diario, así que no quiero. Además, estoy segura de que puedo mantener las cosas bajo control aquí, especialmente si solo acaban siendo unos días. Aparte de eso, no querría estar cerca de Simon. Sé con certeza que acabaría enfrentándome a él por lo que ha hecho.

Oh cielo, ¿estás bien? xx

Sí. Estoy bien. Ha bebido un poco así que está en la cama durmiendo la mona. Yo estoy relajándome con una taza de té. xx

¿Te dijo algo sobre por qué discutían él y Simon? ¡iiiSimon ni siquiera quiere hablar de ello!!! xx

No realmente. Me dio la impresión de que era por dinero que se debían, eso es todo. xx

Odio mentir, pero difícilmente puedo decirle que *mi* marido parece estar chantajeando al *suyo* por un fin de semana ilícito que ha disfrutado recientemente.

Continuamos con unos cuantos mensajes más sobre el virus y el inminente anuncio, y termino diciéndole que le escribiré mañana otra vez.



—¿Ya ha empezado? —Justin aparece en la puerta, con el pelo de punta. Hay una mancha húmeda en sus calzoncillos y marcas de sueño por toda la cara. Ya nada queda de los immaculados Calvin Klein blancos que solía llevar antes de que nos casáramos. Me atraía tanto este hombre hasta hace tres meses. Ahora apenas tengo idea de qué pude haber visto en él.

—Dos minutos —respondo, apartando la mirada de su entrepierna y esperando que no sea demasiado obvio el gesto de disgusto en mi cara—. No pensaba que estarías despierto todavía.

—Dije que solo quería una hora, ¿no? —Se tira en el sofá junto a mí—. Apuesto a que me habrías dejado allí arriba toda la noche si hubieras podido salirte con la *tuya*.

—Está empezando. —Ambos nos ponemos rígidos mientras nos giramos hacia la pantalla.

El primer ministro habla sobre el virus y lo que hay que hacer, lo que va a hacer el gobierno, y el impacto en el sistema sanitario si empeora.

Pero son las palabras *debéis quedaros en casa* las que me hacen mirar dos veces. Mientras las imágenes parpadeantes del primer ministro llenan la habitación, el reloj de pared parece hacer eco de la urgencia de la crisis que se está desarrollando.

Se me oprime el pecho. —No puede referirse a quedarnos en casa *completamente* —digo—. Seremos como prisioneros. No pienso hacerlo.

—Shhh. —Justin levanta la mano como siempre hace cuando quiere escuchar algo.

Escucho por encima mientras el primer ministro explica lo que podemos hacer y, más importante aún, lo que *no podemos*.

—Está cerrando *todo*, más o menos. —Me llevo la mano a la boca—. Tiendas, gimnasios, pubs, Dios mío. ¿Y has oído eso? ¡Se nos permite salir a pasear solos durante UNA hora al día!

—Melissa, por favor, intento escuchar. —Justin se inclina hacia delante en el sofá.

Rápidamente queda claro que este conjunto de instrucciones extremadamente extraño incluso va a quedar consagrado en la ley. Se nos puede impedir *legalmente* reunirnos con nuestros amigos. Aunque quisiera ir a quedarme con Annie o alguien del trabajo, ya no me está permitido. No puedo creer lo que está pasando aquí, es como si de repente nos encontráramos en medio de una extraña película distópica.

—Venceremos al coronavirus y lo venceremos juntos —concluye finalmente Johnson.

—Así que ahí lo tienes. —Justin se recuesta en los cojines, pareciendo casi complacido por lo que está ocurriendo—. No podrías dejarme aunque quisieras.

DESDE QUE ESTOY EMBARAZADA, me he estado levantando cada vez más temprano, normalmente incluso antes de que los niños despierten.

Los niños.

Recordar dónde están, pero sobre todo *por qué* están allí, casi me deja sin aliento por un momento. Y ahora, con todas estas nuevas reglas, parece que me costaría tenerlos de vuelta conmigo de todos modos. No hay otra opción: simplemente tendré que ser fuerte como una guerrera y superar este tiempo sin ellos. Y tendré que asegurarme doblemente de poder salir de esta casa tan pronto como sea posible.

Mientras tanto, tendré que intentar actuar con normalidad frente a Justin, como si *le estuviera* dando otra oportunidad, aunque solo sea por mantener la paz.

Me acomodo en el sofá con una taza de té. Puedo notar por el amanecer rosa melocotón y el cielo despejado que va a ser otro día abrasador.

Es como si el sol fuera la forma en que la Madre Naturaleza nos compensa por la pérdida de normalidad y libertad que nos veremos obligados a soportar durante las próximas tres semanas. *¡Tres semanas!* Aisla y Ewan habrán olvidado cómo soy durante ese tiempo.

Estoy destrozada por la situación, pero de alguna manera, voy a tener que intentar apartarla de mi mente o me volveré loca. Sé que estarán bien atendidos mientras estén con su padre y su madrastra, y que podremos recuperar el tiempo perdido cuando estas tres semanas de "quedarse en casa" hayan terminado.

La casa está envuelta en silencio; solo espero que permanezca así al menos un par de horas más. Será necesario encontrar algunas cosas que me mantengan ocupada: podría buscar yoga para embarazadas en YouTube para mis mañanas hasta que pueda volver al trabajo. Y seguro que hay otras cosas que puedo aprender o hacer. Eso si Justin me da la paz y el espacio para ocuparme de mis propios asuntos. Si tan solo hubiera conseguido entrar en esa casa ayer, podría estar utilizando este tiempo obligatorio lejos del trabajo para arreglarla y hacerla bonita para mí y los niños.

Miro mi reloj. Ya deberían estar despiertos, así que voy a llamarlos.

Justo cuando pienso que va a saltar el buzón de voz, Rick contesta. —¿No crees que es un poco temprano, Melissa? —Su voz está espesa por el sueño y es difícil no imaginarlo acostado junto a mi némesis, Cara.

—Solo quiero saludar rápidamente a los niños. Vamos, Rick, no los he visto desde el viernes. —Puedo oírlos jugando en algún lugar de fondo, así que no puede fingir que aún están durmiendo.

Gruñe pero parece que se está levantando de la cama. Oigo la voz amortiguada de Cara, pero no puedo entender lo que dice. Probablemente sea mejor así.

—Es tu madre —dice Rick después de unos momentos.

—¡Mamá! —Aisla grita al teléfono—. ¿Has oído lo que está pasando? ¡No podemos volver al colegio y tenemos que quedarnos en casa y ni siquiera podemos ver a nuestros amigos!

—Lo sé, cariño. Es todo muy extraño, ¿verdad?

—Tengo miedo de pillar el virus también. Anoche ni siquiera pude dormir de tanto preocuparme.

—Estarás bien, siempre que sigas todas las reglas durante un par de semanas.

—Pero ¿cuándo te veremos? —De repente suena abatida, como si la realización de que vamos a estar separadas acabara de golpearla.

—Tan pronto como podamos, lo prometo. Mientras tanto, solo tienes que portarte bien con tu padre e intentar no discutir demasiado con Ewan. —Fuerzo una risa, aunque me está rompiendo el corazón solo escuchar su voz. Pero está bien. Los dos están mejor donde están que conmigo por el momento—. ¿Está Ewan ahí, cariño?

—Sí, está aquí. Está esperando para hablar contigo.

—Dame el teléfono. Quiero hablar con mamá. —Ewan suena igual que su padre: impaciente.

—Hola, mamá.

—Qué alegría escuchar tu voz. ¿Cómo estás?

—Estamos bien. Pero te echamos de menos.

Las lágrimas me pican en la parte posterior de los ojos. —Yo también. —Tengo que mantenerme entera. Si Ewan percibe el más mínimo indicio de que estoy sufriendo, seguirá preocupándose por mí—. Pero estoy bien, cariño. Vamos a tener que estar separados por ahora, pero nos veremos tan pronto como podamos.

—Pero mamá, eso podría ser *una eternidad*.

—Tenemos que seguir las reglas, amor, y como tengo al bebé y mi asma, tengo que seguirlas aún más.

—Pero ¿qué pasa con...?

Sé lo que va a decir, así que me adelanto. —Todo está bien aquí, Ewan. Tengo muchas cosas para mantenerme ocupada. ¿Y vosotros? ¿Cómo vais a entreteneros tú y Aisla?

No quiero que tenga que pensar en Justin y este no es el momento para abordar el hecho de que se disgustaron en el colegio por todo esto. Hablaré con ellos adecuadamente cuando los recupere.

Comienza a enumerar todas las cosas que tienen planeadas: hornear, juegos de mesa, construir una casa en el árbol y ver películas. Puede que no piense mucho en Cara, pero puedo ver que

están en buenas manos. Después de charlar unos minutos, nos despedimos y colgamos.

Después de que se han ido, me quedo con una abrumadora sensación de soledad, un peso pesado asentándose en el silencio. Para disipar la soledad, enciendo la televisión, ansiando cualquier distracción del vacío resonante.

—¿CON quién estabas hablando antes?

Me giro en mi asiento al oír la voz de Justin, con el corazón de repente latiendo a toda velocidad.

—Solo con los niños. ¿Por qué?

—¿Va a ser así durante las próximas tres semanas? —Todavía en sus calzoncillos holgados, entra a zancadas en el salón y se tira en el sofá donde he estado mirando distraídamente la televisión—. ¿Tú, al teléfono con ellos cada cinco minutos?

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Que deberíamos centrarnos en *nosotros*, eso es. Esperaba que pudiéramos pasar algo de tiempo juntos de verdad. —Todavía no se ha afeitado y tiene peor aspecto que anoche—. Se supone que estamos intentando que las cosas funcionen, ¿no?

—Vamos a pasar *mucho* tiempo juntos. —Intento que no se note la desesperación en mi voz. A decir verdad, todavía no puedo creer que esto de estar obligados a permanecer en nuestras casas esté ocurriendo.

—Acabo de estar escuchando las noticias otra vez. Están hablando de este nuevo esquema de suspensión temporal.

—¿Este nuevo esquema de *qué*? —Al menos está iniciando una conversación normal. Por las mañanas puede estar en su peor

momento. A menudo porque todos sus arrepentimientos del día anterior se mezclan con su resaca.

—Suspensión temporal. El gobierno pagará el ochenta por ciento de tu salario. Eso si todo sale como están diciendo. Así que con suerte, después de todo, estaremos bien de dinero.

Me llega un tufo de su aliento pestilente mientras habla. Mi sentido del olfato parece haberse intensificado desde que me quedé embarazada, lo que, en este caso, no es algo bueno.

—Así que tendrás que configurar eso para que se pague en la cuenta conjunta para que yo también pueda acceder.

—Si es a través de *mi* trabajo, irá a *mi* cuenta bancaria.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? —Su mandíbula se tensa—. ¿Pudirme? Solo te estoy pidiendo que muevas el dinero a la cuenta conjunta para que podamos compartir lo que tenemos.

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras aparto la mirada y fijo la vista de nuevo en la pantalla del televisor.

—Entonces, ¿lo configurarás?

Sorbo por la nariz. —Tendré que esperar a saber algo del trabajo primero.

Mi mente va a toda velocidad mientras nos sentamos en silencio por unos momentos. Estoy completamente atrapada aquí. Cualquier dinero que logre reclamar o conseguir, Justin va a controlarlo por lo que parece. No sé qué hacer.

—Estás callada, ¿eh?

—Solo estoy viendo esto. Mira. —Señalo la pantalla, ya incapaz de contener mis lágrimas al darme cuenta de lo que está pasando. Una mujer mayor y una mujer de mi edad se están saludando a través de una ventana—. A esto voy a quedar reducida cuando quiera ver a *mi* madre.

—No te vas a acercar a esa residencia.

—¿Por qué?

—No quiero que cojas el virus. También es mi bebé el que llevas dentro.

—Pero no es como si me fueran a dejar acercarme a ella. Solo estaré fuera.

—He dicho que no, Melissa.

—Pero pensará que la he abandonado.

—Si apareces fuera de su ventana, probablemente la confundirás aún más. Déjalo, ¿quieres? La están cuidando, ¿no? —Se inclina para coger la taza de té que me he preparado—. No te importa, ¿verdad? Siento como si algo se hubiera muerto en mi boca esta mañana.

Justo cuando estoy a punto de protestar más, tengo la sensación de que me están observando. Me protejo los ojos contra el brillo de la ventana bañada por el sol, captando sin querer un vistazo de nuestra nueva vecina, con su mirada curiosa fija en nuestra ventana. Debe notar que la veo, porque instantáneamente se gira para mirar hacia otro lado.

No es que haya mucho que ver en la plaza esta mañana. Afuera, la puerta del parque infantil está cerrada con candado, un claro recordatorio de estos tiempos sin precedentes. La plaza, antes llena de vida, ahora luce desierta, su habitual bullicio silenciado por la ausencia de niños jugando. Todo el mundo debe estar guardando su hora de ejercicio permitido al aire libre para más tarde.

—¿Qué estás mirando? —Justin sigue mi mirada. La mujer está en un punto perfecto y parece capaz de ver directamente dentro de nuestra casa.

—No voy a permitir eso. —Justin se levanta del sofá tan bruscamente que derrama mi té por toda la mesa.

—¿No vas a permitir *qué*? ¿Qué estás haciendo?

Se lanza hacia la ventana. —¿A ti qué te parece que estoy haciendo? ¡Cotilla de mierda! —Tira de las cortinas para cerrarlas y luego se gira para volver a unirse a mí en el sofá. Pero cuando el buzón hace ruido, se detiene en seco y nos miramos el uno al otro.

—¿Crees que es seguro tocar cosas que pasen por el buzón? —pregunto—. Piensa en todas las otras verjas y buzones que habrá tocado el cartero. El virus puede sobrevivir en las superficies, ¿no?

—Me lavaré las manos inmediatamente después —responde mientras se dirige del salón al pasillo.

Me devanó los sesos pensando si existe la posibilidad de que llegue hoy algo que no quisiera que él viera. He solicitado varias tarjetas de crédito y préstamos personales que han sido rechazados

rotundamente. Sin duda, todos me estarán escribiendo algún tipo de carta de *gracias pero no, gracias* en algún momento. Sin embargo, regresa con algo que solo parece un folleto.

—¿Qué es eso? —intento mirar por encima de su hombro mientras se sienta de nuevo.

—Esa entrometida que vive a un par de puertas ha creado una especie de estúpido grupo de Facebook.

—¿Te refieres a Diane? —alcanzo a ver las palabras *Vecinos de Village Green Ayudándose Mutuamente* antes de que lo arrugue y lo lance a la chimenea—. ¿Por qué has hecho eso? —digo—. Me parece una buena idea tener un grupo para la plaza.

Lo rescataré más tarde cuando no esté y le echaré un vistazo como es debido. —Pensaba que ibas a lavarte las manos.

Suspiro cuando sale de la habitación. Los próximos veinte días hasta que exista la posibilidad de que levanten estas restricciones se extienden ante mí como una cuerda floja. Y siento como si estuviera caminando sobre una también.

El programa de desayuno que estamos viendo ahora ha cambiado a un debate sobre la educación de los niños en casa. Si hubiera tenido aquí a Aisla y a Ewan para ayudarles con las tareas escolares, me habría mantenido ocupada y me habría dado un sentido de propósito. En cambio, la maldita Cara será quien lo haga. Es difícil no sentir resentimiento a veces; a menudo la he odiado por robarme la vida y ahora mismo, siento que lo ha hecho más que nunca.

—Todo el mundo está encerrado en sus casas hasta el próximo anuncio, sin importar qué —regresa a la habitación, sacudiéndose el agua de las manos—. ¿De qué sirve un insignificante *grupo de Facebook*? —frunce el ceño mientras apunta el mando a la televisión—. ¿Apagamos esto, vale? Creo que ya hemos oído suficiente sobre el coronavirus por el momento.

—Habrá personas *realmente* vulnerables viviendo en la plaza. Puede que necesiten que alguien les organice la compra, o les recoja las medicinas —de repente me siento aliviada de que al menos mi madre esté siendo atendida y que esté a salvo. La residencia prohibió las visitas hace un par de semanas, y he descubierto por su

boletín informativo que tienen personal viviendo allí temporalmente, para limitar el contacto con el mundo exterior.

Si mamá siguiera sola en casa, estaría en un estado constante de preocupación—. Habrá gente *totalmente* sola, ¿sabes? Es momento de que todos nos unamos, si me preguntas.

—No necesitamos involucrarnos en nada de eso —Justin cruza una musculosa pierna sobre la otra y me pregunto si tiene pensado vestirse hoy. Pero a pesar de lo que bebe, Justin se mantiene en buena forma. Probablemente por subir y bajar escaleras como pintor... cuando va a trabajar, claro—. A estas alturas deberías saber cómo soy: prefiero que nos mantengamos completamente al margen de los demás; es mucho más fácil así.

—Me ayudará a conocer a más vecinos si participamos en el grupo —protesto—. Llevo viviendo aquí más de un año y todavía solo conozco a un par de ellos.

—¿Para qué quieres conocer a los vecinos?

—Podría ser divertido, este grupo de Facebook. Siempre está Facetime para tener una conversación como es debido con la gente.

—¿No te basto yo? —parece herido—. Esto podría ser una gran oportunidad para nosotros dos —señala de sí mismo hacia mí—. Mientras los niños están con su padre y antes de que llegue el bebé, podríamos aprovechar este tiempo para arreglar nuestro matrimonio.

Parece tan sincero que casi resulta cómico. Cree que me tiene donde quiere. Quizás me tenga atrapada aquí físicamente. Pero desde luego no en corazón ni mente.

—¿Qué dices? Podemos empezar de nuevo y volver a estar como antes.

—Supongo que podemos intentarlo —debe ser la frase menos entusiasta que he pronunciado jamás.

—Yo diría que podemos hacer mucho más que *intentarlo* —golpea la palma de su mano contra el brazo del sofá, haciéndome sobresaltar.

Una cosa es segura: no puedo soportar quedarme aquí sentada con él todo el día. Estas cuatro paredes ya están empezando a asfixiarme. Si pudiera salir de aquí por cortos períodos, podría empezar a formular un plan sobre cómo voy a sobrevivir hasta que

se levante esta orden de "quedarse en casa". Y qué voy a hacer después.

—Voy a cambiarme y luego saldré a dar un paseo —le digo mientras me levanto del sofá.

—No puedes —la voz de Justin es firme y exigente. Agarra la parte trasera de mi bata cuando paso junto a él—. *Tú* eres una de las personas que se supone que deben protegerse.

—Escuchaste el discurso anoche —me libero de su agarre—. Se permite una hora para hacer ejercicio. Incluso puedo ir al supermercado si quiero.

—Yo me ocuparé de todo eso —su expresión es firme y resuelta—. La regla de una vez al día es para las personas que *no* están clasificadas como vulnerables. Lo que *no* es tu caso, ¿verdad?

Me hundo en el brazo del sillón frente a él. —Pero me mantendré alejada de otras personas —le digo. Me siento como Ewan pidiendo diez minutos más para jugar fuera—. No puedo quedarme encerrada aquí las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Has oído lo fácil que se propaga el virus —responde—. ¿Qué pasa si tocas el picaporte de una verja o coges el mismo paquete en una tienda que alguien que lo tiene? No tienes ni idea de *quién* ha tocado *qué* antes que tú.

—Pero, ¿dónde se traza la línea? —replico—. Sea como sea, todavía tenemos que recibir correo y compras en casa.

—Lo desinfectaremos todo —responde—. Y yo me encargaré del correo. Te lo he dicho, voy a cambiar, Melissa... déjame cuidar de ti.

Me dejo caer en el sillón. Parece que no tiene ningún sentido vestirme. Estoy atrapada aquí por tiempo indefinido. Esta casa es ahora mi prisión y mi marido se ha convertido en mi carcelero.

—*TÚ* DEBERÍAS ESTAR DESCANSANDO —Justin levanta la mirada de su portátil—. En serio, Melissa, considera este tiempo como una oportunidad para tomarte un descanso.

Hago una pausa mientras friego la cocina para observarlo. Sus dedos marcan un ritmo ligero sobre la mesa, y una sutil sonrisa se dibuja en las comisuras de su boca. Está de mejor humor del que ha estado en semanas.

—Limpiar me relaja —respondo—. Mejor hacer algo útil.

No sé por qué estoy fregando un horno que planeo dejar atrás en un futuro no muy lejano, pero haré cualquier cosa para mantenerme ocupada y que pase el tiempo.

—Quizás revise todos los cajones cuando termine con esto —digo—. Algunos están tan atiborrados que es imposible abrirlos.

Además, es una buena oportunidad para asegurarme de que he sacado todas mis cosas y las de los niños.

—Bueno, deja mi cajón en paz —señala hacia él, con un matiz de tensión en su voz—. Ya lo revisaré *yo mismo* en algún momento.

—No me importa, estoy contenta de hacerlo.

—No, *en serio*. Necesito revisarlo yo mismo, hay de todo ahí dentro. En fin, quítate eso —señala mis guantes de goma—. Has estado en ello toda la mañana. Venga, ¿te hago una taza de té?

Desde luego hoy lleva ropa más apropiada para el sol, con pantalones cortos y una camiseta, mientras que yo sigo en mi ropa de yoga. Todo me parece sin sentido en este momento, incluido elegir qué ponerme.

Se levanta de su silla y cruza la cocina. —Vamos, Melissa — intenta agarrar uno de mis guantes pero aparto la mano—. Está bien, puedo hacerlo.

Me sorprendo cuando se inclina y me planta un beso en la frente. Por un momento me recuerda a una época en que éramos más felices juntos. Reprimo el impulso de limpiarme el beso aunque siento que me quema la piel.

—Haré lo que sea necesario para que volvamos a estar bien, ¿sabes? —No aparta sus ojos de mí—. Creo que deberíamos hablar mucho durante los próximos días, ¿no te parece?

Me quito el otro guante y me doy la vuelta. —Una vez te sugerí terapia de pareja, Justin, pero no quisiste ir.

—No necesitamos terapia —su voz cambia y me preocupa por un momento haber dicho algo inconveniente.

Si *hubiera* aceptado ir a terapia, quizás habríamos tenido alguna posibilidad. Y siempre me preguntaré si nos habría ido mejor si se hubiera dado la oportunidad de superar adecuadamente su divorcio de Lynette, antes de presionarme para que las cosas entre nosotros fueran tan rápido.



Coloca una taza de té en la mesa frente a mí, deslizando junto a ella un plato de galletas de chocolate. Después de varias noches sin dormir bien, de repente me siento agotada, por no mencionar bastante aturdida porque de pronto se muestre amable y atento.

—Gracias —cruzo una pierna sobre la otra, y bajo la mirada para darme cuenta de que he estropeado mis pantalones de yoga, con las salpicaduras del limpiador de horno contrastando con la tela. Supongo que será mejor que me cambie. Me sentía con frío y

miserable cuando me levaté esta mañana, pero quizás me sienta mejor si me ducho y me pongo algo más fresco.

—Cómete estos también —me acerca el plato—. Estás comiendo por dos, ¿recuerdas? Parece que estás perdiendo peso cuando, seguramente, ya deberías estar ganándolo.

No tengo nada de hambre, pero debería reconocer su esfuerzo, o podría irritarse. Así que me inclino hacia delante y tomo una galleta. —Es solo por las náuseas—. Este no es el momento de decirle cómo el estrés siempre me quita el apetito, y es algo de lo que él es totalmente responsable.

Se sienta en el sillón frente a mí, con lo que parece preocupación nadando en sus ojos. Han estado fríos y grises últimamente, pero ahora los infiltra una calidez inesperada. Es algo tan extraño que me hace llorar. Realmente tengo que tener cuidado aquí: mis hormonas están por todas partes y mi estado emocional sube y baja como un yo-yo. Sí, es un cambio que hoy sea amable conmigo, pero nada podrá borrar jamás las grietas en nuestra relación, una red de fracturas tan intrincada como un cristal hecho añicos, que me llevan a la inevitable decisión que me he visto obligada a tomar.

—Te quiero, Melissa —me levanta la barbilla con sus dedos, lo que me obliga a mirarlo directamente, lo quiera o no. Y no quiero—. He sido un completo cerdo contigo —su voz tiembla.

—No necesitamos ir por...

—Sí, lo necesitamos. Solo déjame decir esto.

Chupo un trozo de galleta, girando el sabor azucarado en mi boca mientras lucho contra el impulso de llorar. Ahora que me he permitido sentarme, me siento completamente agotada y no puedo lidiar con Justin. Ya sea abusivo, amable o indiferente, solo deseo que me deje en paz.

—Voy a compensarte por todo, te lo prometo. Te mereces mucho más de lo que te he estado dando.

—No sé qué salió mal —*Mi* voz tiembla ahora. Lo que más necesito en este momento es un abrazo. Pero no de él. La cara de mi madre aparece en mi cabeza. Tengo que verla, *necesito* verla.

—Todo es por mí, ha sido totalmente por mí —responde. Se inclina hacia delante como intentando acercarse más a mí—.

Supongo que me ha asustado lo mucho que te quiero. Después de perder a Cameron como lo hice, me he vuelto temeroso de perderte a ti también.

—No lo entiendo —lo miro desde debajo de mi flequillo mientras espero que no intente acercarse más—. Seguramente debes darte cuenta de que tu comportamiento solo podría *llegar a* alejarme.

—Lo sé —agacha la cabeza—. Y sé que he estado bebiendo como un pez desde Navidad. Todo fue después de lo que Cameron me dijo. No puedo soportar que no quiera saber nada de mí —su voz se quiebra y mira hacia el mirador.

El jarrón de cristal que nos regalaron Annie y Simon el día de nuestra boda atrapa la luz de media mañana, proyectando delicados prismas por toda la habitación. La ventana enmarca una vista de la plaza vacía en el exterior, un crudo recordatorio de nuestra situación aislada.

—Pero las cosas han sido así entre tú y Cameron desde que te conozco.

—He estado enterrando la cabeza en la arena al respecto, ¿verdad? —mira fijamente la alfombra—. Solo dejé que todo me afectara después de esa llamada telefónica. Lo he pagado con la última persona a la que debería hacer daño —me mira otra vez, sus ojos más afligidos de lo que jamás los he visto.

—¿Crees que podrías perdonarme?

LO MIRO FIJAMENTE. —Veamos cómo van las cosas, ¿vale? —Es lo mejor que puedo ofrecerle—. Ha sido un camino difícil.

—Sé que te estoy pidiendo que perdones algo que yo mismo apenas puedo perdonarme —junta las manos como si rezara por algo—. Y he arruinado lo que deberían haber sido los meses más felices de nuestras vidas.

De repente, se deja caer de la silla al suelo. *¿Qué demonios está haciendo?* Observo cómo se arrastra por la alfombra hasta llegar a mis pies. Alarga la mano y la apoya en mi vientre. Un gesto que debería resultar cálido y reconfortante es una intrusión no deseada, enviando escalofríos de incomodidad por mi columna. Me cuesta no apartar su mano de un manotazo.

—Nuestro bebé —dice después de unos interminables momentos—. Voy a hacer que esté muy orgullosa de tenerme como padre. Y tú estarás aún más orgullosa de tenerme como marido.

No lo creo.

—¿Y si es un niño? —Ha estado haciendo esto desde mi test positivo. Siempre ha insistido en que llevo una niña. Me molestaba al principio, pero ahora no me importa lo que piense o deje de pensar.

—Dudo que lo sea. Aunque no puedo mentir... —Gracias a Dios, aparta la mano y mira hacia la alfombra—. Tener una niña sería

mucho más fácil para mí. Menos recuerdos de Cameron. Una hija *nunca* me rechazaría como él lo ha hecho.

Hablar de Cameron probablemente no sea una buena idea. No si eso le hace volver a uno de esos estados de ánimo oscuros que tanto me esfuerzo por aliviar. Por lo tanto, es hora de cambiar de tema. Además, su proximidad sigue siendo demasiado cercana para mi gusto. Me deslizo lejos de él, una retirada silenciosa de la oscuridad invasora que trae su presencia. —Bueno, si no quieres que friegue el horno —doy una vuelta sobre la alfombra—, será mejor que encuentre otra cosa que hacer.

—¿Podríamos empezar con la habitación del bebé? —El nivel de entusiasmo en su voz me sorprende—. Tengo mucha pintura brillante y emulsión en el cobertizo —continúa—, y me llevé una inyección de color antes de que me despidieran el otro día. Querías amarillo, ¿verdad?

Asiento. Supongo que no hace daño que se ponga con eso. Me lo quitará de *mi* pelo. Estar ocupado con suerte lo mantendrá alejado de la bebida también, aunque no es que le quede mucho.

Hasta ahora, ha respetado mis peticiones de no aventurarse al supermercado para abastecerse. Es demasiado arriesgado y creo que le he convencido de que podemos aguantar hasta que la demanda pública de franjas horarias de entrega disminuya. Todavía tenemos la nevera y el congelador llenos de comida, así que no es como si fuéramos a morirnos de hambre. Y como los niños no están aquí, lo que tenemos durará aún más.

—*Tú* puedes empezar si quieres —le digo—. Pero, ¿has visto cómo está ahí fuera? Mira ese precioso cielo azul. —Señalo hacia la ventana—. Quiero aprovecharlo al máximo. Podría ordenar el cobertizo.

De nuevo, puedo asegurarme de tener las cosas de los niños apiladas a un lado y listas para transportar fácilmente fuera de aquí. Si me hubiera ido el lunes, cuando se suponía que debía hacerlo, estaba tan desorganizada que creo que habría dejado muchas de nuestras cosas atrás.

Justin sigue mi mirada hacia la ventana. —Preferiría que no lo hicieras, la verdad.

La mujer del piso está charlando con Monica, una de las vecinas. Ambas están de pie junto a sus verjas. La norma es mantener dos metros de distancia, en todo momento. Pero incluso dos metros me parecerían demasiado cerca en este momento.

—Preferiría que te sentaras y pusieras los pies en alto —dice.

—Ah, vale entonces. —Lo último que quiero es hacer o decir *cualquier cosa* que pueda desencadenar algún signo de mal humor en él. No cuando parece haberse levantado esta mañana después de un trasplante de personalidad. Con suerte, continuará así, pero incluso si no lo hace, necesito aprovechar al máximo este respiro mientras dure.

—Bien, eso está decidido. Te vendrá bien relajarte por una vez. Especialmente mientras no tengas que andar detrás de los niños.

Como si necesitara que me lo recordaran. —Espero no aburrirme. —Me siento en el borde del alféizar de la ventana.

—He estado pensando en eso —responde—. Y se me han ocurrido algunas ideas para hacer mientras tengamos que quedarnos dentro.

—¿Como cuáles?

—Bueno, está lo obvio, por supuesto. —Me guiña un ojo. Es un gesto que solía derretirme hace tiempo. Pero eso parece haber sido hace una eternidad—. Cuando te sientas con ánimos otra vez, claro —añade rápidamente. Esto sí que es una novedad. Normalmente le enfurece cuando percibe cualquier tipo de rechazo por mi parte en el terreno íntimo. Veamos cuánto dura.

—Estaba pensando que podríamos aprender un idioma juntos, quizás español —dice—. Así estaremos preparados para las vacaciones a las que te voy a llevar en cuanto podamos salir.

Sí, claro. No voy a preguntar cómo piensa pagarlo.

—¿Y qué tal aprender a bailar? Adecuadamente, quiero decir. ¿Recuerdas lo que dije en nuestra boda, cómo deseaba que hubiéramos aprendido algunos pasos de verdad en lugar de solo dar vueltas en círculos en el centro de la pista de baile?

—Sí, lo recuerdo. —Miro de reojo nuestra fotografía de boda junto al jarrón. Otra cosa que parece de hace una eternidad.

—Así que ahora es nuestra oportunidad. Debe haber un montón de vídeos para enseñar a principiantes como nosotros.

—Ya veremos.

—También podría enseñarte a jugar al ajedrez. Otra cosa que podríamos hacer juntos.

—Sí, quizás. O podría intentar pintar, a ver si Aisla ha heredado su talento artístico de mí.

Al mencionar su nombre, mi rostro debe decaer. El suyo desde luego lo hace.

—¿Estar a solas conmigo durante tres semanas es realmente tan malo?

Niego con la cabeza. No confío en mí misma para hablar.

—Dime la verdad, Melissa. ¿Los niños se están quedando con Rick por el *virus* o por *mí*?

Vaya por Dios. Es más perspicaz de lo que le daba crédito. —El virus —respondo, esperando que mi cara no me delate. Siempre he sido una pésima mentirosa—. Para protegerme *a mí*. —Bajo la mirada.

—Vale, sigamos adelante, ¿de acuerdo? —Se sienta junto a mí en el alféizar de la ventana, y la sutil fragancia de crema de afeitar y jabón reemplaza el habitual olor acre a alcohol.

—Cuando todo esto termine —declara—, vamos a traer a Aisla y a Ewan de vuelta a casa, nacerá el bebé y seremos una familia feliz de verdad.

La ironía de sus palabras flota en el aire. Pero, en este momento, casi le creo.

UNA SEMANA DESPUÉS

EL ESTRIDENTE canto de los pájaros atraviesa mi somnolencia, un implacable recordatorio de que la mañana ha llegado demasiado pronto. Anhele el confort de la oscuridad, el respiro que proporciona de los interminables días que se extienden por delante.

Al menos he despertado en la habitación de Aisla y no al lado de él. Para evitar más disgustos a la hora de dormir, fingí que me encontraba indispuesta y no quería molestarle levantándome durante la noche.

La verdad era que no podía soportar dormir junto al hedor del whisky rancio. No podía soportar dormir a su lado, punto. Anoche apuró la última mitad de su última botella y pronto volvió a despotricar sobre las diversas fechorías de su ex mujer. Su sobriedad y falsas promesas apenas han durado una semana. Llegó tan lejos como para quitar el papel pintado de dos paredes de la supuesta habitación del bebé y ahí quedó todo.

Cuando le reproché que volviera a caer en la bebida, culpó a Lynette. Luego fue a por Cameron. Y por último, por supuesto, me culpó a mí.

Apenas puedo soportar enfrentarme a otro día de esta monotonía. Es el día número once. Cada día se siente como el anterior y hay

poco consuelo en saber que mañana será exactamente como hoy.

La habitación de Aisla, adornada con luces de hadas y pósteres de sus estrellas del pop favoritas, resulta a la vez nostálgica y melancólica. La mayoría de sus pertenencias están embaladas en cajas en el desván mientras esperan un futuro incierto.

Daría *cualquier cosa* ahora mismo por ver a Aisla con su esponjoso albornoz morado, que cuelga tristemente del gancho en la parte trasera de la puerta.

Cierro los ojos otra vez, imaginando su pelo, húmedo y con aroma a fresa después del baño mientras se apoya en mí para acurrucarse. El calor de las lágrimas presiona la parte posterior de mis ojos. Los echo tanto de menos a los dos.

Los peluches en la estantería me devuelven la mirada, sus ojos de plástico conteniendo recuerdos que desearía poder olvidar. Cuando ayudé a Justin a pintar esta habitación, pensé que nos quedaríamos aquí para siempre. Me dijo que me veía "mona" salpicada de pintura, así que le puse un poco en la frente. Al final, había más pintura sobre nosotros que en las paredes y los niños se morían de risa.

No hay remedio. Voy a tener que ponerme en marcha. No puedo dejar que la situación me hunda más de lo que ya lo ha hecho. Solo necesito mantenerme fuerte y preparada para todo lo que tengo que hacer cuando se levanten las restricciones.

Desde que entramos en confinamiento, Justin ha oscilado entre ser abrumadoramente "cariñoso" conmigo e intentar controlar lo que hago y con quién hablo. Ahora que ha vuelto a caer, ¿quién sabe qué me espera?

Pero al menos no ha sido abusivo o violento. Rezo para que esto no esté por venir, especialmente cuando no hay ningún lugar adonde pueda huir.



Bajo las escaleras de puntillas y lleno un vaso, teniendo cuidado de que el agua no corra lo suficientemente rápido como para hacer ruido.

El canto de los pájaros parece haberse vuelto más fuerte durante los últimos días —aunque tal vez sea la ausencia de tráfico lo que me permite escucharlo de verdad. Voy a tener que salir a caminar hoy, sin importar lo "vulnerable" que se supone que soy. No tocaré nada allí fuera —de hecho, incluso llevaré guantes y una bufanda sobre la nariz. Y no me acercaré a ningún alma.

Pero *tengo* que salir. Si me marcho antes de que Justin se levante, no podrá hacer nada para detenerme. Puedo llamar de nuevo a mamá y a los niños mientras camino y hablar con ellos sin que Justin ande por ahí, escuchando.

Pero primero, mientras aún duerme, haré algo de yoga —otra cosa que a Justin no parece gustarle que haga. Cualquier cosa que me lleve a mi propio espacio y me aleje de él, no la aprueba.

Me pongo unos pantalones deportivos y una camiseta del montón de ropa para planchar y me recojo el pelo en un moño en lo alto de la cabeza.

La luz del sol se derrama como oro líquido cuando abro las cortinas. Justin ha insistido en mantenerlas cerradas. Dice que es para evitar que "los vecinos entrometidos", como él los llama, miren hacia dentro. Echo de menos ver a Diane saludándome al pasar. Pero no echo de menos los ojos vigilantes de la nueva vecina. Mientras recuerdo la deuda que Justin tiene con ella, pienso que *ella* es la razón principal de su irritación. Después de todo, sé con certeza que apenas tiene dinero en este momento.

También se siente bien desenrollar mi esterilla de yoga sobre la alfombra. Ha pasado una semana desde que estuve cerca de ella, después de la última queja de Justin.

Encuentro lo que se describe como una sesión de yoga *relajante* para embarazadas en YouTube. Mientras me tumbo en mi esterilla,

la suave música instrumental y la voz calmante de la instructora llenan mis oídos.

Si Justin se queda en la cama al menos hasta la misma hora que ayer, el día podría ser más llevadero. La instructora me invita a estirar las extremidades como una estrella de mar y, al hacerlo, por primera vez, siento moverse al bebé.

Es solo un aleteo, pero definitivamente está ahí. Por un momento, casi olvido la situación y tengo el impulso de subir corriendo para contárselo a Justin, para invitarle a que ponga una mano en mi vientre y lo sienta por sí mismo. Pude hacerlo con Rick cuando estaba embarazada de Aisla y Ewan. Pero esta vez no puedo. Algo dentro de mí se desinfla al recordar que estoy sola en esto.

Mientras paso de guerrero uno a guerrero dos, permito que mi mirada recorra la plaza. Normalmente bulliciosa con la energía de la vida comunitaria, ahora está completamente desierta, salvo por una mujer solitaria que lanza una pelota a su perro. Al menos debería estar segura cuando me aventure a salir.

La sensación de estar siendo observada vuelve de nuevo. Desvío los ojos hacia la ventana del segundo piso de la vecina y por un momento, en cierto nivel, siento una conexión con ella. Parece estar sola allá arriba y supongo que, como yo, probablemente no tiene nada mejor que hacer que observar a la gente, incluso cuando lo más emocionante que están haciendo es intentar hacer yoga matutino.

Bajo los brazos a los costados y me inclino hacia la ventana. Debería reconocer su presencia, así que saludo con la mano. Pero en lugar de devolver el saludo, ella baja la cortina y desaparece. Quizás esté avergonzada por haber sido sorprendida mirando por mi ventana.

DESPUÉS DEL YOGA, me llevo el té y la tostada al jardín y me siento en mi lugar favorito del muro. Hoy se cumplen once días desde que salí de casa. Mientras mastico mi tostada, abro la aplicación de noticias en mi móvil aprovechando que puedo mirarla en paz. Justin, cuando no está demasiado ocupado vertiendo por su garganta cualquier cosa que encuentre, me reprocha constantemente por estar enganchada a las noticias.

Estoy buscando una señal, *cualquier señal*, de que esta situación no se prolongará más allá del próximo lunes, cuando se prevé otro anuncio.

Según los titulares, el virus podría estar ya "alcanzando su punto máximo" en España. Cuando paso al siguiente titular, ahogo un grito. Han publicado las últimas cifras de fallecidos *aquí*. Más de tres mil personas han muerto por el virus en un solo día. Es el doble de lo que era hace cuatro días. No puedo mentir: estoy aterrorizada. Quizás no salga a dar ese paseo después de todo. Se está extendiendo como la peste bubónica.

Espero y rezo para que Rick esté protegiendo a los niños de cualquier riesgo de contagio. Normalmente, me pasa el teléfono a los niños tan pronto como llamo, así que tendré que pedirle hablar con él la próxima vez. Con suerte, Rick y Cara están cumpliendo las normas tanto como yo. He aceptado que los niños no van a volver

conmigo todavía, y por mucho que me duela, sé que es lo mejor dadas las circunstancias.

Solo desearía haber cedido a las súplicas de Ewan por un móvil en Navidad, en lugar de decirle que tendría que esperar hasta su cumpleaños. Siempre he dicho que solo podría tener uno cuando llegara a la edad del instituto, pero si hubiera cedido, al menos podría mantener un contacto constante con él en vez de tener que depender de que Rick les *permita* hablar conmigo.

Me desplazo hacia abajo hasta otra noticia. Están haciendo planes para utilizar estadios de fútbol y hoteles cerrados como hospitales y morgues improvisados. *¡Dios mío!* Me pregunto cómo lo estará llevando Annie. Los números han aumentado tan rápido que seguramente habrá aún más casos en su hospital ahora. Ya que la tengo en mente, le enviaré un mensaje.

Soy yo. Solo quería saber si estás bien. xx

Acabo de terminar el turno de noche. Es una carnicería. La UCI está a rebosar. Pero estoy bien. En fin, no te preocupes por mí, ¿cómo lo llevas tú, encerrada con ÉL? Espero que la situación sea soportable. xx

No ha ido tan mal. Ha estado sin beber. Bueno, hasta anoche. Así que estoy manteniéndome alejada lo más posible. xx

¿Averiguaste al final cuál fue la pelea que tuvo con Simon? xx

Vaya, todavía está pensando en *eso*. La traición de Simon es lo *último* que necesita saber con todo lo que tiene que afrontar en el trabajo.

No, nunca mencionó nada. Probablemente le debe dinero o algo así. Lo que me recuerda. ¿Qué tanto conoces a la nueva inquilina del antiguo piso de Simon? Justin le debe dinero por un trabajo que nunca hizo.

No la conozco para nada. ¿Hay ALGUIEN a quien Justin no le deba dinero?!!! En fin, me voy a la cama. Te escribiré en los próximos días. xx

Vale. Cuídate. xx

—¿Cómo os va a todos, Melissa? —grita Diane desde el otro lado de nuestras dos vallas—. ¿Los niños consiguen mantenerse entretenidos?

—Están con su padre —respondo, con una voz tan plana como una tortita. Debe saber perfectamente después de todo este tiempo que no están aquí; obviamente está siendo cotilla.

—¿Oh? ¿Y eso por qué? ¿No está su padre trabajando fuera?

—Casi nadie está *trabajando fuera* en estos momentos —respondo—. ¿Cómo estás *tú* de todos modos? —No quiero hablar sobre que Aisla y Ewan no estén aquí. No con nadie. La situación ya me está crucificando bastante.

—Oh, ya me conoces. Sigo adelante con todo lo que puedo. Me alegró ver que te has unido al grupo de Facebook.

Miro hacia la ventana del dormitorio desde donde la cortina ondea con la brisa. Necesito mantener la voz baja. —Me uní el fin de semana —respondo.

No he oído ningún movimiento desde arriba esta mañana, así que con suerte Justin sigue profundamente dormido. —Pero no hay mucho que pueda hacer para ayudar a nadie mientras estoy en esta situación —Apoyando una mano en mi vientre, le sonrío.

—Deberían ser los demás quienes te ayuden a *ti*. —Me señala—. Eres asmática también, si recuerdo correctamente, ¿verdad?

—¿Cómo sabes eso?

—¿No recuerdas aquella vez que estuvimos charlando?

—Eso podría ser cualquiera de las veces —digo. Me cae bien Diane y es agradable conversar con un ser humano diferente a Justin por una vez. Una vez que superé mi fastidio por su intromisión cuando me estaba mudando, me di cuenta de que era porque parecía preocuparse genuinamente. Además, hay algo bastante reconfortante en Diane. Quizás, con su pelo gris en forma de melena corta y su delantal de colores brillantes, hay algo en ella que me recuerda a mi madre antes de que la demencia se arraigara en ella.

—Fue mientras esperábamos nuestras recetas en la farmacia aquella vez —responde.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Quién sabe cuándo nos *permitirán* estar de pie en la farmacia otra vez. —Es extraño cómo algo tan ordinario

es ahora algo completamente prohibido.

—Es una pena que los niños no estén por aquí en este momento.
—No va a dejar pasar esto—. Todos están haciendo dibujos para ponerlos en sus ventanas, ¿has visto? Para dar las gracias al Sistema Nacional de Salud.

—No he salido a ninguna parte.

—No, por supuesto que no. Lo siento.

Se me encoge el corazón cuando la voz airada de Justin emana desde algún lugar dentro de la casa.

—Eh, voy a tener que irme.

No parece que me esté gritando a mí, más bien que está discutiendo con alguien por teléfono. Sea cual sea el caso, no es buena señal. Debería haber sabido que su lado "más amable" no duraría mucho.

—¿Estás *tú* bien ahí dentro? —Diane lleva una expresión preocupada mientras se inclina sobre su valla hacia el jardín de al lado. Probablemente la echarían de vuelta a su lado si salieran ahora.

Diane *casi siempre* parece preocupada cuando habla conmigo—. Como he intentado decirte antes, *todos* sabemos cómo es tu marido.
—Hace un gesto con la cabeza en dirección a la planta superior de mi casa mientras continúan los gritos.

Es la primera vez que lleva la conversación por este camino desde que la despedí bruscamente el año pasado. Ahora que he visto los verdaderos colores de Justin por mí misma, difícilmente puedo despedirla de nuevo. Quizás necesito sonsacar información a esta mujer. Después de todo, solo he escuchado la versión de Justin.
—¿Qué quieres decir?

—Solo que todos oíamos cómo era con Lynette. Y a juzgar por lo que sigo oyendo, no ha aprendido la lección.

—Annie, la del pub, me ha contado algunas cosas.

—Ella no conocía a Lynette. No como nosotros. —Diane me da una mirada cómplice—. No creo que llegara a conocerla nunca.

Suspiro. —Será mejor que averigüe qué está pasando ahí dentro.

—Si necesitas ayuda —Diane se inclina tanto hacia el jardín de al lado que parece que podría caer por encima de la valla—, ya sabes

dónde acudir, ¿verdad? Cuando sea.

—Gracias. Pero seguro que estaré bien. —Mientras me vuelvo para mirar a la casa, murmuro entre dientes—: Eso creo.

Ya sea por su resaca o por su conversación telefónica, Justin está definitivamente de nuevo en uno de sus estados de ánimo más oscuros. Y si me pilla aquí fuera, hablando con Diane, corro el riesgo de echar más leña al fuego.

—¡ESTÁS mintiendo! —le grita al pobre desgraciado con quien está discutiendo.

Me apoyo contra la barandilla al pie de las escaleras, conteniendo la respiración. Hay una pausa antes de que vuelva a gritar. —Sé *perfectamente* que puedes pagarlo.

Luego otra pausa. Toda la plaza debe poder oírlo vociferar. Entonces, como si pudiera leer mi mente, cierra de golpe la ventana del dormitorio; el sonido reverbera por toda la casa y me provoca un escalofrío.

Exhalando un suspiro profundo, mis ojos se fijan en el cartel junto a la puerta principal, cuya promesa vacía se burla de mi caos.

En nuestro hogar feliz, los corazones están llenos y las sonrisas son contagiosas.

Ya, claro.

—No puedo esperar tanto tiempo, Simon, y lo sabes. Necesito ese dinero esta semana.

—Pues deberías haber pensado en eso antes de actuar a espaldas de tu mujer, ¿no crees?

—Vaya, eso no es muy amable, ¿verdad? Definitivamente eres el primer *amigo* que me ha deseado la muerte.

El tono de su voz se oscurece. —Como ya te he dicho, tienes hasta el final de la semana antes de que ella sepa de qué estás

hecho realmente.

—Cinco mil libras y te dejo en paz. Eso es todo lo que hace falta.
—Su voz adquiere un tono despreocupado. Su tono es tan casual que podría estar simplemente pidiendo prestadas diez libras.

—Porque tendrás mi palabra. Te los enviaré *todos* para que los destruyas.

—Me importa una mierda todo eso. Tienes hasta el viernes, ¿me oyes?

Justin aparece de repente en lo alto de las escaleras. Simon debe haber terminado la llamada, pero claramente antes de que yo me diera cuenta y pudiera apartarme.

—¿Has estado escuchando mi conversación telefónica *privada*? —
El tono de su voz lo dice todo.

—Yo, esto, subía para ver si querías un té, nada más.

—No me mientas, joder. Los dos sabemos que eres pésima mintiendo. —Se ajusta el cordón de su bata. —Estabas espiando mi conversación, ¿verdad?

Conozco esa mirada frenética en sus ojos. Es la mirada que dice *hoy voy a desayunar cualquier alcohol que pueda encontrar*.

Doy un paso atrás mientras baja las escaleras.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te encoges así? —Se detiene en el segundo escalón. Está aún más por encima de mí de lo habitual.

—Solo me apartaba de tu camino, nada más.

—Realmente no soportas respirar el mismo aire que yo, ¿verdad?
—Agita su dedo frente a mi cara—. Ni siquiera puedes soportar dormir en la misma cama que yo. —Su acusación queda suspendida entre nosotros como una nube tóxica.

—Intenta dormir en la misma habitación con alguien que ronca, se tira pedos y apesta a alcohol. —Mierda. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Estoy caminando por una línea muy fina, que oscila entre saber que necesito defenderme y la necesidad de mantener la paz. No importa lo que diga aquí, no voy a ganar.

Sin embargo, *a veces* defenderme *sí* funciona —si le pillo en ese estado de ánimo cuando siente que cualquier señal de fortaleza por

mi parte significa que podría abandonarle. En estos momentos, a menudo empieza a lloriquear sobre cómo no quiere que nadie más me tenga. En otras ocasiones, simplemente le enfurece. Pero ser una cobarde y aceptar sus mierdas parece ser lo que *más* le hace perder los estribos —parece hacerle despreciarme.

—Intenta estar con alguien que es frígida, aburrida y que tiene miedo de su propia sombra.

Ah, así que hoy vamos por este camino.

Quizás si discutimos, Justin saldrá de casa dando un portazo como habría hecho antes de esta estúpida pandemia. Puede que hoy no tenga un pub al que ir, pero seguramente alguien, en algún sitio, le venderá suficiente bebida para dejarse inconsciente. Tal vez podría cerrar la puerta con llave y no dejarle volver a entrar.

—No, Justin —replico—. *Solo* tengo miedo de *ti*, para que lo sepas. Tengo miedo de lo que puedas decir, de lo que puedas hacer, de cómo me haces sentir. —Abre la boca como si fuera a replicar, pero luego la cierra de nuevo—. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Tener este tipo de control sobre mí. Y mis hijos *también* te tienen miedo —*tú eres* la razón por la que no están aquí. —Mi voz es firme pero lleva el peso del arrepentimiento—. Han visto y oído suficiente, y tus acciones les han alejado. Así que si quieres saber la *verdadera* razón por la que no están aquí, ahí la tienes.

Una pesadez se instala en mi pecho mientras intento recuperar el aliento, el peso de mi confesión permanece en la tensa atmósfera. He dicho demasiado, lo sé, pero en serio, ¿qué puede hacerme? Ha alejado a mis hijos y ya me tiene atrapada aquí con él. No puede hacerme daño *físicamente* —al menos mientras lleve a su bebé.

O quizás sí pueda... Sus dedos se vuelven blancos al apretar la barandilla con más fuerza. —¿Qué quieres decir con que *yo soy* la verdadera razón por la que no están aquí?

—Han estado contándole cosas a Rick sobre ti. Sobre *nosotros*. —Mi voz flaquea, mi recién encontrado valor se desvanece un poco—. Se sienten más seguros allí.

—¿Qué demonios has estado diciendo de mí?

—No es lo que *yo* he estado diciendo. Es lo que ellos han visto y oído por sí mismos.

La expresión de su cara sugiere que podría ser buena idea cambiar de estrategia y alejar la conversación del tema de mis hijos.

—¿Qué demonios te ha pasado, Justin? ¿Qué hice yo para merecer algo de esto? Pensaba que las cosas estaban mejorando entre nosotros durante la última semana.

Se lanza desde las escaleras y se abalanza sobre mí.

—¿TE digo lo que *hiciste*, ¿eh? —Me agarra la muñeca mientras me encara—. Lo que siempre haces: quedarte ahí, juzgándome, día tras día, *tú* tan santurrona. —Zarandea mi brazo mientras despotrica—. Y todo el tiempo, estás ahí escabulléndote con tus alijos de dinero y tus planes secretos.

—¿De qué estás hablando?

Dios mío, *¿y si ha descubierto mi dinero para la casa?* Pero ¿cómo podría haberlo hecho?

—Si los niños hablan mal de mí, es por *tu culpa*. Los estás poniendo en mi contra, igual que Lynette hizo con Cameron. Y si crees que voy a dejar que lo hagas con este. —Hago una mueca cuando clava un dedo de su mano libre en mi vientre.

—Aléjate de mí.

Pero continúa rugiendo en mi cara. No solo Diane podrá oírle a dos puertas de distancia, probablemente le oirán al otro lado de la plaza.

—Eres *tú* la que ha cambiado, no yo —continúa, ahora clavándome el dedo en el pecho con tanta fuerza que seguro me dejará moratones. Al menos ahí no se verán, no como en los brazos—. Mírate, estás hecha un desastre. No es de extrañar que no pueda dejar de beber. —Intenta agarrarme la otra muñeca pero falla—. Deberías mirarte bien al espejo.

—Ay, me estás haciendo daño. —Agito el brazo y de alguna manera consigo liberarlo de su agarre.

Mientras retrocedo, él avanza hasta que siento la pared del pasillo detrás de mí. —¿Has estado hablando mal de mí con tu ex, verdad? ¿Qué está pasando ahí? —Esta vez agarra mi sudadera, un puñado de tela en cada mano, y me estampa contra la pared—. ¿Sigues acostándote con él? ¿Es eso?

—¡No, por favor! Suéltame.

—¿Cómo puedo confiar en ti, Melissa? —Suelta mi sudadera y me agarra ambas muñecas, apretando aún más fuerte esta vez—. ¿Cómo sé que el niño que llevas es MÍO? Me dan ganas de hacerle una visita a ese Rick.

Las resacas de whisky a menudo le hacen despertar así. Con las resacas de cerveza, está más aletargado y se pasa el día cuidando un dolor de cabeza. Pero una noche intensa con destilados parece llevarlo a otro lugar completamente.

—Por favor, basta, Justin. ¿Por qué no nos calmamos? Estoy segura de que podemos solucionar esto. —He estado así desde que las cosas se torcieron entre nosotros en Navidad. Constantemente tratando de apaciguarle. Si al menos hubiera recogido nuestras cosas y me hubiera marchado cuando se le cayó la máscara por primera vez. En cambio, he estado dudando y contándome todo tipo de historias que han retrasado lo único que debería haber hecho.

La perspectiva de *solucionar las cosas* debe calmarle porque me suelta las muñecas. Me alejo de él y entro en la cocina. Mi corazón late tan rápido que parece que va a explotar, y tengo la garganta seca por el miedo.

Mientras lleno un vaso de agua, le siento detrás de mí otra vez.

Me doy la vuelta. —¿Por qué no sales a dar un paseo para despejarte? —Su cara está roja como la remolacha. Es otro día caluroso, pero su color probablemente se debe más a la rabia y la resaca.

—¿Así que ahora intentas deshacerte de mí? —Sus ojos se hinchan y una vena late en su frente. Otra señal de su furia.

—Quizás nos vendría bien un poco de espacio. Hemos estado así once días.

En realidad, después de lo que dijo sobre *alijos de dinero*, necesito revisar mi cuenta bancaria, debo asegurarme de que mi dinero esté a salvo. También podría intentar contactar de nuevo con esa agencia inmobiliaria. Quizás los inquilinos ya se han ido. Sé que no deberían haberlo hecho, pero puedo vivir con esperanza.

—¿Es para poder llamar a él?

—¿A quién?

—A tu exmarido, ¿a quién crees que me refiero?

—Claro que no.

—Enséñame tu teléfono. —Extiende la palma de la mano hacia mí.

—¿Para qué? —Me devano los sesos. Creo que he borrado todo lo que no querría que viera. Excepto mi mensaje más reciente a Annie. Si ve eso, sabrá que mis planes para dejarlo siguen en marcha.

—Quiero ver tus mensajes.

Eso es lo que me preocupaba. —En realidad, necesito hacer pis. —Me escabullo por su lado, cargando mi voz de urgencia—. Ya sabes cómo es cuando estás embarazada.

—He dicho que quiero ver tu teléfono. *Ahora*. —Golpea la encimera con la palma de la mano.

Me giro en la puerta. —Está arriba. Te lo bajo cuando baje.

Mientras estoy en el baño, deslizo mi móvil detrás del panel de la bañera. Si lo encuentra, estoy segura de que me lo quitará o lo romperá. No me extrañaría nada de él, con el humor que tiene esta mañana, y sin mi móvil, estaría prácticamente incomunicada con *todo el mundo*. De alguna manera, necesito desviar su atención hacia otra cosa.

Me siento en el inodoro durante varios minutos, secándome las lágrimas frenéticamente. Tan rápido como una se escurre por mi barbilla, otra resbala por mi cara. El nudo en mi garganta se siente como si me hubiera tragado una pelota de golf y ahora mismo, me pregunto cómo podré dejar de llorar para poder volver abajo. Si Justin me ve así, solo le hará enfadarse más.

Mientras bajo las escaleras, el familiar siseo de una lata de cerveza interrumpe el silencio. Casi al mismo tiempo, hay un fuerte golpeteo en la puerta. Quien sea que esté ahí fuera viene en serio.

—¿Quién es? —grito desde detrás de la puerta, con la voz aún pesada por las lágrimas contenidas. ¿No debería la gente quedarse en sus casas con todo lo que está pasando?

—Es la policía —responde una voz amortiguada—. Hemos recibido avisos de un altercado.

Miro hacia atrás donde Justin está ahora de pie en la entrada de la cocina. —Deshazte de ellos —sisea, su expresión ahora con los ojos muy abiertos y completamente diferente a la que tenía hace unos minutos—. Por favor, Melissa. Siento haberte agarrado, de verdad. Por favor, no dejes que me encierren; no puedo soportarlo, de verdad que no. Además, probablemente me contagiaré del virus si permites que me metan en alguna celda de la comisaría.

—Solo necesitamos asegurarnos de que todo está bien ahí dentro.

—Todo está bien —respondo, intentando estabilizar mi voz—. De verdad que sí —Puedo ver en la cara de Justin que ya se ha calmado.

—Solo necesitamos asegurarnos.

Esta podría ser mi gran oportunidad para salir de aquí. Podría abrir la puerta y decirles que necesito ayuda. Podría decirles que quiero irme pero que todavía no tengo adónde ir. Sin embargo, si hiciera eso, tendrían que llevarme a *algún sitio*, que probablemente sería a algún albergue para mujeres.

Todas las demás tendrían a sus hijos con ellas en un refugio, y yo simplemente no soportaría estar entre ellas sin mis dos pequeños. Rick difícilmente me entregaría a mis hijos si me estoy quedando en un lugar así, y no esperaría que lo hiciera. Incluso yo sé que estarían mejor con él en esas circunstancias. ¿Y qué pasaría con todas nuestras cosas si hiciera eso?

—Solo necesitamos *verte*. —Este agente de policía no se va a marchar.

Luego, por supuesto, está el virus en el que pensar. Al menos mientras esté aquí, en esta casa, no estoy tocando superficies que

otras personas hayan tocado. Realmente *no* quiero contagiarme; quién sabe lo que podría hacerme.

—Tendrás que abrirles —sisea Justin—. Solo asegúrate de dejar puesta la cadena.

—¿Le importaría apartarse de la puerta? —Deslizo la cadena y abro la puerta una fracción—. Estoy embarazada y soy asmática.

—Como desee. —Da un paso atrás justo cuando el borde de la puerta topa contra la cadena. Se parece un poco a Rick, con su pelo rubio rebelde y su complexión robusta. La constatación me trae lágrimas frescas a los ojos. Si tan solo Rick no hubiera comenzado su sórdida aventura con Cara. Podríamos haber seguido juntos, en lugar de estar yo atrapada en lo que se ha convertido en una situación completamente imposible.

—Como puede ver, estoy perfectamente bien.

Probablemente pueda notar que no lo estoy. Mi cara seguramente aún estará manchada y roja de cuando estaba llorando.

—Hemos recibido informes de un hombre gritando. —La preocupación aún está grabada en el rostro del agente. Evidentemente, todavía no le he convencido.

—Podría haber sido la televisión lo que oyeron. —Intento forzar una risa—. Mi marido la tiene puesta muy alta.

La mirada en la cara del agente dice: *¿esperas que me crea eso?*
—¿Está él ahí con usted? Su marido, quiero decir.

Miro hacia la puerta de la cocina donde Justin está haciendo señales de corte de garganta.

—Em, sí, pero creo que está al teléfono en este momento. Está arriba. Mire, le prometo que todo está bien.

El agente asiente. —¿Y hay alguien más ahí con usted? ¿Niños?

Su pregunta me deja de nuevo hecha polvo. —No —digo en voz baja.

—De acuerdo. La dejaré por esta vez, pero por favor no dude en llamarnos si nos necesita. —Se lleva el sombrero a la cabeza mientras me hace un gesto de despedida—. En cualquier momento.

—Lo haré. Y gracias.

—Manténgase a salvo —añade mientras levanta el pestillo de nuestra verja.

No sé si se refiere a estar a salvo del virus o de mi marido.

UNA DE LAS razones por las que me he levantado tan temprano esta mañana es para comprobar mi cuenta bancaria. Justin apenas me dejó sola ayer, así que al final no pude revisarla.

He estado despierta desde que ha salido el sol, exprimiéndome el cerebro sobre el día en que el país entró en confinamiento y lo que estaba haciendo en mi ordenador. Recuerdo haber encontrado esa segunda propiedad en una de las webs de otras agencias inmobiliarias, luego inicié sesión en mi cuenta de ahorros para comprobar el dinero disponible. Lo siguiente que recuerdo es haber tenido que cerrar precipitadamente la pantalla cuando Justin apareció de repente.

Debió de ser cuando recibí la llamada del agente inmobiliario cuando él volvió a abrir mi portátil y encontró mi correo electrónico anterior. Solo espero y rezo que mi banco me haya cerrado la sesión automáticamente; no estoy segura de cuánto tiempo tiene que pasar para que eso ocurra.

Mantengo los dedos sobre el teclado. El inicio de sesión está precompletado. Incluso si me *hubiera* desconectado, él *aún* podría haber vuelto a entrar.

Mi corazón late con fuerza mientras se carga la cuenta. Cierro los ojos con fuerza, intentando visualizar las cifras que muestran los fondos que he ahorrado con tanto cuidado desde principios de año.

Los fondos que me darán la libertad y me reunirán con mis hijos. No me atrevo a mirar. ¿Y si él ha...

Lo ha hecho.

El cabrón.

La transacción se envió a las 15:57 del lunes 26 de marzo. 1.532 € a Justin L Rose. Mi saldo ahora es cero. Tenía ahorrado el primer mes de alquiler, la fianza para la agencia inmobiliaria y la tarifa para el hombre con furgoneta.

Y ahora no tengo absolutamente nada.

Una ira abrasadora retuerce mis entrañas, cada músculo se tensa al darme cuenta de lo que ha hecho. Quiero golpearle con mis puños, pero sé que solo pondría en peligro tanto a mí como al bebé. No importa lo que haga o diga, no puedo imaginar ninguna circunstancia en la que simplemente se dé la vuelta y me lo devuelva todo.

De alguna manera, tendré que reponer el dinero, pero con mi trabajo en pausa, y sin señales de ese supuesto dinero del ERTE, no sé cuánto tiempo llevará.

Miro fijamente los ceros en la pantalla hasta que se vuelven borrosos ante mis ojos. Le odio, le *odio*. ¿Qué le habrá hecho pensar que tenía derecho a robar mis ahorros?

Quizás podría ponerme en contacto con *mi* banco y ver si pueden anular la transacción. Pero en el fondo sé que estaría perdiendo el tiempo. Soy totalmente culpable por permitir que otra persona accediera a mi cuenta.

Lucho contra las lágrimas, mi mente es un campo de batalla caótico de miedo y arrepentimiento. ¿Cómo he podido dejar mi ordenador vulnerable? Fue un descuido costoso, un error por el que pagaré caro.

Cierro lentamente la tapa del portátil, toda la energía se escapa de mí. No es como si tuviera muchas opciones para recuperar ese dinero. La primera sería conseguir que Justin me lo devolviera, lo que no va a ocurrir ni en un millón de años. La segunda es esperar y

rezar para que el trabajo me pague algo pronto, o tercero, que el gobierno nos dé a todos algo para vivir. Han mencionado algo en las noticias, pero no hay señales de qué o cuándo será. Son todo palabras y nada de hechos, como diría mi madre.

Lo que sea que estén planeando dar a todo el mundo probablemente será justo como lo describen, *algo para vivir*. Justin ya ha hecho una llamada al respecto, pero no sé si se nos hará un pago o cuándo.

La tercera opción es conseguir un préstamo. He pensado en pedírselo a Rick, pero mi orgullo me lo impide. Mis dos tarjetas de crédito ya están al límite y todavía estoy pagando un préstamo que pedí cuando necesitaba cosas para los niños el año pasado. Normalmente, mi primer recurso en este tipo de situación habría sido mi madre. Si solo se hubiera dado cuenta antes de la importancia de designar un poder notarial, probablemente habría podido pedir prestado algo de su patrimonio. Cuando me di cuenta de que esto sería necesario, ya se consideraba que no tenía la capacidad adecuada para firmar los documentos.

Para entonces, me había dado cuenta de que era un peligro para sí misma si permanecía en su casa, incluso con los cuidadores y yo vigilándola. Desde que ingresó en la residencia, ha empeorado rápidamente. No pasó mucho tiempo antes de que solo nos reconociera a mí y a los niños en un buen día, y últimamente, esto se ha convertido en un día *excepcionalmente* bueno.

El dinero de su casa está comprometido para pagar las cuotas de su residencia y solo después de que muera, obtendré la parte que no pueden usar para pagarlas. Es una forma terrible de pensar, pero tristemente, se ha convertido en la realidad.

No puedo imaginar que alguno de los amigos con los que trabajo tenga mil quinientos euros de sobra, pero Annie podría tenerlos. Simon es el que tiene todo el dinero, pero ella quizás pueda conseguir suficiente para ayudarme.

Echo un vistazo al reloj. Si hoy no está de turno, posiblemente sea demasiado temprano para enviarle un mensaje. Pero si lo está,

ya estará levantada y preparándose.

Me envidiaba por haberme enviado a casa del trabajo cuando la vi por última vez, pero yo la envidio a ella por mantener cierto grado de normalidad en su mundo. Por tener una rutina familiar y una sensación de ser vital. Ella está clasificada como *trabajadora esencial*. De las que pueden pasar primero en las colas del supermercado y recibir sus codiciados horarios de entrega a domicilio. Si no conseguimos uno pronto, voy a tener que ceder y pedirle a Justin que vaya al supermercado, con todo el riesgo que eso conlleva.

Buenos días, cariño. Siento escribirte tan temprano. xx

No pasa nada, estoy preparándome para el trabajo. Perdona que no me pusiera en contacto el otro día, esto es una locura. xx

No tienes que disculparte. ¿Cómo estás? xx

Es horrible. Realmente horrible. Hemos tenido que preparar unas UCI improvisadas. Estoy aterrorizada de contagiarme, pero hasta ahora, estoy bien. En fin, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? Y se me olvidó preguntar en mi último mensaje, ¿cómo están los niños? xx

Están con su padre. Mira, odio pedirte esto cuando todo está tan difícil, pero necesito tu ayuda. xx

¿Qué pasa? ¿Y por qué están los niños con su padre? xx

Larga historia. Pero está bien, están bien allí. En fin, Justin ha encontrado el dinero que había ahorrado y se lo ha llevado. Todo. xx

¡¡Estás de broma!! Pensaba que lo habías guardado bien lejos de él. xx

Agacho la cabeza. Qué idiota fui al dejar mi ordenador con la sesión iniciada. No solo Justin hará *cualquier cosa* para evitar que lo abandone, sino que siempre está desesperado por conseguir dinero. No tengo ni idea de la magnitud de sus deudas, pero solo su adicción al alcohol debe costarle cientos de euros cada mes.

No creo que haya conseguido nada con su patético intento de chantaje a Simon y además ha perdido su trabajo. Respiro hondo. Odio pedirle dinero a la gente, pero hay que hacerlo.

Creía que lo había hecho. Mira, sé que es mucho pedir, pero ¿podrías prestarme el dinero cuando se levanten estas restricciones?

¿¿Para que pueda entrar en la casa?? ¿¿Es solo hasta que me asiente y entonces te lo podré devolver?? xx

Tamborileo con los dedos sobre la mesa de la cocina, con el corazón latiéndome con fuerza dentro del pecho mientras veo los tres puntos parpadeando en la pantalla de mi teléfono durante lo que parece una eternidad.

Estoy tan desesperada por alejarme de Justin como él parece estarlo por que me quede. Se mostró muy amable después de lo que pasó entre nosotros ayer y después de que la policía se marchara, pero sé demasiado bien que no durará. Nunca dura.

La respuesta de Annie aparece en mi pantalla. De la misma manera que tenía miedo de ver el saldo de mi cuenta hace unos momentos, ahora casi me asusta leer su respuesta.

Lo siento mucho, cariño. Todos estamos en una situación similar. Simon ha tenido que cerrar el pub, así que nuestro único ingreso es mi sueldo y lo que recibirá de la inquilina de su antiguo piso. Pero ella tampoco puede trabajar, así que podríamos estar esperando un tiempo por su alquiler. De verdad que lo siento. Sabes que te ayudaría si pudiera. xx

No reitera su oferta anterior para que me quede con ellos en el pub. Pero supongo que ahora no puede. ¿Quién hubiera predicho jamás que sería contra la ley quedarte con una de tus amigas cuando estás atrapada en un matrimonio tóxico?

No es que fuera a ir de todos modos. ¿Cómo podría? No puede ayudarme, así que ¿qué voy a hacer? Mis pensamientos se persiguen unos a otros durante unos minutos hasta que oigo movimiento en el piso de arriba.

Justin se está levantando.

Allá vamos otra vez.

LA ALMOHADA bajo mi cabeza sigue empapada por mis lágrimas anteriores. Al mirar el reloj, me doy cuenta de que solo ha pasado una hora de respiro. Nunca he sido de las que duermen durante el día, pero el agotamiento me ha llevado al límite. Justin, por suerte, me ha dejado en paz.

Mirando al techo, rayado por la luz del sol, intento ahogar el ruido distante del cortacésped y las risas de los niños. Me coloco la almohada sobre la cabeza, buscando consuelo en su reconfortante peso.

Normalmente me encanta esta época del año, cuando los relojes se han adelantado y se acerca la Semana Santa. Pero ahora mismo, apenas puedo soportar la idea de levantarme de la cama. Estar aquí es una buena excusa para no tener que estar en compañía de Justin, y dormir es una excelente manera de matar el tiempo; los días son interminables.

Me levantaré a tiempo para el próximo informe diario, cuando podría haber un rayo de esperanza de que la pandemia esté disminuyendo. Cuando haya un final para todo esto. Sé en el fondo de mi corazón que esto no ocurrirá pronto, no con las cifras de muertes que he estado observando como un halcón. Nunca me he sentido tan atrapada en mi vida. Si fuera cualquier otra cosa,

cualquier cosa que no fuera un virus con el poder de matarme a mí y al bebé, me largaría de aquí inmediatamente.

—Ah, estás despierta —aparece Justin en la puerta—. Dijiste que te avisara si llevabas más de una hora aquí arriba.

—¿Lo dije? —Sé perfectamente que no lo hice, pero no quiero provocar una discusión. Especialmente ahora que parece estar de buen humor, por variar.

—Así que te he traído un té —la voz de Justin es suave mientras se agacha bajo el marco de la puerta y se desliza por la alfombra hacia mí. En una mano lleva una taza humeante y en la otra, una botella de plástico que parece estar llena de cerveza. Dios, espero que no sea así; lo último que necesito es que se emborrache otra vez. Pensé que ya había terminado con todo el alcohol de la casa.

Sus estados de ánimo oscilan como un péndulo, erráticos e impredecibles, una montaña rusa que se balancea entre las alturas de la dependencia y las profundidades de la ira irracional. Mamá, si aún estuviera en sus cabales, estaría horrorizada por la situación en la que me encuentro. Me habría sacado de aquí más rápido de lo que se propaga el virus.

Pero es reconfortante, de una manera extraña, sentir el peso de Justin cuando se sienta a mi lado en nuestra cama. Nunca habría tolerado este tipo de trato antes y sigo preguntándome qué me ha pasado. Odio la vulnerabilidad que el embarazo me ha impuesto. Hasta las más pequeñas migajas de afecto que Justin me ofrece parecen salvavidas. Las advertencias de Annie resuenan en mi mente constantemente y desearía haberlas escuchado antes de que escapar se volviera imposible. Anhele sus palabras incisivas y sus ofrecimientos de ayuda, pero ahora está demasiado ocupada en el hospital.

En los últimos días cuando hemos hablado por mensajes, me ha contado cómo las otras enfermeras están cayendo como moscas tras contraer el virus, y los turnos dobles que se siente obligada a hacer porque están con tan poco personal. A menudo duerme en el hospital entre turnos y dice que lo que están afrontando es

desgarrador. ¿Cómo puedo discutir mis problemas con ella? Mis cosas palidecen en comparación con lo que está viviendo.

La voz de Justin, cargada de preocupación, llena la habitación. — ¿Estás bien, Melissa? — Su mano descansa sobre mi brazo, el calor de su contacto en marcado contraste con la fría atmósfera que aún persiste entre nosotros—. Ni siquiera me miras.

Siento el peso de sus palabras, pero la amargura persiste como el sabor del té. Debería enfrentarle por el tema del dinero, pero ahora mismo no tengo la energía.

Me subo la manta hasta el cuello. Me quité la ropa quedándome solo en sujetador y bragas antes de meterme en la cama y no quiero que se haga ideas.

—Arreglaré todo, lo prometo. Cambiaré.

Miro fijamente su rostro sincero, luchando contra las ganas de decir: *sí, ¿y cuántas veces he oído esto ya?*

—De todos modos —continúa—. También subí para decirte que Simon envió un mensaje mientras dormías.

—¿Lo hizo? ¿Diciendo qué? ¿Annie está bien? —No puedo evitar preocuparme por ella. Es inevitable que acabe contagiándose del virus tarde o temprano y entonces, por todo lo que he oído, será una auténtica lotería lo que podría pasarle, como a cualquier otra persona.

—No la mencionó. Pero ha accedido a pagarme los cinco mil euros tan pronto como pueda reabrir el pub. Está claramente desesperado por que mantenga su pequeño secreto.

Miro fijamente su rostro, iluminado por el éxito de lo que ha conseguido. No me lo puedo creer. O quizá sí. La cuestión es, ¿puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que mi marido chantajee al marido de mi amiga sin hacer nada?

—Mientras tanto... —Da un trago a su botella—. Tiene litros y litros de cerveza que tiene que quitarse de encima; ya le he visto dejando botellas en las puertas de sus clientes habituales. La información que tengo sobre la despedida de soltero ha sido más lucrativa de lo que jamás hubiera imaginado.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Así que le he convencido para que me incluya en su pequeño acuerdo a partir de ahora. —Una sonrisa se extiende por su cara—. Aunque no necesitó mucha persuasión con lo que tengo sobre él.

—¿Así que vas a recibir cerveza aquí todos los días?

Se toca el lateral de la nariz con el dedo. —Dijo que espera que me atragante con ella, pero sí, todo lo que tengo que hacer es asegurarme de dejarle los envases vacíos.

Me incorporo sobre mis almohadas y alcanzo mi té. —¿Cuántos envases vacíos? Bueno, esto es genial: por lo que parece va a estar bebiendo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

—Oh, no sé, solo dos o tres botellas al día deberían bastarme. No te preocupes, prometo no volverme loco. —Está sonriendo como un gato al que le han dado un plato de leche—. Como le dije, su cerveza va a parar a un buen hogar aquí y es muchísimo mejor que tirarla por el desagüe.

—Dijiste que ibas a dejar de beber.

—La cerveza está bien. Por el amor de Dios, solo es cerveza de barril. Cualquiera pensaría que me estoy echando al colete bebidas de primera calidad cada noche, por la forma en que me lo recriminas.

Podría recordarle la cantidad de whisky que ha consumido desde que comenzó el confinamiento, pero en lugar de eso, cierro los ojos y me apoyo contra la almohada.

—En fin, voy a darme una ducha. —Se levanta de la cama—. ¿Te apetece unirme a mí?

—No, estoy bien. Solo voy a tomarme mi té. —Abro los ojos y sonrío débilmente. No se me ocurre nada peor que desnudarme en la ducha con él.

—Entonces puedes reservarte para cuando salga. —Coloca su botella junto a mi taza y se dirige hacia el baño—. Como prometiste.

—¿Cuándo?

—El otro día. Dijiste que necesitábamos acercarnos de nuevo.

Quiero gritarle que no dije tal cosa. ¿Por qué demonios diría algo así? *¿O lo dije?* Dios, a veces siento que me estoy volviendo loca. He dicho cosas para mantener la paz, lo sé, pero seguramente no

habría insinuado que quería tener sexo con él. La mera idea me revuelve el estómago.

Mientras la ducha comienza a correr, miro fijamente su botella durante unos momentos, resistiendo el impulso de tirar lo que queda de cerveza por la ventana abierta. Y también lo que haya abajo. Apenas puedo creer que vaya a recibir cerveza a diario en casa. ¿Y seguramente Simon no acabará cediendo y dándole cinco mil libras para comprar su silencio? Tiene motivos para acudir a la policía con lo que Justin le está haciendo.

Pero sé cuánto quiere a Annie, a pesar de lo que haya podido hacer incitado por la bebida y sus amigos. Su propuesta de matrimonio fue increíble. Junto con algunos compañeros de trabajo, ella estaba haciendo paracaidismo para recaudar fondos para la unidad neonatal de su hospital y Simon había ido a verla. Pero sin que ella lo supiera, y a pesar de su miedo a las alturas de toda la vida, había reservado secretamente su propio salto en paracaídas donde planeaba salir del avión al mismo tiempo que ella. El vídeo fue impresionante. Se me saltaron las lágrimas al verlo en caída libre con su pancarta de *¿Quieres casarte conmigo, Annie?*

Pero también sé que Annie saldría directamente por la puerta y le sacaría mucho más de cinco mil libras cuando se descubra lo que ha hecho.

Justin ya ha salido de la ducha. Maldita sea, qué rápido ha sido. Necesito salir de esta habitación cuanto antes. Muevo las piernas hacia el suelo justo cuando la puerta del baño se abre de golpe. Alcanzo el final de la cama para coger mi bata y la arrastro sobre mi pecho intentando cubrirme.

—Quédate justo donde estás. —Se quita la toalla de la cintura y se la pasa de izquierda a derecha por la espalda—. No se me ocurre una mejor manera de pasar un viernes por la tarde, ¿a ti sí? —Se tira en la cama junto a mí justo cuando me estoy levantando, agarrándose del hombro para tirar de mí hacia atrás—. Dado que

dormiste separada de mí anoche, *otra vez*, podemos compensarlo ahora.

—¿Qué quieres decir? —me giro para mirarlo, aunque en realidad sé perfectamente a qué se refiere.

—Ya es hora de que actuemos como si estuviéramos casados, ¿no crees? —Me toma la barbilla entre sus dedos como suele hacer cuando quiere algo de mí—. Sé que estás un poco delicada en este momento, así que no te preocupes, seré suave contigo —tira de mi bata con su mano libre.

Realmente cree que va a acostarse conmigo. —Sabes que no estoy bien en este momento. Y todavía tengo náuseas —intento recuperar mi bata. *¿Por qué, oh por qué no salí de esta habitación en cuanto él se metió en la ducha?*

—No me vengas con esas tonterías, Melissa.

—No son tonterías. Sabes que he estado mal —mantengo su mirada como si esto fuera a convencerlo de que estoy diciendo la verdad.

Una oscuridad con la que me he familiarizado demasiado se desliza en sus ojos. —Estás mintiendo. No has vomitado ni una sola vez desde que estamos en casa juntos.

—¿Cómo lo sabrías? Has estado borracho la mayor parte del tiempo.

Me empuja el hombro mientras intenta tumbarme contra las almohadas. —Tal vez he estado bebiendo porque *tú* me has obligado a matar mi deseo sexual —agita su dedo frente a mi cara—. Vamos, Melissa —su voz se suaviza ligeramente y adopta un tono más suplicante—. No tenemos niños aquí en este momento, ninguno de los dos tiene que ir a trabajar... no entiendo cuál es tu problema.

—Mi problema es que estoy embarazada de cuatro meses y no me apetece —percibo una vibración que no me gusta. Me siento vulnerable aquí. Más vulnerable que nunca. De repente temo que simplemente vaya a intentar tomar lo que quiere de mí.

—Actúas como si lleváramos casados cincuenta años en lugar de solo uno, Melissa. Y actúas como si tuvieras setenta años.

Tengo que alejarme de él. —Simplemente no estoy de humor ahora mismo —me retuerzo para alejarme pero me agarra la pierna

y me tira completamente sobre la cama—. Suéltame, ¿qué estás haciendo?

—Vamos. Sabes que quieres —su voz es lasciva pero firme mientras se acerca más a mí. Podría estar perdida. Quizás debería seguirle la corriente. Tiene que ser mejor que dejar que me fuerce. Tal vez puedo permitirle terminar con esto y luego me deje en paz. Pero la idea de tenerlo encima de mí, retorciéndose dentro de mí, realmente me provoca náuseas.

Mientras él maniobra para ponerse encima de mí, intento escabullirme de debajo.

—No hay *absolutamente* ninguna parte de mí que quiera tener sexo contigo en este momento. Por favor, déjame en paz, Justin —mi voz es baja y firme—. Si intentas algo, yo...

—¡Soy tu puto marido! —ruge. En un solo movimiento se levanta y se sienta a horcajadas sobre mí, con el pecho aún brillante por el agua de la ducha.

—¡Quítate de encima! —grito mientras me agito debajo de él. No puedo quitármelo de encima—. Vas a hacerle daño al bebé.

—*Vas a hacerle daño al bebé* —repite con voz llena de desprecio mientras se deja caer a mi lado—. Eso es lo único que parece importarte. Hay algo mal contigo, ¿lo sabías? Eres jodidamente frígida. Creo que deberías ver a un médico.

Odio esa palabra. *Frígida*. Pero al menos me lo he quitado de encima. El alivio me inunda mientras me inclino hacia adelante para bajar de la cama. Pero no soy lo suficientemente rápida para evitar lo que viene a continuación. Su brazo se balancea y me agarra directamente entre las piernas. —¡No! ¡Ayyy! —chillo mientras aprieta mi entrepierna con todas sus fuerzas.

—¡Frígida de mierda! —brama—. ¡Vete, lárgate de aquí!

Busco a tientas mi inhalador para el asma en la mesita de noche antes de recoger mi bata de donde ha caído en el suelo. Con lágrimas nublándome la visión, tropiezo hacia la puerta.

No habrá hecho daño al bebé con lo que acaba de hacer.

Pero me ha hecho daño a mí.

—HEMOS RECIBIDO informes de un altercado en esta dirección —dice una oficial de aspecto juvenil con ojos amables acercándose a la puerta—. ¿Es usted Melissa Rose?

La incredulidad oprime mi estómago mientras asimilo la realidad de su presencia. Asiento con la cabeza, sintiendo la brisa en mi rostro que se filtra por el hueco entre la puerta y el marco, mientras mi ansiedad aumenta con cada segundo que pasa. —¿Quién les ha llamado?

Sea quien sea, necesito detenerles. No quiero esta amenaza adicional del virus que traerán las personas que vienen a la puerta.

—Lo siento, pero no puedo decírselo —su voz es suave y preocupada. La mirada comprensiva en sus ojos provoca un calor demasiado familiar en los míos.

—Soy la agente Laura Fletcher —dice—, de la Policía de North Yorkshire, y este —señala a un oficial masculino igualmente joven que está en mi verja—, es el agente Tom McDonald —se vuelve hacia mí—. ¿Quién está en casa con usted?

—Solo mi marido —la palabra *marido*, que antes era fuente de calidez, ahora se me atraganta, un amargo recordatorio de mis ilusiones destrazadas. Echo un vistazo hacia lo alto de las escaleras, donde Justin se cierne amenazadoramente, articulando las palabras *deshazte de ellos*.

Me vuelvo hacia la agente mientras ella mira su bloc de notas. —
¿Sería Justin Rose?

—Sí.

La vergüenza me envuelve como un manto asfixiante. Sin embargo, no puedo contarle lo que acaba de suceder. Se llevarán a Justin a la comisaría, no hay duda al respecto. Y quién sabe cuántas otras personas infectadas habrán estado antes que él en el coche de policía y en la sala de interrogatorios. No puedo arriesgarme a que traiga el virus a casa. Al menos contra Justin, tengo posibilidades de defenderme, pero no tengo ni idea de qué posibilidades tendría contra el virus.

—¿Vive alguien más aquí con vosotros? —Se acerca como si intentara mirar al interior. Pero no voy a quitar esta cadena de la puerta.

—Mis hijos viven aquí, pero en este momento están con su padre.

—¿Está usted aislándose, Melissa? ¿Es por eso que no abre la puerta?

—Estoy embarazada de cuatro meses. Y soy asmática —respondo—. Así que sí.

—De acuerdo. Bueno, no voy a pedirle entrar, pero me gustaría que saliera usted —los mechones de su pelo rubio que asoman por debajo de su gorra ondean con la brisa.

—No puedo.

—Solo un minuto y me mantendré a una distancia segura. El agente McDonald —vuelve a señalarlo—, irá por la parte trasera y hablará, también a una distancia segura, con su marido —su voz es autoritaria, pero yo solo quiero que se vayan.

—¿Por qué?

—Esta es la segunda vez que nos llaman a esta dirección en cuestión de días —observa, con la mirada firme—. Necesitamos asegurarnos de que todo está bien aquí.

—Como he dicho, estoy aislándome. No puedo arriesgarme a salir —el frío de la cadena metálica contra mi palma coincide con el pánico en mi voz. Seguramente entra en contacto con un montón de

personas diferentes cada día. De ninguna manera voy a acercarme a ella.

—Como he dicho, nos mantendremos a dos metros de distancia de ambos. Pero necesitamos verlos adecuadamente. Tenemos un deber de cuidado que cumplir.

—Estoy bien, de verdad, lo estoy.

—Si pudiera hablar con usted en privado, aquí fuera, podría comprobarlo por mí misma.

Su insistencia profundiza el conflicto dentro de mí; estoy dividida entre el miedo a exponerme al virus y la necesidad de protegerme de Justin.

—Tenemos suficiente información del informe que hemos recibido para llevarnos a su marido para interrogarlo, independientemente de lo que usted haga o diga.

—¿La tienen? —Mi voz es apenas un chillido.

—Cuando todo esto —Agita la mano en el aire—. Podría resolverse si ustedes dos colaboraran conmigo y mi colega.

—Un momento, por favor.

Con un suspiro de resignación, cierro la puerta para quitar la cadena. Justin llega al pie de las escaleras. —Ten cuidado con lo que les dices —sisea.

Su tono es tan bajo que no puedo distinguir si su voz contiene miedo ante el posible castigo que podría esperarle, o una amenaza hacia mí si le dijera a la policía la verdad sobre cómo se ha estado comportando.

—Vale, me apartaré hasta la verja —dice la agente Fletcher mientras abro la puerta—. ¿Su marido va a ir a la puerta trasera para hablar con mi compañero?

Miro por encima del hombro. —Sí.

Espero a que se aleje antes de salir al porche. Varios vecinos están observando desde el otro lado de la calle. Una parte de mí siente ganas de gritarles que se larguen a sus casas, pero eso solo atraería más atención sobre nosotros.

Todos tienen una vista privilegiada desde donde están, especialmente los dos vecinos que están justo enfrente. Tendremos que mantener nuestras voces muy bajas para asegurarnos de que

no puedan escuchar nada de nuestra conversación. Apenas puedo soportar pensar en lo que todos deben estar pensando de mí.

Mi atención se desvía hacia la nueva vecina y hacia Mónica, quien esta mañana me preguntaba si estaba bien. Supongo que ahora tiene su respuesta.

—Hemos recibido un informe de un hombre gritando y siendo abusivo... ¿su marido, supongo?

Bajo del porche y me coloco en el sendero del jardín. *Realmente* no quiero que nuestros espectadores escuchen lo que estoy diciendo. —Hemos discutido, sí, pero ya está todo arreglado.

—Nos han informado de que se le escuchó gritar *suéltame* y que estaba evidentemente angustiada. —Se inclina hacia la verja sin apartar los ojos de mí—. Dígame qué ha pasado ahí dentro, Melissa.

—Todo está bien, de verdad, lo está —Mi cara arde.

—Pero no está bien, ¿verdad? Y no tiene por qué soportar que la traten así. Podemos ayudarla, si nos deja.

La miro fijamente. Su idea de ayuda será meterme en algún refugio para mujeres. No podría soportarlo en tiempos normales, pero en un momento en que podría contraer algo que podría matarme a mí y al bebé, la perspectiva de un refugio es impensable.

He visto las imágenes en las noticias de aquellos que han contraído el virus y he oído hablar de ellos por Annie. Muchos están con respiradores. Y se están acabando rápidamente. La gente lucha por respirar, abandonada en los pasillos de los hospitales porque no hay suficientes camas. No importa lo terribles que sean las cosas entre Justin y yo, definitivamente estoy más segura quedándome aquí hasta que esto termine.

—¿Cómo se hizo esos moratones en los brazos? —La voz de la agente Fletcher es más suave que en todo el tiempo desde que llegó.

—¿QUÉ moratones? —Aunque sé exactamente lo que está preguntando. *Mierda*. ¿Por qué no me puse la rebeca antes de abrir la puerta?

—¿Le ha estado haciendo daño su marido, Melissa? —Mantiene la voz baja. Espero que nadie, aparte de mí, pueda oír lo que está diciendo—. Porque si lo ha hecho, podemos detenerle por agresión. Podemos protegerla de él.

—Me salen moratones con facilidad, eso es todo. —Mi voz es apenas un murmullo—. Me habré golpeado mientras hacía la limpieza de primavera. He estado intentando mantenerme ocupada.

La voz elevada de Justin resuena desde la parte trasera, aunque no puedo distinguir lo que está diciendo.

La agente Fletcher frunce el ceño mientras me mira. Puedo imaginar lo que debe estar pasando por su mente. Es como si le hubiera dicho *me di contra una puerta*. En realidad, quiero hacerle saber que no soy estúpida y que planeo irme de aquí tan pronto como sea seguro y haya podido recuperar el dinero que necesito.

Si consigo mantener la paz con Justin hasta entonces, podré superar esto. No puede ser tan difícil. Sé lo que le molesta y, de igual manera, sé cómo manejarlo. Sea como sea, él definitivamente todavía me quiere en cierto modo, así que mientras eso siga siendo así, tengo algo de influencia.

—Voy a dejarle esta tarjeta en la pared, ¿de acuerdo? —dice la agente Fletcher.

—¿Qué es?

—Es una línea de ayuda para víctimas de violencia doméstica. —Garabatea algo en ella—. También le dejo mi nombre y número. Si necesita ayuda, llámeme. Pero si es una emergencia, obviamente llame al ciento doce. Esta y cualquier otra llamada a la que hayamos acudido aquí quedará registrada, así que vendremos inmediatamente.

—Honestamente, solo fue una discusión... Estaré bien.

—Por favor, coja la tarjeta. Guárdela en un lugar seguro, y recuerde que no está sola en esto. Tan pronto como se sienta capaz y lista, podemos ayudarla, se lo prometo.

Mi asentimiento hacia ella es tenso, el nudo en mi garganta ahoga cualquier palabra.

—Voy a quedarme junto al coche, pero no me voy a subir hasta que no haya guardado esta tarjeta en su bolsillo.

Sé que tiene buenas intenciones, pero estoy exhausta con todo esto. Si no fuera por el virus, probablemente *presentaría* cargos por lo que me hizo arriba, pero ahora mismo, me siento demasiado cansada y débil. No sé qué quiero hacer más, si dormir o llorar.



Observo desde detrás de la cortina cómo el coche de policía finalmente desaparece por la esquina junto al pub, y los vecinos regresan a sus casas y jardines traseros.

—Necesito más cerveza —Justin apura su botella y sale del salón—. Y quiero saber quién ha llamado a la policía otra vez. Si me entero de que fuiste *tú*...

—Habrán oído tus gritos cuando estábamos arriba. —Le sigo hasta la cocina.

—No me puedo creer los putos vecinos que tenemos. Son un grupo de entrometidos. No tienen nada mejor que hacer con sus tristes y patéticas vidas.

—Me hiciste mucho daño antes.

Quizás salí bien parada con que solo me apretara la entrepierna como lo hizo. Hubo un momento en que temí que fuera a forzarme.

—Cuando descubra quién está haciendo esas llamadas —abre la puerta del frigorífico con la fuerza de una tormenta—. Van a desear no haberme conocido nunca —saca una botella del interior de la puerta—. ¿Te digo lo que es? —Se gira sobre sus talones para mirarme, sus ojos aún destellando de ira.

—¿Qué?

—Es esa zorra de mi ex mujer.

—¿Qué tiene ella que ver con...?

—No solo puso a Cameron en mi contra, también lo hizo con los vecinos —señala en dirección a la plaza—. Con sus mentiras y sus acusaciones. Todo esto es culpa *suya*.

—No, Justin —lucho por mantener mi voz firme—. Que la policía venga a nuestra puerta es todo culpa *tuya*. Las ventanas estaban completamente abiertas. Era inevitable que los vecinos te oyeran. Si yo escuchara a una vecina gritando *suéltame* y a un hombre gritándole, probablemente también llamaría a la policía.

Da un trago de su botella y espero a que trague. También espero a que acepte lo que acabo de decir o que explote. Sus cambios de humor son como un juego perverso de azar, y siempre estoy esperando averiguar cuál me va a golpear a continuación.

Sin embargo, no creo que me haga nada *ahora*. No *inmediatamente* después de que la policía acabe de estar aquí; no se atrevería. Parece más preocupado por lo que piensan los vecinos y lo que podrían estar diciendo entre ellos sobre nosotros. Probablemente le importan más sus opiniones que la mía.

Me estremezco cuando se acerca a mí. —Agradezco que decidieras no echarme a los leones antes.

Cada parte de mi ser se encoge cuando se acerca tanto que percibo el olor a cerveza en su aliento. Puede que no quisiera que uno de nosotros fuera llevado a un sitio donde pudiera contagiarse de algo, pero lo último que quiero es estar cerca de él.

—Y siento cómo me comporté arriba —añade.

Caramba, está disculpándose. Nunca esperé esto.

—Sin embargo, necesitas arreglarlo, ¿sabes?

—¿Yo necesito arreglarlo? —Me alejo de él y me señalo a mí misma—. ¿Qué quieres decir?

—No me casé para verme obligado a vivir una existencia sin sexo, ¿sabes?

Nuestras miradas se cruzan. Cómo puede pensar que me acercaría a él, especialmente después de cómo me agarró arriba, es un misterio. Sin embargo, debo tener cuidado con cómo respondo.

—Sé que tenemos que arreglarlo —me encuentro respondiendo—. Y en cuanto supere estas náuseas, estaremos bien.

En realidad, solo estoy intentando ganar algo de tiempo.

EL CALENDARIO me tortura con su repetición: día veinte despertando con la misma rutina.

Justin sigue en la cama, prisionero de sus excesos. Su forma de beber parece ser un testimonio de su tormento más profundo, uno que me cuesta descifrar. ¿Qué demonios le impulsan a consumir alcohol en la medida que lo hace?

Por primera vez desde que le conozco, la cantidad de alcohol que debió de consumir ayer le hizo ponerse violentamente enfermo anoche. Se le oía tan mal que casi sentí lástima por él. *Casi*. Al menos esto me dio una buena razón para dormir en la habitación de Aisla otra vez y dejarle a lo suyo.

No me molestó ni una sola vez.

Llevo mi té al porche delantero que está bañado por la luz del sol de la mañana. Me siento con cuidado en el muro, el calor del día contrasta bruscamente con el dolor que aún persiste entre mis piernas, un recordatorio de cuando Justin me agarró. No podía haber estado más arrepentido justo después de hacerlo, pero eso no viene al caso.

A pesar de lo mal que estaba antes de irse a la cama, sus botellas de plástico enjuagadas están esperando en nuestro porche, listas para que Simon las rellene.

No sé qué *puedo* hacer aparte de esperar a que las cosas pasen. Después de todo, la gente ha sido multada por saltarse las reglas del confinamiento, así que estoy bien atrapada aquí. Ni siquiera tengo dinero para pagar multas.

Estiro las piernas frente a mí, preguntándome qué pensaría y diría la gente si supieran de los moretones ocultos bajo mis pantalones cortos holgados. Ya no puedo usar mi ropa habitual: he perdido peso pero mi vientre ciertamente está hinchándose.

Una vez más, el aire está lleno del canto de los pájaros. Miro los árboles dispersos por la zona verde, todos cargados de hermosas flores fragantes. Debería ser un lugar maravilloso para vivir. Adoraba esta casa cuando la vi por primera vez. Me encantaba todo, desde su porche de estilo georgiano hasta las *luces danzantes* en la cocina, como las llamó Aisla cuando los cuatro bailábamos allí poco después de habernos mudado.

Mientras contemplo los narcisos florecientes y la promesa de tulipanes, un deseo fugaz cruza por mi mente. Si tan solo pudiera trasplantar este jardín al siguiente capítulo de mi vida. Las flores cambiarán, pero espero que, para cuando florezcan los tulipanes, habré escapado de los confines de esta casa.

Todo está en silencio aparte del ruido distante de lo que suena como una aspiradora. Nunca había visto la plaza, normalmente tan vibrante, tan quieta. Los habituales partidos de fútbol en la zona verde, las campanas lejanas de la iglesia y la actividad de los aviones del aeropuerto de Leeds Bradford están inquietantemente ausentes. En otro tiempo, en mi vida anterior, podría haber disfrutado de este espacio y este paso atrás de la realidad. Pero tal como están las cosas para mí, lo odio.

Inclino el móvil hacia mi cara y empiezo a desplazarme por los titulares. Las cifras de fallecidos son cada día más aterradoras y los medios especulan que nos mantendrán dentro de nuestras casas más tiempo que estas tres semanas iniciales. Mañana lo sabremos con certeza, pero hasta entonces, puedo seguir esperando un respiro.

Mi atención es captada por tres de las vecinas que se llaman desde sus verjas. La vecina nueva está hablando con Monica y alguien que vive a la derecha de Monica, alguien que nunca me ha dirigido la palabra. Diane me dijo que era amiga de Lynette, así que probablemente sea por eso. Están lo suficientemente cerca como para que yo pueda oír alguna palabra suelta, pero no para captar la esencia de su conversación. Entonces, como si pudieran sentir que las estoy observando, todas se giran, primero en mi dirección, y luego para mirarse entre ellas, su conversación repentinamente interrumpida. Diría incluso que parecen incómodas.

—¿Cómo estás, Melissa? —La nota de preocupación en la voz de Monica llega a través de nuestra separación. La nueva señora se apresura hacia la puerta de su bloque de pisos, con su pelo rubio fluyendo tras ella. Es extraña. La he visto mirando la casa y aparentemente observándome más veces de las que puedo recordar desde que entramos en confinamiento. Sin embargo, ahora que tiene la oportunidad de decirme algo, quizás de revelar la razón por la que parece estar tan interesada en lo que pueda estar haciendo, no la aprovecha, y desaparece dentro en su lugar.

Quizás debería ser más comprensiva con ella. Tal vez se siente incómoda, siendo nueva por aquí, o quizás solo está preocupada por empeorar las cosas para mí. Los vecinos de este lado de la zona verde tendrían que estar continuamente con los ojos vendados y tapones en los oídos para no haberse dado cuenta de lo que ha estado pasando en nuestra casa.

Asiento con la cabeza a las dos mujeres que quedan, cautelosa de hablar por si Justin me oye. La ventana de nuestro dormitorio está en la parte trasera de la casa y sin duda bajaría aquí como un rayo si me oyera hablando con las vecinas.

—Escucha, cariño —dice Monica—. Sé que no es asunto mío pero si necesitas ayuda, solo pídemela, ¿vale? —Se señala a sí misma con la mano que no sostiene una taza—. Estoy en el grupo de Facebook... y he visto que tú también estás en él. —Va vestida con vaqueros cortos y una camiseta de tirantes y apuesto a que está feliz dentro de su casa: está a metros de mí, pero a un millón de

kilómetros en términos de lo diferentes que probablemente son nuestras vidas.

Me pongo el dedo en los labios mientras asiento con la cabeza, mientras señalo hacia arriba. Dado lo mal que estaba Justin anoche, imagino que dejará entrar algo de aire fresco en la habitación esta mañana, así que tendrá la ventana del dormitorio completamente abierta.

Y además de esto, sigue haciendo mucho calor. Los días son gloriosamente soleados de principio a fin. Esto será un regalo para aquellos con hermosos jardines que cuidar, o para los niños con sus piscinas inflables. Es un marcado contraste con el pesado vacío al que me enfrento, día tras día, separada de mis hijos e incierta del futuro más allá de este confinamiento.

—Lo siento mucho. —Monica baja la voz—. Pero escúchame. Si necesitas *cualquier cosa*, cualquier cosa en absoluto, solo envíame un mensaje en Facebook, ¿de acuerdo?

¿Qué tal mil quinientas libras?, podría responder. Aunque incluso si las tuviera en el bolsillo trasero ahora mismo, no hay nada que pudiera hacer con ellas.

Así que solo asiento con la cabeza. —Gracias —digo, con una voz tan pequeña que probablemente ni siquiera me oye.

LLAMADA DE FACETIME - RICK MASON llamando.

Pulso el botón verde mientras me aparto el pelo de la cara. Ahí están, los preciosos rostros de mis hijos llenan la pantalla y sus voces alegres inundan el aire, el sonido más maravilloso que he escuchado en toda la semana.

—¡Mamá! —exclama Aisla.

—Dios mío, os he echado tanto de menos a los dos —estoy tan emocionada de verlos que olvido bajar la voz. Me hundo en mi sitio habitual en el muro del jardín trasero, habiéndome movido fuera de la vista de la calle principal. Después de que Monica terminara de hablar conmigo, pasó otra de las vecinas, y aunque solo me saludó, su rostro estaba tan lleno de compasión que hizo que mis mejillas ardieran.

Levanto la pantalla para que quede a la altura de mi cara. Han pasado casi una semana desde la última vez que los vi. —¿Cómo estáis los dos?

—Estamos bien —responde Ewan—. Salvo por tener que hacer tantos *deberes*. —Hace una mueca.

—Ahora tenemos esta cosa de pantalla llamada Zoom —añade Aisla—. Donde nuestros profesores pueden hablarnos desde sus propias casas.

—Como estamos hablando contigo ahora —dice Ewan, sonriendo—. Te he echado de menos, mamá.

—Y yo a ti, cariño... a los dos... y sí, he oído hablar de Zoom. He hablado con la abuela un par de veces.

—Yo también quiero hablar con la abuela. —Aisla hace un puchero.

—Podrás hacerlo muy pronto. En fin, ¿cómo van esos deberes vuestros?

—Bieeeeeen. —Es el turno de Ewan de hacer una mueca. Verlos a los dos es tan maravilloso que mi angustia actual casi se desvanece por un momento.

—¿Sabe vuestro padre que estáis usando su teléfono? —Mi rostro se frunce ante lo absurdo de mi pregunta. Como si mis hijos necesitaran su permiso para hablar conmigo. He estado intentando casi a diario durante los últimos días hablar con ellos, pero Rick no ha contestado, y cada mensaje que he enviado ha sido respondido con sequedad. Voy a ajustar cuentas con él cuando todo esto termine, eso es seguro.

—Sí. Está aquí. Saluda. —Aisla apunta el teléfono en su dirección.

Rick, vestido con un chándal caído y una camiseta holgada, rechaza el teléfono con el ceño fruncido, su pelo descuidado pidiendo a gritos un corte. Su aspecto podría ser el motivo por el que no quiere reunirse conmigo en pantalla. O podría ser algo más, ¿quién sabe?

—Me puse triste por ti anoche, mamá. —La sonrisa de Aisla se desvanece.

—¿Estáis bien tú y el bebé? —añade Ewan con una seriedad que debería estar reservada para alguien mucho mayor que él. Una oleada de culpabilidad me desgarran por dentro. Rick tenía razón; mi niño de diez años no debería estar preocupándose por mí—. Estamos bien, cariño. He estado...

Una sombra se cierne sobre mí. Lentamente, levanto la mirada hacia Justin. Con cara de pocos amigos, me arrebató el teléfono de la mano. Pulsa con fuerza el botón para finalizar la llamada, cortando mi conexión con mis hijos. Luego desliza el botón lateral para apagar completamente mi teléfono.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —Me levanto de un salto del muro intentando recuperarlo. Sin embargo, mientras se dirige furioso hacia la casa, lo guarda en el bolsillo de sus vaqueros—. Estaba hablando con mis hijos.

—¿Qué quería decir con *estáis bien tú y el bebé*?

Corro tras él. —¡Nada! Nada en absoluto. Solo estaba haciendo una pregunta.

—¿Qué piensa todo el mundo, que soy una especie de monstruo? —La frustración tiñe sus palabras—. ¿Qué demonios les has estado contando?

Solo puedo observar horrorizada cómo dirige su ira hacia el frigorífico; el golpe metálico cuando su cabeza se conecta con él reverbera a nuestro alrededor, dejando una nueva abolladura junto a la de enero.

—No tenías derecho a quitarme el teléfono así... quiero que me lo devuelvas. —Extiendo mi mano.

—¿Ah sí, lo quieres? ¿Para qué, para restregármelo todo por la cara? —Se dirige a donde estoy, cerca de la puerta, y la cierra de una patada. Luego viene hacia mí.

—¿De qué estás hablando? —Me aplasto contra la pared.

Acerca su cara a la mía. —Sabes *perfectamente* que Cameron me ha mandado a paseo, ¿verdad? ¿Que ni siquiera contesta al teléfono cuando lo llamo?

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

—¿Qué pasa? ¿Estás intentando demostrar quién es *mejor* padre? —Clava su dedo en la pared junto a mi cabeza mientras continúa fulminándome con la mirada—. *Mírame a mí: mis hijos todavía quieren saber de mí.*

—Por supuesto que no. Por favor, Justin. Por favor, cálmate. —Me agacho bajo su brazo y salgo por su lado, preparada para correr a otra habitación para escapar de él. Ni siquiera podría llamar a la policía aunque quisiera. Tiene mi maldito teléfono. Pero probablemente alguno de los vecinos lo hará si se pone mucho más ruidoso.

Viene detrás de mí mientras dudo sobre dónde ir y qué hacer. Sus dedos se cierran alrededor de mi nuca, un agudo dolor se

extiende por mi cuerpo mientras intento alejarme. —Entonces dime, ¿a qué *estás* jugando?

—No sé a qué te refieres.

—¿Las acogedoras conversaciones que has estado teniendo con tu ex marido a mis espaldas? —Levanto el brazo hacia la encimera para proteger mi vientre mientras me empuja hacia ella.

—¿A *tus espaldas*? Estás siendo ridículo. Los niños me echan de menos, eso es todo. Ni siquiera estaba hablando con Rick.

—*Los niños me echan de menos.* —Su voz es fría y burlona—. ¿A diferencia de *mi* hijo, quieres decir? Harás *cualquier cosa* para hacerme sentir como una mierda, ¿verdad? —Golpea con el puño en la encimera mientras enfatiza la palabra *cualquier*—. ¿Te hace feliz restregarme todo esto en la cara?

Afloja su agarre en mi cuello, lo suficiente para que pueda girarme y mirarlo de frente.

—No estoy intentando hacerte sentir *nada*.

Lo único que me importa ahora es que se calme y me deje llamar a los niños. Se estarán preguntando qué está pasando. Ewan estará preocupado. Correré hasta el centro del parque si es necesario para alejarme de él. Con virus o sin él. —Por favor, solo devuélveme el móvil, Justin. Si les llamo ahora, puedo fingir que se me agotó la batería.

—Te lo devolveré después de ir a la farmacia —dice—. No confío en dejártelo mientras estoy fuera. ¿Cómo sé que no estás hablando con *él*?

—Pensaba que no íbamos a salir a ningún sitio —le miro fijamente—. Acordamos que es mejor para mí que no nos acerquemos a otras personas.

Necesito mi inhalador. El estrés siempre me deja sin aliento. Abro el cajón donde guardo el de repuesto y busco entre las cosas.

—Necesito algo para el estómago —se desploma en un taburete junto a la barra de desayuno y hunde la cabeza entre las manos—. Todavía no me encuentro bien. Probablemente por eso estoy tan irritable. Mira, lo siento. —Levanta la mirada hacia mí como si buscara activamente mi perdón.

Irritable. Esa es una forma de describirlo. Sus disculpas a medias no pueden compensar cómo me ha tratado, pero prefiero mil veces que se arrastre a que me ataque y me zarandee. Gracias a Dios que se ha calmado.

Inhalo el vapor de mi inhalador, sintiéndome instantáneamente mejor. Es un sabor y olor que me resulta familiar y reconfortante, después de todo, he estado tomando este medicamento durante casi toda mi vida. *Familiaridad y estabilidad* son exactamente lo que necesito ahora.

—Entiendo que no te encuentras bien —Es la mayor mentira que he dicho jamás. Es como si le estuviera dando carta blanca para maltratarme a su antojo. Pero esto es control de daños. Al menos mis hijos están bien lejos de él, y antes de que llegue este pequeño, nosotros también estaremos lejos de él.

—No puedo seguir así. Me está matando.

—Escucha, si *tienes* que ir a la farmacia, ¿*me prometes* que te mantendrás alejado de otras personas?

—Me envolveré la cara con una bufanda —responde—. Mi estómago ya está bastante mal sin necesidad de pillar el virus encima. Siento que eso acabaría conmigo. —Se frota el estómago y hace una mueca.

—¿Te lavarás las manos en cuanto vuelvas a entrar? —señalo con la cabeza hacia el fregadero. Solo necesito que deje mi teléfono para poder devolver la llamada a los niños—. Y pon la ropa directamente en la lavadora. Te traeré ropa limpia aquí mientras estás fuera.

—Estoy harto de esta mierda de virus.

—Tengo que llamar a mamá a la residencia —mantengo la voz despreocupada. No puedo creer que tenga que suplicarle literalmente que me devuelva el teléfono—. Le prometí que la llamaría otra vez hoy.

—Pues qué bien por ti. ¿Con quién puedo hablar yo? —Sueno patético. No tengo ni idea de lo que debe estar pasando por su cabeza.

—Me tienes a mí, por supuesto.

—Eso es lo que pensaba. Pero parece que te estás volviendo cada vez más fría conmigo.

Dios mío, ha vuelto a su modo necesitado. Aun así, puedo manejar esto; es el lado enfadado y agresivo contra el que tengo pocas posibilidades. —Solo estoy, ya sabes, con todo esto del virus y el bebé y echando de menos a los niños... no soy yo misma.

—No eres la única. No tienes ni idea de cuánto me ha afectado perder a Cameron —balancea la cabeza de un lado a otro entre las manos y me doy cuenta de que el pelo de la parte superior se le está volviendo mucho más fino de lo que le gustaría—. Especialmente cuando lo han puesto tan en mi contra. No está bien, debes estar de acuerdo con eso, ¿verdad?

Hablar de Cameron siempre altera a Justin, así que necesito cambiar de tema. —Intentemos superar lo que quede de este confinamiento, ¿vale? Todo estará bien una vez que volvamos a la normalidad.

—¿Me prometes que no sigues planeando dejarme? —Algo en su rostro se suaviza mientras se levanta del taburete y vuelve a acercarse a mí. Quizás *sí* me devolverá el teléfono después de todo.

—No, *no* estoy planeando dejarte —debería tener los dedos cruzados detrás de la espalda.

—Te necesito, Melissa, realmente te necesito —bajo las palabras hay un deje de posesividad que me hace estremecer. Me alcanza y me aprieta contra él. Hubo un tiempo en que un gesto así me habría derretido, pero ahora solo me pongo tensa y deseo alejarme de él. Su barbilla está rasposa y su aliento huele terriblemente—. Te necesito a ti y al bebé. Incluso necesito a Aisla y a Ewan. Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes y que seamos una familia feliz.

—Lo sé —no puede ver mi cara mientras hundo la nariz en su hombro para escapar del hedor. Estar tan cerca de él es horrible, pero estoy en modo supervivencia. De alguna manera, voy a conseguir el dinero otra vez para dejarlo.

Tengo que aguantar y planear meticulosamente cómo salir de aquí. Aisla y Ewan están a salvo.

Pero este bebé y yo no.

—NO TE ESTÁS HACIENDO ningún favor quedándote pegada a eso — Justin señala con la cabeza hacia el televisor mientras veo la última rueda de prensa diaria.

Desvío la mirada de la pantalla hacia él, sentado en el sillón frente a mí. —¿Cómo que el *primer ministro* está en cuidados intensivos? No me lo puedo creer, ¿tú sí?

—¿Y qué? Solo es otro ser humano. ¿Qué tiene *él* de especial? Si quieres mi opinión, te estás obsesionando con todo esto. —Todavía lleva puesta la misma camiseta manchada de antes de ir a la farmacia, y sujeta dos botellas de plástico de cerveza, que presumiblemente son su último pedido a domicilio. Puedo entender que Simon no quisiera tirar su cerveza por el desagüe, pero aún me sorprende que se la haya dado a Justin después de su intento de chantaje. Debe de estar *realmente* desesperado por deshacerse de ella.

—Está consumiendo a todo el mundo. —Pongo los ojos en blanco antes de volver a prestar atención a la pantalla del televisor, con la anticipación creciendo ante el próximo anuncio. En breve, sabremos si nos van a dejar salir o si seguiremos atrapados dentro de nuestras casas.

—Son unas almas tan valientes, todas esas enfermeras que se enfrentan al virus. Habrá otro aplauso para ellas esta semana... si

seguimos confinados.

—Bueno, como ya te dije antes, no vamos a participar en ninguna de esas tonterías. —Niega con la cabeza.

Me quedo mirándole fijamente. *¿Cómo es que nunca vi cómo era realmente?* Es tan insensible que está intentando impedir que aplauda públicamente al sistema sanitario. —Bueno, *yo* sí voy a participar.

—¿Por qué? No es como si *tú* te vieras directamente afectada. — Se inclina hacia delante en su silla.

—Annie es una de esas enfermeras, de hecho.

—Ah sí, tu mejor amiga. —Siempre es tan sarcástico cuando hablo con cariño de otra persona—. Me había olvidado de ella.

—No seas así. Está arriesgando su vida cada vez que va a trabajar, ¿no?

Sigo la mirada de Justin hacia la ventana cuando de repente gira la cabeza para mirarla. —¿Qué demonios está mirando *esa*?

Diane pasa caminando, su mirada curiosa encuentra brevemente la mía. Encuentro consuelo en ese reconocimiento, especialmente porque es una de las pocas caras familiares en esta plaza.

—Apuesto a que ha sido *ella* quien ha estado chivándose a la policía —dice mientras Diane desaparece por la esquina.

—Podría haber sido la *nueva* vecina. —Desvío la mirada hacia la ventana del piso del bloque de enfrente. Allí está la mujer, con la barbilla apoyada en las manos, observándonos otra vez—. No parece tener mucho más con lo que ocupar su tiempo.

—¿No te dije que mantuvieras estas cortinas cerradas? —Se lanza desde la silla hasta la ventana y tira de las cortinas para cerrarlas.

—Pero hace un día tan bonito —protesto—. Además, yo soy igual de cotilla. Ya sabes cuánto me gusta mirar por las ventanas cuando paso junto a las casas.

Su cara se relaja en lo que podría pasar por una sonrisa. Debo haber dicho lo correcto por una vez. Supongo que he hecho un comentario que nos une a los dos. De repente me transporto a un tiempo en el que decía cosas como, *me gustaría un papel pintado*

como ese para nuestra casa, o nuestro salón va a ser tan acogedor como el suyo cuando vivamos juntos.

Este podría ser el mejor momento, si es que existe tal cosa, para abordar delicadamente el tema de mi dinero desaparecido. Voy a tener que mencionarlo tarde o temprano, y debido a los estados de ánimo en los que ha estado, lo he ido posponiendo una y otra vez. Así que tomo aire profundamente. —Necesito preguntarte algo, Justin.

—¿Qué pasa ahora? —Cruza los brazos sobre el pecho. Está a la defensiva antes de que yo diga una palabra. Debe ser capaz de percibir por mi tono que estoy a punto de acusarle de algo.

—El dinero de mi cuenta de ahorros.

No hay ni un atisbo de emoción en su rostro mientras me mira fijamente. —¿No somos un matrimonio?

—Bueno, sí, pero... —Al menos no está intentando negarlo. No es que pudiera hacerlo, la transacción está ahí en blanco y negro.

—Así que no tienes ninguna razón para guardar dinero para ti sola, especialmente con las cosas como están ahora mismo.

—Pero ese dinero... —Trago saliva—. Necesito cosas para los niños... no puedes simplemente vaciar mi cuenta.

Se ríe. —Bueno, como has descubierto...

—Necesito que me lo devuelvas, Justin. —Mi voz vacila, la desesperación se apodera de mí.

Él permanece impasible. —Tenemos que conservar todo lo que tenemos hasta que sepamos de dónde va a salir más dinero.

—Mira, ¿qué tal si te quedas unos cientos y me devuelves el resto a mi cuenta? —Puedo ver por su cara que estoy perdiendo el tiempo—. De verdad, Justin, tenía planes para ese dinero. *Como un lugar donde vivir.*

—¿Qué importa? No es como si pudieras hacer algo ahora mismo, ¿verdad? Pero las facturas siguen llegando y tenemos que comer.

Me resisto a decir: *y tienes que beber.* —Importa porque es *mi* dinero. Yo no tomaría sin permiso de *tu* cuenta bancaria.

—Te costaría bastante hacerlo ahora mismo —su risa sarcástica hace que mi furia se dispare. Cómo me encantaría borrarle esa

sonrisa de la cara. No es de extrañar que su exmujer le odie tanto. Aunque hizo un buen espectáculo conmigo. Y consiguió mantenerlo el tiempo suficiente para tener ahora este poder.

—Escucha —dice—. Haré un trabajo mucho mejor que tú haciendo que lo que tenemos dure.

En el fondo, debe conocer la verdadera razón de mi dinero secreto. Vio mi correo al agente inmobiliario el día que entramos en confinamiento. Pero, afortunadamente, ese es un tema que no parece estar dispuesto a sacar.

—En fin —se mira en el espejo junto a la ventana—. Creo que voy a salir de aquí otra hora.

—Pero pensaba... ¿Desde cuándo? ¿Adónde vas?

—Necesito aire fresco —luego, al notar mi expresión, añade—: Como dije antes, te estás obsesionando con todo esto. Empiezo a pensar que, a la larga, podría ser bueno que los dos pilláramos el virus.

—¿Cómo puedes decir eso? —examino su rostro buscando algún indicio de que esté bromeando. No lo está—. ¿Estás loco?

—Creo que la mayoría de lo que dicen en las noticias es para mantenernos controlados en nuestras casas. Probablemente sea algún tipo de propaganda gubernamental.

—No seas estúpido, por supuesto que no. Justin, hay gente muriendo ahí fuera. Muriendo en agonía —llevo la mano a mi pecho como para consolarme. De alguna manera, lo que está diciendo podría ser una amenaza velada de infectarme—. Seguramente no quieres añadirnos a mí y al bebé a esa lista.

—Estoy harto de oírte decir tonterías como esa; si lo pillas, estarás bien. Mucha gente lo supera.

—No puedes afirmar eso —pensaba que aquí estaba a salvo. A salvo del virus, al menos.

—Joder —se tira de nuevo en la silla.

—Mira, ya has ido a la farmacia. Si sigues saliendo, estamos buscando problemas.

Niega con la cabeza. —Menos mal que me traen cerveza todos los días, para combatir la miseria, si no es por otra cosa.

—¿Qué quieres decir? —Como si necesitara una explicación. Es otro de los desprecios de Justin.

—Quiero que empieces a pensar y hablar de algo que no sea el maldito coronavirus. Te vuelves más y más aburrida cada día —se levanta de un salto otra vez—. De hecho, ¡no! Voy a salir y no vas a impedírmelo.

—Por favor, prométeme que te mantendrás alejado de otras personas, ¿por favor, Justin? —me levanto yo también y le sigo hasta la cocina—. Por el bien del bebé, si no por el mío.

—Es una verdadera lástima que no puedas venir conmigo —hace una pausa y me mira.

Estudio su rostro, preguntándome si está intentando ser amable. Luego sonrío con suficiencia y me doy cuenta de que solo está intentando restregarme por la cara el hecho de que soy una completa prisionera entre estas cuatro paredes. Una hora de ejercicio al día y viajes al supermercado son lujos que no se me han concedido.

—Te haría bien salir, ¿verdad? Bueno, no importa. ¿Qué vas a hacer mientras estoy fuera? —coge el reloj que le compré la primera Navidad que estuvimos juntos y se lo abrocha en la muñeca.

—Me sentaré en el jardín con mi libro.

—Puedes esperar a que vuelva para hacer eso.

—¿Por qué? —Dios, ahora incluso intenta controlar dónde me siento.

—Por cómo se han estado comportando los vecinos —se levanta del taburete—. Me gustaría que nos mantuviéramos lo más distanciados posible en este momento —se pone las zapatillas deportivas que ha dejado junto a la puerta trasera—. Nos sentaremos allí *juntos* cuando haya vuelto de mi paseo.

—Desde luego tienes mejor aspecto que antes.

—Es la perspectiva de salir de aquí lo que lo ha logrado.

—¿Te ducharás y pondrás toda tu ropa a lavar cuando vuelvas?

—Realmente creo que te estás pasando con eso. Pero sí, si eso te hace dejar de insistir.

—¿Y mi teléfono? Dijiste que me lo devolverías.

—Después de mi paseo.

—¿Por qué no puedes confiar en mí? Solo quiero llamar a los niños.

—¿Después de lo que encontré en tu ordenador, me pides que confíe en ti? —Niega con la cabeza—. No lo creo.

—Me has quitado todo. Mi dinero y ahora mi teléfono —la realización me golpea con fuerza, el peso de mi impotencia asentándose.

—No quiero hablar de esto. Te veré cuando vuelva.

Conoce mi miedo al virus y, sin embargo, me está empujando deliberadamente al límite. ¿Cómo he acabado aquí, atrapada e impotente?

La puerta se cierra de golpe tras él. Sabe exactamente lo que está haciendo.

MIENTRAS REGRESO AL SALÓN, una voz femenina alzada desde fuera me impulsa a dirigirme directamente a la ventana y asomarme por detrás de la cortina. La ventana está cerrada así que no puedo distinguir lo que dice, pero llego justo a tiempo para captar la respuesta cuando entreabro la ventana. *Podría haberlo imaginado.* Es la nueva vecina y *Justin*.

Debe estar recriminándole por el dinero que ha estafado. — Simplemente piérdete y déjame en paz —le grita él por encima de la verja—. O te vas a joder arrepentir. —Puede que esta vez no esté dirigiendo su veneno hacia mí, pero solo con escuchar la ira en su voz hace que se me erice el vello de la nuca. Ella desaparece dentro y cierra la puerta de un portazo, lo que es un alivio. Odiaría que otra persona descubriera de la peor manera de lo que él es capaz.

Mi corazón late con fuerza en el pecho mientras él se aleja. Que salga es arriesgado en cuanto a traer el virus de vuelta, pero no puedo negar que me proporciona un respiro, aunque sea breve.

Mientras mi respiración vuelve a la normalidad, una inquietante calma envuelve la casa, provocando en mí una repentina urgencia. Este es un momento tan bueno como cualquier otro para hacer una videollamada a la residencia y hablar con mamá. Puedo enterarme de los titulares de esta rueda de prensa diaria en cualquier momento.

Me precipito hacia la cocina y saco mi portátil del cajón. Justo cuando está arrancando, alguien llama a la puerta. Suspirando, me levanto de la silla y voy a abrir.

Esta vez no dejo puesta la cadena, pero aviso que estoy confinada mientras abro la puerta.

—¿Melissa Rose? —pregunta un joven, que parece estar tambaleándose bajo el peso de una caja cargada de frutas y verduras.

—Sí, pero no he pedido nada.

—Bueno, alguien lo ha hecho —replica, con voz áspera, lanzando las palabras por encima de su hombro mientras descarga otra caja, cada golpe haciendo eco de mi creciente ansiedad.

—¿Quién?

Saca un dispositivo de su bolsillo y pulsa un par de botones. —No tengo los datos del titular de la tarjeta, pero es definitivamente para esta dirección. —Mira hacia mi puerta principal, como si quisiera asegurarse por completo.

—Debe haber sido mi marido entonces.

Estaré tan contenta cuando ya no tenga que usar esta frase. Cuando *mi marido* se convierta en *mi ex*.

Me lleva mucho más tiempo del normal meter todo dentro y llevarlo a la cocina, ya que no me atrevo a coger una caja llena y arriesgarme a forzar mi vientre, ni puedo pedirle al repartidor que lleve nada dentro. Con las actuales restricciones de la pandemia, de todos modos no le está permitido.

Esto es típico de Justin: encarga un pedido y luego me deja a mí la tarea de meterlo todo. Aunque quizás debería estar agradecida de que haya usado el dinero que sustrajo de mi cuenta para algo que no sea alcohol.

Es extraño, sin embargo. La comida es de un supermercado que normalmente no usamos y todo son productos de marca. Normalmente, optamos por las marcas propias del supermercado. Sin embargo, ha salido en las noticias que la mayoría de la gente está teniendo problemas para conseguir un horario de entrega, así

que quizás esa sea la explicación. Además de eso, quienes *pueden* ir al supermercado están vaciando los estantes. Así que quizás ha tenido que pedir lo que estuviera disponible.

No ha pedido más bebida, lo que es desconcertante. Solo puedo suponer que hizo el pedido mientras contaba su mentira sobre *no volver a beber nunca más*.

Lo apilo todo junto al escurridor, para tenerlo listo para desinfectar y limpiar después de hacer la videollamada a mamá. El tiempo pasa y quiero tener mi conversación con ella antes de que Justin regrese e intente estropearla.

Llevo las cajas vacías a la entrada, me lavo las manos y luego me acomodo de nuevo frente a mi ordenador en la mesa de la cocina.

—Hola Melissa, es encantador ver tu cara —sonríe Sue, la directora de la residencia, hacia la cámara—. ¿Cómo estás? ¿Cómo están los niños?

—Oh, eh... todos estamos bien, gracias. —Mi voz hace eco en el silencio de la cocina. ¿Cómo puedo contarle la verdad? ¿Cómo puedo contarle a *nadie* la verdad? Que estoy atrapada en una casa con un borracho abusivo, que mi exmarido no permite que mis hijos vuelvan a casa y que soy completamente incapaz de hacer *nada* al respecto.

—Tu madre estará encantada de hablar contigo. —Sue se levanta de su silla de oficina—. Te llevaré hasta su habitación. Deja que me ponga primero una mascarilla.

—Al menos habéis conseguido conseguir algunas. —Escucho mientras ella abre y cierra los cajones de su escritorio. Sé que estará lidiando con todo, trabajando en el tipo de entorno en el que está, pero de manera similar a cómo envidiaba a Annie al principio de todo esto, también envidio a Sue. Está haciendo algo que vale la pena y tiene una razón para levantarse de la cama cada mañana. Mientras tanto, ¿qué estoy haciendo yo que marque alguna diferencia? No gran cosa.

—Son un suministro que ya teníamos —responde, con la voz ahora amortiguada tras la mascarilla mientras se agacha para coger

su portátil—. Tenemos que conservarlas, parece que no vamos a poder conseguir más pronto.

—¿Mamá tiene que quedarse en su habitación todo el tiempo?

—Desafortunadamente, sí. —Solo puedo ver la parte inferior de la mascarilla de Sue moviéndose arriba y abajo en la parte superior de mi pantalla mientras avanza por el pasillo—. Todos los residentes se quedan en sus habitaciones, tienen que hacerlo por su propia seguridad. Cada uno tiene un miembro del personal designado que les cuida. Para minimizar el riesgo de infección.

Una imagen de mamá entre sus cuatro paredes aparece en mi mente. Sí, hice que esas cuatro paredes fueran agradables para ella con fotos familiares y sus objetos más preciados de su antigua casa, pero tener que quedarse en una sola habitación es extremo. Ya es bastante difícil quedarse en una casa.

—Debe ser duro para todos vosotros. ¿Habéis tenido algún caso del virus allí?

—No, gracias a Dios. Pero nuestra residencia hermana sí, por lo que cuentan, es una pesadilla total para ellos. En fin, ya estamos aquí. Pondré el ordenador frente a ella y os dejaré hablar todo el tiempo que necesitéis.

—Gracias, Sue. —Me aclaro la garganta cuando el rostro ajado de mi querida madre aparece en la pantalla. Su pelo necesita un arreglo y su cara está desprovista de cualquier maquillaje. Normalmente, soy estricta en cuanto a que su apariencia esté bien cuidada.

—Hola, mamá. —Elevo mi voz, intentando sonar alegre, esperando que no detecte el temblor de mis lágrimas contenidas.

Antes de que el Alzheimer la dejara atrapada en esa maldita silla dentro de esas cuatro paredes, mamá *jamás* saldría sin su pelo rizado y su pintalabios rosa. Sin embargo, parece que el personal solo puede ocuparse de las necesidades más básicas de los residentes ahora mismo. Así que tiene poco sentido que me queje. Sé que debería estar agradecida de que la estén cuidando y que parezca estar a salvo. La idea de que mi frágil madre contraiga ese horrible virus me aterroriza.

—Es tan bueno verte, mamá. —La saludo a través de la pantalla pixelada, con la gastada silla de fondo como un recordatorio familiar pero distante de la vida que una vez tuvo.

Ella me mira fijamente. —¿Me hablas a mí?

Claramente, hoy no es un buen día.

—¿Cómo estás, mamá?

—¿Quién eres?

—Soy yo, mamá, soy Melissa.

Una tristeza aparece en sus ojos. —Una vez tuve una hija llamada Melissa —me dice—. ¿Dónde está? ¿Quién eres tú?

—Yo soy tu hija. Vamos, mamá. Sé que no te he visto en un tiempo pero *tienes* que recordarme. —Una risa forzada se me escapa, enmascarando la turbación interior. Mi corazón llora silenciosamente detrás de la pantalla. Esta es una ocasión en la que me vendría bien que estuviera lúcida y cariñosa. No es solo por lo que está pasando con Justin, es también por la vida que crece dentro de mí. Mamá estaba tan involucrada cuando tuve a Aisla y Ewan, y tan emocionada. Me alegro de que ellos puedan recordarla antes de... esto.

Mucho antes de que nos diéramos cuenta de que algo iba mal, ella solía decir: *si acabo sin saber quién soy, quiénes sois vosotros, o qué día de la semana es, por el amor de Dios, sacadme de mi miseria. No podría soportar haceros esto a todos.*

Pero aquí estamos. Ella sigue ahí dentro en alguna parte y, ocasionalmente, *todavía* me recuerda, y aunque sea solo fugaz, me aferro a ello con cada fibra de mi ser. Si solo consigo un destello de reconocimiento de ella mientras estamos en esta videollamada hoy, habrá valido la pena. La necesito más que nunca, pero siento como si ya se hubiera ido.

—Los niños te mandan su cariño —digo, continuando la lucha contra las lágrimas. No necesita verme llorar, quién sabe qué efecto tendría en ella.

—¿Quiénes?

Maldita sea. Contengo las lágrimas e intento mantener la voz firme. —Aisla y Ewan. Te echan mucho de menos, todos lo hacemos.

Darí­a cualquier cosa por poder abrazarte ahora mismo. —Mi voz se quiebra.

—Me gustan los abrazos —dice—. Hace tiempo que no recibo uno.

—A mí tampoco. —Me limpio la cara con la manga. Una tormenta de emociones contradictorias se agita, anudando mi estó­mago y enviando escalofríos por mi columna.

Un súbito soplo de aire más frío junto a mi mejilla me sobresalta cuando un brazo se desliza alrededor de donde estoy sentada.

Luego una mano agarra la pantalla del portátil y la cierra con fuerza contra el teclado.

EMPUJO mi silla hacia atrás con un chirrido y me pongo de pie de un salto. Por un momento me pregunto si alguien podría haber entrado en la casa. Pero, incluso mientras me giro para mirar, ya sé que es Justin.

—¡En cuanto te doy la espalda! —Golpea con el puño la parte superior del ordenador. Primero me ha quitado el teléfono y ahora esto. Voy a tener suerte si vuelve a encenderse después de lo que acaba de hacer. Lo agarro y lo escondo detrás de mi espalda. Tendré que esperar hasta que se aparte para comprobar que todavía funciona. No puedo arriesgarme a que cause más daños.

—Solo estaba hablando con mi madre —retrocedo por la cocina mientras sigo sujetando el portátil contra mi espalda.

—¿Qué era, Melissa? ¿Esperabas sacarle algo de dinero? ¿Dinero para poder dejarme? No confío en ti ni un poco.

—Solo quería hablar con ella. ¿Qué demonios tiene eso de malo?

—*Lo que tiene de malo* es que esperas a que te dé la espalda. Cada. Maldita. Vez —clava su dedo en la mesa mientras pronuncia cada palabra.

—Solo quería asegurarme de que está bien. Deberías intentar preocuparte por *tu* madre.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, soy muy consciente del terreno peligroso en el que me estoy metiendo.

Nunca he conocido a Judith Rose; ella se había peleado con Justin mucho antes de que yo apareciera y ni siquiera quiso invitarla a nuestra boda. Siempre he sentido curiosidad por ella y ahora, más que nunca, me encantaría escuchar su versión de las cosas.

—Esa mujer está muerta para mí —responde, con la mandíbula tensa—. Como muy bien sabes.

—Seguramente ahora más que nunca, sería un buen momento para retomar el contacto. Con el virus y todo eso.

—Ni hablar.

—Quizás si le contaras lo del bebé...

—No quiero hablar de ella —golpea la palma de su mano contra la mesa—. Se puso completamente del lado de Lynette, por el amor de Dios. ¿Qué clase de madre hace eso?

Una que sabe quién eres realmente.

De repente su atención se dirige a la compra apilada en el escurridor. Aprovecho la oportunidad para alejarme aún más de él. Mientras sigue mirándola, deslizo mi portátil en el cajón entreabierto.

—Debes tener dinero guardado *en alguna parte* —señala con el dedo en dirección al fregadero—. Ya que has pedido todo esto.

Ahora estoy desconcertada. —Pensaba que *tú* lo habías pedido — ¿Está intentando confundirme por un pedido de comestibles? Me estremezco cuando viene hacia mí, aliviada cuando abre la nevera en lugar de venir a por mí.

—No. Como ya te dije, no podía conseguir nada hasta pasado mañana —el hedor a cerveza llena el aire mientras la vierte de la botella de plástico a un vaso grande. El aire fresco debe de haberle ayudado a sentirse lo bastante bien como para seguir echándose esa porquería por la garganta. Si hubiera estado vomitando toda la noche como él, el alcohol sería lo último que querría.

Echo un vistazo a la compra. Han entregado todos los productos básicos; pan, leche, huevos... —Lo confirmé con el repartidor, Justin. Dijo que la compra estaba *definitivamente* destinada a esta dirección; incluso comprobó mi nombre cuando vino a la puerta.

—Así que *debes* haberla pedido tú.

Miro todo de nuevo. No puedo haberlo hecho. A menos que este *cerebro de embarazada* mío esté más confundido de lo que pensaba. No, aparto ese pensamiento. ¡Estoy segura de que recordaría haber hecho un pedido al supermercado!

—No lo hice. De verdad, no fui yo.

—Entonces alguien debe haberlo pedido *para* ti —da un largo trago a su cerveza y después se limpia los labios con el dorso de la mano—. ¿Quién haría eso? —sus palabras están cargadas de sospecha.

—No tengo ni idea. Quizás fue Annie.

Cuanto más lo pienso, más creo que *solo* puede ser Annie. Es el tipo de cosa que ella haría y sabe por nuestros mensajes anteriores que tengo muy poco dinero, especialmente ahora.

En cuanto pueda conseguir mi teléfono, tendré que mandarle un mensaje o llamarla para darle las gracias. También necesito disculparme con Sue en la residencia por abandonar tan bruscamente la llamada con mi madre. Espero que no estuviera demasiado confundida o disgustada por ello. Y en cuanto a mis hijos, después de que nuestra llamada terminara *seguro que* estaban confundidos y disgustados. Pero no había nada que pudiera hacer. Y todavía no hay nada que pueda hacer. Al menos, no todavía.

Empiezo a llenar el fregadero con agua y lavavajillas. Bien podría comenzar a limpiar todo esto y guardarlo.

—Voy a tener que sentarme —después de unos minutos, Justin se hunde en la silla que yo había dejado vacante—. Mi estómago sigue sintiéndose mal.

Me giro para mirarlo. Tiene una mano en el vientre y la otra agarrando su vaso. —¿Por qué no te vas a la cama un rato entonces? —Lo que quiero decir es *¿por qué no te quitas de en medio y me dejas en paz?*

Que es exactamente como él lo interpreta también. —¿Intentando deshacerte de mí otra vez, eh?

—Claro que no —aquí voy, apaciguándolo de nuevo—. Pero si te duele...

—Una cerveza suele hacerme sentir mejor cuando estoy mal —se frota el vientre—. Estaré bien.

Como si me importara. Pero entonces se me ocurre algo.

—El dolor de estómago no es uno de los síntomas del virus, ¿verdad?

—¿Es eso lo único que te importa?

—No, pero has salido de casa un par de veces. Además, ¿no se suponía que ibas a ducharte y a cambiarte de ropa? —Solo quiero que se quite de en medio para poder echar un vistazo a mi ordenador.

—Lo *único* que te preocupa es lo que yo pueda contagiarte *a ti*. Nunca pensé que fueras tan egoísta, Melissa.

—No lo soy. Solo estoy preocupada por ti, eso es todo.

Parece ligeramente aplacado por mis palabras mientras da otro trago a su cerveza. Entonces suena el buzón. Ambos miramos hacia allí y luego nos miramos el uno al otro.

—Ve a ver qué es, ¿quieres? Necesito descansar el estómago unos minutos.

Debe *de verdad* estar sufriendo. Normalmente, se sentiría obligado a saber de qué se trata. Me dirijo a la puerta y encuentro un folleto asomando. Tiro de una bufanda de los ganchos del perchero; al menos así no tengo que tocar directamente lo que sea antes de examinarlo.

Dios mío. Es un folleto para personas que necesitan huir de situaciones de abuso durante el confinamiento. Alguien ha metido por nuestra puerta un número de teléfono de ayuda. Si Justin ve esto, le dará un ataque. Lo arrugo formando una bola en mi palma. Gracias a Dios llegué a él antes que Justin.

Probablemente debería sentirme reconfortada por el hecho de que la gente de por aquí esté pendiente de mí, pero no tienen ni idea de los problemas adicionales que están causando.

—¿Qué es? —Justin se apoya en el marco de la puerta de la cocina, todavía sujetándose el vientre.

—¿Qué es *qué*? —Aprieto los dedos alrededor del papel y cuelgo la bufanda sobre la barandilla.

—Lo que acaban de meter por el buzón —sale del marco de la puerta.

—Ah, no era nada. Solo un folleto cualquiera.

—¿Entonces qué tienes en la mano? —Señala con la cabeza hacia ella.

—Nada —¿Por qué no lo metí rápidamente en uno de los bolsillos de los abrigos? Esta soy yo en estado puro. *Actuar primero, pensar después*. Necesito estar más concentrada y ser más cuidadosa con lo que hago cuando estoy cerca de él. Cada movimiento que hago en este momento tiene el potencial de hacer las cosas más llevaderas para mí, o de hacerlas incluso más arriesgadas de lo que ya son.

—¿Es el folleto?

Asiento. —Lo voy a tirar a la basura. Si me dejas pasar.

Él permanece resuelto en el centro del pasillo, con la puesta de sol proyectando un resplandor fugaz sobre su rostro. —Quiero ver qué es antes de que lo tires.

—Solo es alguien vendiendo algo.

—¿Durante una pandemia global? —Su rostro se ensombrece—. ¿Entonces por qué tienes la cara tan roja?

Puedo sentir que me arde, pero aun así me la toco como si dudara de lo que dice. —¿La tengo?

—¿Vas a enseñarme lo que es o tengo que arrancártelo de la mano? —Se apoya contra la pared.

Ahora mismo, Justin parece que apenas puede mantenerse en pie, y mucho menos intentar arrebatarme algo. Sin embargo, no quiero arriesgarme a otra confrontación. Solo deseo que me deje en paz. Con suerte, se pondrá tan mal como anoche y se irá a la cama.

—Probablemente los están metiendo por las puertas de *todos* —digo.

—No te voy a dejar pasar hasta que me enseñes qué es.

Dividida entre revelar el folleto y mantenerlo oculto, a regañadientes lo aliso y lo coloco en su mano extendida. —Necesito ir a lavarme las manos.

Después de un momento, está detrás de mí en el fregadero. —¿Por qué todos estos vecinos la tienen tomada conmigo, Melissa?

¿Qué les has estado contando? —Me manosea el hombro como si intentara hacerme girar para que le mire a la cara.

—Nada, solo para ya, ¿quieres? —Retuerzo mi hombro para liberarme de su alcance—. Necesito limpiar y guardar esta compra, si no te importa.

—Y puedes decirle a tu *amiga* que no somos un caso de beneficencia. —Suelta mi hombro y vuelve a la silla—. Si su maldito marido se diera prisa en soltar lo que me debe.

—¿No estabas contento con que te dejara las botellas de cerveza por ahora? —Señalo hacia el porche.

—Todavía no has respondido a mi pregunta. —Se inclina sobre la mesa. Parece que tiene problemas incluso para *sentarse* derecho.

—¿Qué pregunta?

—Quiero saber cuándo has estado hablando con los vecinos y qué has estado diciendo.

—¿Cuándo he tenido la oportunidad de hablar con alguien? No he salido de casa desde hace más de tres semanas. —Se siente como toda una vida y todavía no he averiguado si han extendido el confinamiento. La plaza sigue tan desierta como ha estado, así que debe continuar.

—Antes, quiero decir. ¿Por qué me odia tanto todo el mundo? ¿No crees que mi ex me hizo suficiente daño sin que *tú* te subieras al carro? —Hace una mueca. Realmente *está* sufriendo. Hace solo unos meses, me habría preocupado por él, pero ahora, me importa un bledo.

—Es un maldito folleto, nada más. Probablemente hay alguien metiéndolos por todas y cada una de las puertas de la plaza.

—Ve a ver si todavía están ahí fuera. —Se balancea hacia adelante y hacia atrás, aún agarrándose el estómago—. Quiero saber qué creen que están haciendo, metiendo un folleto *así* por mi puerta.

—Probablemente ya están en otra calle. En serio, déjalo estar, ¿quieres?

Deja escapar un ruido de dolor.

—Tienes un aspecto horrible, Justin. —Su cara tiene un tinte casi grisáceo—. Deberías ir a tumbarte un rato.

—Primero terminaré mi bebida.

Da otro sorbo y hace una mueca. Luego vuelve a enroscar la tapa. —En realidad, tienes razón. Pensándolo mejor, me iré ya. Súbeme un poco de agua, ¿vale?

Espero hasta que todo está en silencio arriba antes de sacar mi portátil del cajón. Una ola de desesperación me invade mientras mis dedos recorren la enorme abolladura que dejó en la tapa. Tantas cosas han sufrido el impacto de su puño durante los últimos tres meses. Paredes, puertas, la nevera y ahora *esto*.

Contengo la respiración mientras levanto la pantalla. Puedo ver por el zigzag negro que la atraviesa que está dañada, incluso antes de intentar encenderla. Y cuando lo hago, solo obtengo una negrura retroiluminada.

Mi pecho se contrae de resentimiento: lo detesto ahora más de lo que creía posible.

EL CANSANCIO tira de mis extremidades, cada paso por la escalera es una batalla contra una pesada carga. La luz tenue revela la figura de Justin, despatarrado sobre la cama. Resistiendo el impulso de arrojarle encima el vaso de agua que he traído, bajo la pesada persiana opaca, bloqueando los últimos rastros de luz del día. La habitación se sumerge en un crepúsculo tenue, con sombras bailando sobre las cortinas que apresuradamente cierro sobre la persiana. Con un poco de suerte, se quedará justo donde está hasta la mañana. Ciertamente no puedo soportar estar cerca de él otra vez esta noche.

Arrodillándome junto a sus vaqueros abandonados, extraigo sigilosamente mi móvil del bolsillo, un acto silencioso, una pequeña rebelión contra el caos que ha desatado.



Me he restregado las manos hasta dejarlas en carne viva hoy, pero ¿y si eso no es suficiente?

Justin ha ido a la farmacia, además de dar un paseo, y como él mismo ha dicho, soy paranoica con el virus.

He hablado con esa policía, me he acercado bastante al repartidor, he manipulado la compra, y luego estaba ese folleto que

llegó. Me he expuesto a más riesgo del virus en un día que en todos los días combinados hasta ahora.

Me restriego más en la ducha, mientras me pregunto si me está dando dolor de garganta. También estoy más cansada de lo normal. *Fatiga extrema* es uno de los síntomas del virus. ¿Y si lo he contraído? ¿Qué me hará?

Como temía, el confinamiento se ha extendido otras tres semanas. Para entonces será mayo y habré estado atrapada con Justin durante seis semanas enteras. Eso si sobrevivimos tanto tiempo.

El bebé está haciendo volteretas dentro de mí mientras me seco. *Al menos él o ella está bien.* Se supone que tengo que hacerme la ecografía en un par de semanas donde podría averiguar si voy a tener una niña o un niño, pero no me atrevo a ir. El último lugar al que quiero acudir es un hospital. Hasta que consigan una vacuna o una cura, no me atrevo a ir a *ninguna parte*.

Me vuelvo a poner los pantalones de chándal y la camiseta que llevaba antes. Ya no tengo mucha ropa que me quepa sobre mi incipiente barriga.

Me detengo fuera del dormitorio para comprobar si Justin ronca antes de volver a bajar. No me acercaré a él esta noche, ni de coña. Solo espero que se quede dormido, al menos hasta que haya llamado a los niños, a Annie y a la residencia.



Retrocedo tanto como me permite el cable del cargador y me siento al borde del alféizar de la ventana del salón.

—¿Puedo hablar con Annie, por favor? —No esperaba que Simon respondiera a su teléfono. Más le vale no iniciar una conversación conmigo. Sin embargo, si tiene alguna idea de que sé sobre su infidelidad, querrá que cuelgue lo más rápido posible. Dicho esto, probablemente se esté castigando tanto como Justin lo está castigando a él.

—Está haciendo turno doble. —Suenan tan hartos como yo. Aparte de entregar botellas de cerveza a sus clientes habituales, probablemente esté haciendo tan poco trabajo como el resto de nosotros—. Volvió a casa hace poco para recoger sus pastillas, pero se dejó el móvil.

—¿Puedes decirle que he llamado, por favor? —Casi digo *dile gracias por la compra*, pero no tiene nada que ver con él. No soporto mantener ningún tipo de conversación, no después de lo que le ha hecho a mi amiga.

El crepúsculo cae sobre la plaza y, como siempre, agradezco la oportunidad de ver el interior de los hogares que tienen las luces encendidas pero que aún no han cerrado las cortinas al mundo. Los televisores parpadean y la gente se mueve en sus salones. No puedo imaginar que alguno de los vecinos se sienta tan miserable y aislado como yo en este momento. Incluso Diane, que vive sola. Por lo que sé, ella tiene hermanos e hijos, mientras que yo siento que no tengo a nadie en este momento.

Mi atención se desvía hacia la joven pareja que vive a tres puertas de Diane en la plaza mientras se escabullen desde su verja. Uno a uno, se esconden detrás del seto de otro vecino y entran en la casa, cada uno con una botella de algún tipo. Los he visto incontables veces rompiendo las reglas del confinamiento y entrando allí, riendo como colegiales traviesos mientras van y vienen.

Lo que *ella* no sabrá, sin embargo, es que también he visto a *él* colándose incontables veces en casa de Monica a todas horas de la noche. Uno de los muchos «regalos» del embarazo es el insomnio, y esto me ha dado más información de la que habría pedido sobre cómo algunos vecinos se comportan por aquí. Nunca haré nada con lo que he visto: si no me viera obligada a protegerme del mundo exterior, quizás yo también estaría rompiendo algunas reglas.

Miro hacia la casa de Monica. Sus cortinas siguen abiertas y parece que está pintando una pared. Esto es lo que mucha gente parece estar haciendo con su inesperado tiempo libre: arreglar sus

casas o sus jardines. Me encantaría estar ocupada como ellos, pero ya no tengo el dinero ni el motivo.

Un movimiento desde el piso superior junto a la casa de Monica llama mi atención. *¿Qué está haciendo?* No estoy segura. Espera... La nueva vecina parece estar gesticulando hacia mí, pero no puedo descifrar lo que está tratando de decir.

Me encojo de hombros exageradamente mientras ella repite sus acciones. Es una mezcla de poner la mano en forma de teléfono contra su cabeza y sostener una maleta contra su ventana. Sus gestos son tan crípticos como una película muda. *¿Qué está tratando de decir? ¿Está tratando de decirme que me vaya de aquí?*

Quizás sea por las visitas que ha tenido que hacer la policía. Levanto las manos como para transmitir: *No tengo ni idea de lo que intentas decir.* Mañana, intentaré quedarme un rato en nuestro jardín delantero, quizás entonces tenga la oportunidad de hablar realmente con ella.

MAMÁ PROBABLEMENTE ESTÉ DURMIENDO YA, sin embargo, no debería ser demasiado tarde para llamar a los niños. Mi respiración se acelera anticipando escuchar sus voces mientras espero a que contesten el teléfono. La idea de reunirme finalmente con ellos es una de las pocas cosas que me mantienen en pie ahora mismo.

—¿No crees que es un poco tarde para esto, Melissa? —Rick suena incluso más hostil de lo habitual, lo que debe significar que Cara está cerca. Siempre puedo notar cuándo ella no está porque hay *un poco* más de calidez en su voz. Un poco. Pero hoy, cuando más necesito algo de amabilidad, suena frío como el hielo.

—¿Por qué? ¿Qué están haciendo? No es *tan* tarde. —Miro el reloj. En una noche *normal*, estarían acostándose a esta hora, pero nada es normal para ninguno de nosotros en este momento.

—Ewan está en la ducha y Aisla se está preparando para irse a dormir. —Casi puedo ver el ceño fruncido de Rick sobre sus pobladas cejas mientras intenta deshacerse de mí.

—¿No puedo hablar con ellos aunque sea diez minutos? Por favor, Rick. —Aquí estoy, casi suplicándole que me permita hablar con mis propios hijos. Esto no está bien, ¿cómo puede ser tan insensible? Me conoce lo suficiente como para saber lo mucho que los echo de menos.

Intento captar lo que dicen entre sus voces amortiguadas, pero lo único de lo que puedo estar segura es de que Cara está soltando algo sobre no querer que se alteren antes de irse a dormir.

Él se aclara la garganta preparándose para hablar de nuevo, pero me adelanto. —Con todo respeto, Rick —replico—. Yo soy la madre de los niños, *no* Cara.

—No sabes lo alterados que estuvieron los dos el otro día —responde—. Nos llevó mucho tiempo calmarlos.

Él también suena cansado. Hace tiempo que no está con los niños las veinticuatro horas durante un período tan prolongado. No me sorprendería que antes de mucho tiempo esté suplicándome que los recupere. Aunque *Cara* probablemente intentaría impedirselo.

—Desapareciste, *Melissa*. —Utiliza mi nombre como si estuviera reprendiendo a uno de los niños—. Intentamos llamarte una y otra vez durante todo el día. Lo que hiciste no fue justo para ellos.

—Lo siento. —No puedo explicarle exactamente cómo Justin me cortó la comunicación y luego me confiscó el teléfono. Me haría parecer una completa idiota. No quiero que los niños se enteren de los problemas en los que estoy metida, ni quiero que Cara me mire por encima del hombro más de lo que ya lo hace—. De verdad lo siento.

—Mira, no quiero ser grosero, pero ¿puedes llamarlos mañana por la mañana? Cara tiene razón, ¿sabes? Si hablan contigo ahora, nunca se dormirán.

—Puede que no pueda. —Algo dentro de mí cede al darme cuenta de hasta qué punto estoy bajo el control de Justin.

—¿Qué quieres decir con *puede que no pueda*? ¿Por qué *no podrías*?

—Solo diles que los quiero, ¿lo harás?

—Puedes decírselo tú misma por la mañana, si no te importa.

—¿Al menos puedes decirles que siento lo del otro día?

—No voy a decirles *nada* —si existe la posibilidad de que no llames cuando dices que lo harás.

En segundo plano, Aisla está llamando a *papá*, lo que hace añicos mi corazón. Debería ser a *mí* a quien está llamando. Los dos se sienten tan lejos, aunque me doy cuenta de que están en el

mejor lugar por ahora. Me estremezco al pensar en ellos involucrados en la situación en la que he conseguido meterme. Al menos, con su padre, están a salvo de todo esto.

Después de pulsar el botón para finalizar la llamada, sigo mirando fijamente la plaza. La oscuridad ha transformado el verde vibrante en un gris turbio. La casa está tan silenciosa que literalmente puedo oír el siseo del silencio.

Abro la aplicación de Facebook para ver qué ha estado pasando en el nuevo grupo mientras no he tenido acceso a mi teléfono o portátil. Nunca he publicado nada allí, pero leer los mensajes mundanos me ayuda a sentirme más conectada con la vida cotidiana.

¿Alguien tiene una hidrolimpiadora que me pueda prestar? (Usaré guantes de goma nuevos mientras la utilizo).

¿Cómo está todo el mundo en este mundo loco? Espero que todos estéis sanos y salvos.

Si alguien va a ir al supermercado durante el fin de semana, ¿podría buscarme harina normal?

¿Hay alguien actualmente aislado y con dificultades para salir a por comidas/alimentos? Tendré 2 asados de ternera de sobra que puedo dejar en vuestra puerta dentro de aproximadamente 1 hora

Desplazo la pantalla entre infinitas publicaciones, todas por el estilo. ¡Y pensar que Justin estaba tan en contra de que me uniera a este grupo! ¿Qué cree que va a pasar? Continúo desplazándome, prestando especial atención a los días en que la policía ha venido aquí. Al menos no hay mención de nosotros.

Será mejor que devuelva este teléfono antes de que note que lo he cogido. Esto podría ser lo que tenga que hacer por ahora. Simplemente seguir sustrayéndolo de su bolsillo, si es que continúa guardándolo ahí, siempre que pueda. No puedo arriesgarme a que lo rompa como ha hecho con mi ordenador.

Entro en el pasillo y me quedo al pie de las escaleras durante unos momentos, reconfortada al sentir al bebé mientras se mueve un

poco más dentro de mí. Me recuerda que no estoy completamente sola. Los suaves ronquidos que llegan desde la habitación de arriba resuenan por toda la casa silenciosa, un sonido rítmico que me tranquiliza e irrita a la vez. Cuando suba, volveré a colocar el teléfono donde lo cogí y él no se enterará de nada.

Al girarme, noto algo más asomando por el buzón. Me envuelvo la mano con la bufanda otra vez y tiro de ello. Esta vez es un sobre escrito a mano, dirigido a mí. Saco la nota que hay dentro, garabateada en un trozo de papel.

Hola desconocida,

He estado intentando enviarte mensajes, ¿por qué no me contestas?

Quería decirte cuando estábamos intercambiando mensajes el otro día que mi oferta sigue en pie. (¡En ambos sentidos!) ¡Un lugar donde quedarte y poner algo en la comida!

Espero que estés bien. Escríbeme cuando recibas esto.

Annie xxx

Debe haberla entregado mientras me duchaba. No puedo creer que haya metido esto por mi puerta, sabiendo cómo están las cosas para mí. Justin podría haberla interceptado fácilmente. Claramente no se da cuenta de lo insoportable que se ha vuelto mi situación aquí dentro. Al menos antes del confinamiento, tenía algún respiro, además de un plan de escape.

Ahora no tengo ninguna de esas cosas.

Arrugo la nota formando una bola y la entierro en el cubo de la basura de la cocina.

ME INCORPORO en la cama y entorno los ojos para ver las cifras iluminadas de mi reloj. Las 2:03 de la madrugada. No sé qué me ha despertado esta vez, pero algo ha sido. El corazón me late como si hubiera corrido para alcanzar un autobús y estoy sudando profusamente —quizás haya tenido una pesadilla— por suerte, una que parece que no puedo recordar.

Me muevo por la habitación en la oscuridad —el contorno del espejo donde Aisla se peina cada mañana, la televisión que me suplicó hasta que finalmente cedí, el lienzo ampliado de algún cantante de moda.

Me doy la vuelta y hundo la nariz en su almohada, demasiado consciente de que el aroma de ella en esta habitación está comenzando a desvanecerse. Después de más de tres semanas, me cuesta cada vez más esfuerzo imaginar el aspecto de mis hijos, y el pensamiento me trae a los ojos el ya demasiado familiar escozor de las lágrimas.

Me tenso al oír un golpe y luego voces en la plaza. Seguro que es esa pareja otra vez, o el hombre escabulléndose dentro o fuera de la casa de Monica. Quizás le han pillado en el acto. Su pareja tenía que cazarle tarde o temprano, llevando ese lío justo delante de sus narices.

A estas horas de la noche, el sonido se transmite más de lo que parecen darse cuenta los dueños de las voces, especialmente si el alcohol está involucrado. Me retuerzo hasta quedar sentada y balanceo las piernas hasta el suelo, vacilando entre la indecisión. ¿Me asomo a la ventana y les pido que bajen el tono, o simplemente voy a por un vaso de agua? Sea lo que sea, lo que no quiero es que Justin se despierte. Ha estado durmiendo desde antes de las siete y es probable que esté de un humor terrible después de perderse toda una noche de bebida y de poder vigilar *cada* uno de mis movimientos.

Deslizando los brazos en mi bata, me acerco sigilosamente a la ventana y retiro ligeramente la cortina de Aisla para mirar por el borde.

El ayuntamiento ha empezado a apagar algunas de las farolas a medianoche, para disgusto de muchos de los residentes en el grupo de Facebook, así que es difícil ver mucho aparte de sombras y formas. Aunque las voces suenan como si estuvieran alzadas, no consigo entender lo que se está diciendo.

Contengo la respiración mientras continúo observando y escuchando, presionando mi frente ardiente contra la suavidad refrescante del cristal. Espero que no me noten aquí, pero por otra parte, ¿qué más da si lo hacen? No deberían estar comportándose así a las dos de la madrugada.

Por lo que puedo distinguir, son una mujer y un hombre. Sin embargo, cuanto más escucho, más me *parece* que uno de ellos podría ser Justin. *Imposible*. Por lo que sé, está profundamente dormido en la otra habitación; estoy segura de que le habría oído moverse por la casa si se hubiera levantado. ¿Y por qué estaría ahí fuera, liado con una de las vecinas? Particularmente con *esa* vecina. A la que supuestamente le debe dinero. Mi mente vuelve a cuando ella sostenía una maleta en su ventana. *¿Qué demonios intentaba decirme?*

Mis ojos se acostumbran más a la oscuridad hasta que puedo afirmar definitivamente que *es él* quien está ahí fuera, moviéndose

de un lado a otro, vistiendo solo su bata. Sus brazos se agitan en el aire mientras le dice algo a la mujer y luego pateo su verja. *¿Qué está pasando?* Debería salir allí y exigir que me lo digan, pero como mamá solía decir, *el conocimiento es poder*. Así que por ahora, solo observaré.

La vecina regresa al portal del bloque de pisos, también con bata.

—Tiene derecho a saberlo —declara ella, sus palabras cortando la noche. Supongo que está hablando de mí.

La comprensión de lo que está sucediendo me golpea como una tonelada de ladrillos; Justin, en bata, está liado con la vecina a la vista y oído de toda la plaza. No me lo puedo creer.

Me desplomo de nuevo en la cama y acerco las rodillas a mi pecho tanto como me permite el embarazo. Está teniendo una aventura, tiene que ser eso. Me pregunto cuántas veces más se habrá escabullido mientras duermo.

Una amenaza que me ha hecho varias veces flota en mis pensamientos. *Los hombres que no lo consiguen en casa*, me ha "advertido", *inevitablemente se desvían*.

No es de extrañar que esa vecina me haya estado observando tan de cerca. Pensaba que solo estaba aburrida con el confinamiento. O que simplemente era rara.

Justin está moviéndose sigilosamente abajo. Evidentemente, no quiere despertarme. La puerta de la nevera traquetea. Debe estar cogiendo la última botella de cerveza.

No sé cómo sentirme: aliviada porque parece que alguna otra pobre mujer podría quitármelo de encima, o enfadada. Cuanto más lo analizo, más pienso que es una combinación de ambas. Me ha tratado como una mierda desde principios de año, pero cree que tiene derecho a añadir una aventura a la mezcla. Todo mientras chantajea a su amigo por hacer exactamente lo mismo.

Una cosa es segura: realmente no puedo seguir existiendo bajo el mismo techo que él por mucho más tiempo, y ciertamente no bajo

la nariz de la de enfrente, si *están* liados. Quedan al menos otras tres semanas antes de que haya esperanza de que se levanten las restricciones. Me volveré loca en ese tiempo.

Los cajones se abren y se cierran, y luego la papelera de la cocina traquetea. De repente, ya no se esfuerza tanto en disimular el ruido que hace.

Al oír sus pasos en las escaleras, me deslizo por la cama, apoyo la cabeza en la almohada y contengo la respiración, rogando en silencio que simplemente me deje en paz.

Pero viene hacia aquí.

LA HABITACIÓN se ilumina cuando Justin golpea el interruptor con la palma de su mano.

—¿Qué demonios es esto? —Irrumpe hacia la cama y me pone algo en la cara.

—Uf, quítate. ¿Qué es? —Sea lo que sea, está húmedo por los bordes—. ¿Qué hora es, de todos modos? —Si actúo como si estuviera medio dormida, quizás se vaya y me deje en paz.

—Quiero saber qué significa esto. —Me pone la nota empapada bajo la nariz, sus ojos clavándose en los míos—. La *oferta* de Annie de poner algo en la comida. ¿En la comida de quién? ¿*La mía*?

—Aléjate de mí —siseo, apartando con fuerza su mano húmeda e intrusiva, con la piel de gallina por su contacto—. Solo era una broma, ¿vale? —Me deslizo hasta el final de la cama y me levanto por el otro lado, observándole mientras da un trago de su botella. Está tan apegado a esas botellas de cerveza del pub de Simon como lo estará el bebé a la leche cuando nazca.

—No te creo una mierda. —Los ojos de Justin se entrecierran, un brillo peligroso que sugiere un problema más profundo y sin resolver bajo su paranoia. Sostiene la nota en alto—. ¿Estás *tú* manipulando mis comidas, *zorra*? ¿Es por eso que he tenido el estómago tan revuelto? —grita desde el otro lado de la cama. En cualquier

momento va a por mí, y mi móvil sigue en el bolsillo de sus vaqueros.

—Claro que no. —Ajusto el cordón de mi bata alrededor de mi cuerpo—. Como si yo fuera a hacer algo así.

—Pero tu amiga enfermera sí lo haría, ¿verdad? Eso es lo que dice aquí.

—Si no quieres que la policía vuelva a llamar a la puerta, te sugiero que bajes la voz.

—Serán a *tí* y a *ella* a quienes se llevarán. Que Dios os ayude si descubro que habéis estado jugando con mi comida.

—Bueno, si estás preocupado, siempre podrías cocinar para ti mismo. No soy tu maldita madre.

—¿Cómo *te atreves* a mencionar a mi madre otra vez? Lo haces a propósito, ¿verdad?

Quizás no sería tan malo que alguien le oyera comportarse así y llamara a la policía. Ahora mismo, no puedo imaginarme teniendo paz el resto de la noche.

Cuando venga la policía esta vez, voy a decir: *llevadlo, simplemente llevadlo*. Les diré lo asustada que estoy de él, lo cual no es mentira, y entonces lo arrestarán. Incluso podría preguntar sobre la posibilidad de que no le permitan volver aquí; podría conseguir algún tipo de orden de alejamiento.

Ahora que le he visto con esa mujer, me siento más valiente respecto a las cosas. Si puedo sacarlo de aquí, me dará más espacio para respirar que la alternativa.

—¿Así que cuándo te vas a quedar con ella? —Sus fosas nasales se dilatan mientras continúa fijando su mirada acerada en mí.

—¿Con quién?

—Con tu amiga enfermera.

—No voy a hacerlo. Sigo aquí, ¿no?

—Sí, pero ambos sabemos que te irías como un rayo si no fuera por el virus, ¿verdad?

No respondo, lo que probablemente le enfurecerá aún más, pero ¿y qué? Cuanto más grite, más probable es que alguien le denuncie.

Mencionar a la vecina ahora podría darle la vuelta a las cosas, pero el miedo y la incertidumbre me detienen. Necesito más antes

de decidir mi próximo movimiento.

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? —Se desploma en la cama y da un gran trago a su cerveza mientras se agarra el estómago de nuevo—. ¿Ver cómo sufro así? Ni siquiera puedo mantenerme derecho por *tu* culpa.

—*Tú* eres quien bebe como un cosaco —le señalo—. No puedes mantenerte derecho por *tu* culpa.

—Voy a... —Tapándose la boca con la mano, se incorpora de golpe y sale corriendo de la habitación.

Me tapo los oídos, intentando desesperadamente bloquear los desgarradores sonidos de sus arcadas que llegan desde la habitación contigua.

Sin embargo, es una excelente oportunidad para coger mi móvil otra vez. Quizás, a estas alturas, Simon le habrá dicho algo a Annie sobre su nuevo inquilino. Ahora que sé que hay algo más entre ella y Justin que una deuda sin pagar, quiero descubrir todo lo que haya que saber.

Simon dijo que Annie volvía al trabajo para hacer el turno de noche cuando llamé antes, así que es muy probable que vea si le envió un mensaje.

En un abrir y cerrar de ojos, cruzo el descansillo y entro en el dormitorio completamente a oscuras donde la ropa de Justin aún está esparcida. Exhalo aliviada cuando pongo la mano sobre mi móvil. Sigue donde estaba.

Luego paso corriendo por delante del cuarto de baño, donde resuena el sonido del agua corriendo y los gemidos de dolor de Justin. Sin embargo, no me extrañaría que siguiera intentando beberse el resto de su cerveza.

Cierro la puerta de la habitación de Aisla tras de mí y me meto bajo su edredón, asegurándome de que mi móvil sigue en modo silencioso. Le envió un mensaje a Annie, mis dedos vuelan sobre las teclas.

Annie, soy yo. He recibido tu nota. ¿Estás despierta? xx

Miro fijamente la pantalla durante unos momentos, deseando que responda, aunque ya son casi las tres de la madrugada. Mientras mi mensaje se vuelve borroso ante mis ojos, la puerta del baño emite un crujido bajo y ominoso, un sonido que se arrastra por la habitación como un susurro fantasmal. Luego el sonido de pasos por la moqueta del descansillo. Contengo la respiración mientras espero para ver en qué dirección irá. ¿Volverá a la cama o vendrá aquí? Asomo la cabeza por un lado del edredón y miro fijamente la franja de luz bajo la puerta.

Su sombra se mueve de un lado a otro como si estuviera sopesando si continuar su discusión conmigo o simplemente irse a la cama. A juzgar por cómo sonaba ahí dentro, esperemos que se sienta demasiado enfermo para continuar donde lo dejó conmigo.

Exhalo un largo suspiro cuando finalmente se cierra la puerta de su dormitorio y, casi al mismo tiempo, la pantalla de mi móvil se ilumina con un mensaje de Annie.

Estoy en la sala de personal. Me han mandado a descansar un par de horas. Pero no puedo dormir. ¿Estás bien? Me alegro de que recibieras mi nota. xx

Parece muy duro para ti, así que no te preocupes por preguntarme si estoy bien... ¿estás TÚ bien? Aunque Justin también vio la nota. xx

Probablemente debería ir al grano y preguntarle lo que necesito. Después de todo, Justin podría cambiar de opinión y entrar aquí en cualquier momento.

Estoy bien, al fin y al cabo es para lo que me formé. Todos estamos sintiendo la presión pero lo superaremos. Y siento mucho lo de la nota. Por eso la puse en un sobre, para que la recibieras tú y no él. xx

Nuestra relación no funciona así, desafortunadamente. Nada de lo que hago es privado. Se ha vuelto loco con tu pequeña "broma" sobre su comida. xx

Quizás ahora sea un poco más amable contigo. xx

En fin, ¿puedo hacerte una pregunta rápida y luego te dejo intentar dormir un poco? xx

Claro. Dispara. xx

¿Simon ha dicho algo ya sobre el inquilino de su antiguo piso? ¿O se lo preguntaste? xx

No, lo siento, ¿debería haberlo hecho? xx

Es que creo que ella y Justin podrían estar viéndose. Lo vi saliendo a escondidas de su piso hace como media hora. xx

Joder. ¿De verdad crees que estaría liado así, justo delante de tus narices? xx

Desde luego parece que sí. xx

¿Cómo te sientes? Sigues planeando terminar la relación, ¿verdad? xx

¡Por supuesto! No sé cómo me siento, para ser sincera. Una mezcla de alivio, estupidez, enfado y desconcierto. Ha estado vigilando la casa muchísimo y parecía que intentaba decirme algo antes. No sé si debería ir y aclararlo todo con ella. xx

Yo lo haría. Pero ten cuidado. xx

Lo tendré. Voy a dormirme antes de hacer nada. xx

Mantente en contacto. Me preocupa cuando no respondes a mis mensajes. xx

Lo siento, pero no deja de cogerme el móvil. He tenido que quitárselo del bolsillo a escondidas solo para poder mandarte mensajes. xx

¡¡¿QUÉ?! Joder. Qué cabrón. ¡No me lo puedo creer! xx

Al menos ahora lo sabes. Ten cuidado con lo que dejas en la puerta; apenas tengo un momento de paz lejos de él. Está vigilando casi cada movimiento que hago. xx

Entendido perfectamente. Seré muy cuidadosa en el futuro. Pero Melissa, ¡no puedes seguir así! xx

No creo que sea por mucho más tiempo. Ah, y antes de que se me olvide, ¡gracias por la compra que me enviaste! xx

¿Qué compra? xx

El otro día: pan, leche y todo eso. ¿Usaste tu pase prioritario? xx

Lo siento, ¡ni siquiera he tenido tiempo de comprar para Simon y para mí, mucho menos para ti! xx

Pues qué extraño. xx

Miro fijamente la pantalla. Si Annie no lo pidió y Justin tampoco, *debo* haberlo hecho yo. A veces hago cosas automáticamente, pero

no acordarme de haber hecho un pedido de comida es ridículo.

En fin, no importa. Debe de haber sido Justin. xx

Me alegra oír que está haciendo algo útil por una vez. Aguanta y con suerte, pronto nos veremos. xx

Buenas noches. xxx

xxx

Sintiéndome un poco mejor por haber tenido contacto con alguien fuera de estas cuatro paredes, pongo el móvil bajo mi almohada. Pero estoy desconcertada por ese pedido. Preguntaré a Diane, pero no me la imagino haciéndolo. *Odia* usar el ordenador en el mejor de los casos y apenas ha conseguido entender la banca online. Además, ha dejado notas en la puerta preguntándome si necesito que me recoja algo cuando va al supermercado en persona.

Vuelvo a la ventana. Un suave resplandor de lámpara emana desde detrás de las cortinas del piso. ¿Por qué no puede Justin quedarse allí con ella? Debe darse cuenta de que ya no lo soporto, ¿por qué no se lo quita esa mujer de mis manos de una vez?

No sé por qué me molesté siquiera en acostarme anoche. Apenas pegué ojo.

Separo bruscamente las cortinas del salón para dejar entrar el sol matutino que proyecta un cálido resplandor sobre la tranquila plaza, revelando un tapiz de persianas cerradas en cada ventana. La quietud de la plaza, con sus casas perfectamente dispuestas y jardines bien cuidados, dibuja una imagen de paz suburbana, interrumpida solo por *esta* casa y el piso de la vecina en medio de todo.

Tengo ganas de ir hasta allí, golpear la puerta de la mujer y exigirle saber qué está pasando. Me pregunto si tiene *alguna* idea de con quién está tratando. Sé perfectamente lo capaz que es Justin de presentarse como un *buen tipo*, pero he descubierto, a mi costa, quién es *realmente* por dentro.

Una gran parte de mí está furiosa porque ella considere aceptable continuar tan descaradamente con el marido de otra. No es mejor que la vecina a la que he observado entrando y saliendo a escondidas de la casa de Monica desde que empezó el confinamiento. Las mujeres deberíamos mantenernos unidas y apoyarnos mutuamente, no fugarnos con los maridos de otras.

Por lo que ella sabe, podría estar rompiendo un matrimonio que merecería salvarse; obviamente no tiene ni idea de mis planes de

marcharme. Debe haberse mudado a esta plaza con una agenda: acercarse a Justin. Percibí algo entre ellos el primer día del confinamiento, pero estaba demasiado centrada en mi propia miseria para prestarle suficiente atención. Y me desconcierta que tenga la cara dura de chantajear a Simon por algo de lo que él mismo es culpable.

Puedo señalar con claridad cuándo se desmoronó nuestro matrimonio. La Nochebuena, cuando creí que el catalizador había sido Cameron mandándolo a paseo. Nunca he conocido al hijo de Justin, pero su odio hacia su padre era evidente por lo que pude oír de su voz resonando por toda la habitación. Escupía veneno sobre lo cruelmente que Justin había tratado a su madre. Finalmente, Justin lo cortó y lanzó su teléfono al sofá.

Ese fue el comienzo de su interminable bebida navideña. Mis hijos no podían acercarse a él sin que les gritara, y vomitó por todo el pasillo. Solo los tres comimos nuestra cena de Navidad mientras él regresaba a The Old Crown para una reunión a puerta cerrada que Simon había organizado mientras Annie trabajaba. Al menos eso es adonde *dijo* que iba.

Solo ahora puedo ver que ya había abandonado nuestro matrimonio. Había encontrado a otra persona, alguien con quien mantenía una relación en medio de la noche. Ha habido muchas noches en las que me he despertado y él no estaba a mi lado. Ha culpado al insomnio, me ha dicho que estaba viendo películas, pero ahora sé la verdad. Probablemente ha estado escabulléndose a la puerta de *ella*.

Un vistazo a mi demacrado reflejo capta mi atención al pasar frente al espejo. El fuerte contraste entre mis raíces casi negras y mi desgreñado pelo rubio, junto con las oscuras ojeras bajo mis ojos, hablan de las semanas de insomnio que he soportado. Es una combinación de tantas cosas: el virus, Justin, la ausencia de mis hijos, mis hormonas, mi madre. Creo que nunca me he sentido tan miserable en mi vida.

El embarazo debería ser un momento feliz, pero para mí se ha convertido en el período más oscuro y solitario que jamás he vivido. Ya no puedo recurrir a mamá, Annie está desbordada con el trabajo y apenas he sabido de mis compañeros de trabajo. No directamente, al menos, solo a través del grupo de WhatsApp.

Saco el móvil del bolsillo de mi bata, en parte por la familiaridad de ver qué están haciendo todos, y también para comprobar si alguien ha publicado algo sobre cuándo podemos esperar recibir algún dinero del hotel.

Ya me estoy aburriendo de todo esto... ¿cómo lo lleváis los demás?

Ocupada decorando. Mi casa parece un palacio.

Los niños me están volviendo loca... me quito el sombrero ante los profesores, es lo único que puedo decir.

Sol de pared a pared. Bastante vino y en casa con el marido. ¿Qué más se puede pedir?

Al parecer, podemos esperar el sueldo de un mes el día 20, chicos. Bueno, el 80% de lo que normalmente cobraríamos.

Es mejor que una patada en los dientes.

Ya era hora.

El ochenta por ciento de mi sueldo me dará casi lo que necesito para la agencia inmobiliaria. *El veinte*. Eso es solo dentro de tres días. Todavía queda más de una quincena hasta que haya alguna posibilidad de que se levanten las restricciones. Así que en cuanto el dinero entre en mi cuenta, se lo transferiré a Annie para que me lo guarde. No puedo arriesgarme a que Justin le ponga las manos encima de nuevo.

Eso si él sigue aquí el día veinte. Con todo lo que está pasando, *cualquier cosa* podría ocurrir. Especialmente si le confronto con lo que vi anoche.

Será mejor que le mande un mensaje a Annie para que sepa de qué es el dinero cuando llegue a su cuenta. Tengo que darme prisa porque solo me queda un 2% de batería en el móvil. Él se llevó mi cargador anoche, así que no hay forma de que pueda cogerlo en este momento.

Soy yo. Me pagan el día 20. ¿Te parece bien si te transfiero el dinero para que Justin no pueda cogerlo??? xx

Para cuando he preparado una taza de té y una tostada, todavía no ha contestado. Así que le mando otro mensaje. Ahora me queda solo un 1% de batería.

Ya tengo tus datos de cuando fuimos al spa en diciembre, así que no te preocupes por enviármelos. xx

Diciembre. Cuando la vida parecía normal. Antes de que tuviéramos idea de todo lo que nos esperaba.

Podría ser buena idea configurar los datos bancarios de Annie *ahora* antes de que mi batería muera por completo, para que ya esté como beneficiaria en mi cuenta. De esa manera, el día 20, puedo iniciar sesión rápidamente en cuanto el dinero entre en mi cuenta y transferírselo sin complicaciones.

Paseo la mirada por nuestro soleado salón, hacia nuestra foto de boda en el aparador y la manta de forro polar que traje de nuestra última casa. Puede que una vez amara este lugar, pero ahora, no veo la hora de salir de aquí.

De camino a la cocina, oigo lo que suena como un golpe en el porche. Voy de puntillas hasta la puerta y miro a través de la mirilla. *Es la mujer del piso*. Me cuesta contenerme para no abrir la puerta de golpe y echarle la bronca. Sin embargo, nada merece la pena despertar a Justin antes de que esté listo para levantarse.

La observo mientras permanece unos instantes más, preguntándome si de alguna manera puede sentir mi presencia al otro lado de la puerta.

Mientras se aleja, veo que ha dejado algo de leche y pan junto a las botellas de cerveza de Justin. Claramente, sus intenciones no eran lo que yo pensaba...

Me deslizo hasta la cocina y cierro la puerta tras de mí. Si la memoria no me falla, anoté los datos de la cuenta de Annie en el borde de una factura del gas. Debería haberlos guardado en mi cuenta, pero no esperaba tener que transferirle más dinero.

Rebusco en el cajón donde Justin mete cosas como facturas y cartas. Él estaba aquí mucho antes que yo, así que su nombre aparece en todas las cuentas domésticas —lo único que he hecho siempre es transferirle mi mitad de todo cada mes desde que me mudé—. Sé exactamente lo que estoy buscando: puedo visualizar los números garabateados con un lápiz rojo que cogí del estuche de Aisla.

No me imagino a Justin tirando el extracto —rara vez lo hace—. La mayoría de las veces, simplemente mete todo en el cajón que ha apodado *su sistema de archivo* para el día que nunca llega. Siempre me ha dicho en broma que no toque «su cajón» y a menudo he tenido la tentación de echar un vistazo. Ahora es mi gran oportunidad.

Varios destellos de texto en rojo captan mi atención mientras hojeo los sobres y cartas, pero no hay señales del extracto que busco.

Mientras vuelvo al principio de la pila para intentarlo de nuevo, un sobre de Yorkshire Building Society me llama la atención. Sería interesante ver cuánto debe todavía por la casa. Lo saco del cajón y extraigo la carta.

AHÍ, en negrita y letra roja, hay una reclamación de 9.439 libras. Atrasos hipotecarios que *deben liquidarse de inmediato*. Si la amenaza en la carta se hubiera llevado a cabo, el "asunto" ya debería haber pasado a los tribunales. Incluso si todo lo que ha ocurrido entre nosotros *nunca* hubiera sucedido, seguiríamos enfrentándonos a quedarnos en la calle en un futuro no muy lejano.

Los titulares de hipotecas han recibido un respiro desde que comenzó el confinamiento, pero tan pronto como se levanten las restricciones, la Yorkshire Building Society, sin duda, embargará esta casa, especialmente con *ese* nivel de atrasos. Todo el dinero que le he pagado para vivir aquí con los niños... *¿qué demonios ha hecho con él?*

Junto a esa carta hay otra, más pruebas de la deuda de Justin: atrasos del impuesto municipal, una amenaza de desconexión, cartas de una agencia de cobro de deudas y entonces...

Un sobre marrón tamaño A4 con el franqueo del Tribunal del Condado de Yorkshire es el penúltimo sobre en el cajón. Lo saco de debajo de todo lo demás y extraigo los papeles. Es el decreto provisional de su divorcio con Lynette. Ya he visto su decreto absoluto, que tuvo que presentar para casarse conmigo.

Recuerdo aquel día. El 2 de marzo del año pasado. Solo fue una pequeña boda en el registro civil, pero estaba allí toda la gente que

me importaba. Annie, Simon, algunos otros amigos del pub y amigos del trabajo. Al menos, creía que eran amigos. Desde el inicio del confinamiento, todos parecen haber desaparecido. Aisla y Ewan fueron mi dama de honor y paje, y uno de los cuidadores trajo a mi madre. Cuando Justin y yo nos colocamos uno frente al otro mientras nos tomábamos de las manos ante el juez de paz, todo lo que vi fue felicidad y estabilidad por delante. Cómo malinterpreté todo.

Siento la respiración constreñida y la presión alrededor de mi pecho es casi como un tornillo. Necesito mi inhalador. Abro el cajón junto al que estoy registrando para buscar mi repuesto, pero no hay señal de él. Estoy casi segura de que lo devolví a su sitio. No recuerdo haberlo agotado, pero mi cabeza ha estado en todas partes últimamente. Iré a buscar el otro arriba tan pronto como él se levante. Mientras tanto, no quiero molestarlo a menos que sea necesario.

Vuelvo al primer cajón, intentando calmar mi respiración. Si me mantengo concentrada en otra cosa, debería mejorar.

Debajo del decreto provisional están las páginas de su demanda de divorcio. *Interesante.*

Me ha contado otra mentira más. La versión de Justin era que *él* se divorció de Lynnette por conducta irrazonable: afirmaba que ella lo menospreciaba, veía a otros hombres y ocultaba cuentas secretas de dinero mientras gastaba *el suyo* de forma frívola.

Pero lo más importante, ella estaba poniendo a Cameron, su hijo, en su contra. Ella no impugnó el divorcio, dijo, lo que era una prueba más de su culpabilidad.

Pero según lo que estoy leyendo aquí, fue al revés. *Ella* lo divorció a *él* por conducta irrazonable. Paso a la página donde se han enumerado los "detalles" de Lynette, y mi mandíbula cae un poco más con cada elemento que leo.

El Demandado ha sido físicamente abusivo hacia la Demandante, causándole moretones y lesiones en el brazo, lo que la ha dejado preocupada por su seguridad.

El Demandado ha hecho amenazas repetidas hacia su hijo cuando este ha intentado intervenir y proteger a su madre.

El Demandado es habitualmente verbalmente abusivo hacia la Demandante y su hijo, lo que ellos encuentran humillante y angustioso. El Demandado ha continuado con este abuso, a pesar de que se le ha dicho cómo hace sentir a la Demandante y a su hijo.

El Demandado ha incurrido en grandes deudas que han amenazado la seguridad del hogar familiar. Se niega a tomar medidas para abordar estas deudas.

El Demandado ha suscrito acuerdos financieros a nombre de la Demandante sin su conocimiento ni consentimiento.

El Demandado consume regularmente cantidades excesivas de alcohol que la Demandante encuentra inaceptables.

El Demandado solo está dispuesto a mantener un empleo remunerado durante breves períodos, lo que provoca que toda la responsabilidad financiera recaiga sobre la Demandante.

No es de extrañar que protegiera este cajón como una fortaleza, aunque una parte de mí no entiende por qué ha conservado un documento como este.

Tampoco habría podido evadir las acusaciones de ella. Todo lo que ella ha alegado está respaldado con referencias a visitas policiales, fotografías y declaraciones de testigos.

Me hizo creer que la ruptura fue toda culpa de Lynette. Que *ella* había sido la parte cruel y abusiva, poniendo a su hijo y a todos los demás en su contra, incluso a su madre. Pero aquí está, en blanco y negro, con pruebas que lo respaldan. Y mi propia demanda de divorcio contra él se leerá de manera similar.

Por último, justo en el fondo del cajón hay otro sobre de un grosor similar al de los documentos del divorcio. La primera página parece ser una copia de un acuerdo de segunda hipoteca que ha sido firmado por él y Lynette. Está sellado con un sello de *evidencia*. Luego hay un contrato de tarjeta de crédito firmado por Lynette, un acuerdo de préstamo y una solicitud de financiación de coche; todos han sido firmados por Lynette y sellados de manera similar como

evidencia. ¡Maldita sea! Ha estado falsificando su firma para obtener financiación.

A continuación hay una citación judicial. Compruebo la fecha en mi reloj. Habría estado en juicio en el Tribunal de la Corona de Yorkshire, acusado de fraude *la semana pasada*, de no haber sido por el confinamiento. Está fechada el 19 de diciembre. He aquí otra razón para el cambio repentino en su comportamiento en Navidad. También explica en parte por qué apenas ha ido a trabajar desde entonces.

Por último, hay una transcripción de lo que parece una entrevista policial y un par de cartas de abogados. La mayoría datan de noviembre. Me desconcierta que haya logrado mantener todo esto en secreto. Me siento en la mesa de la cocina para leer todo.

—¿Qué *demonios* estás haciendo? —La voz de Justin corta el aire.

Mi cabeza se gira hacia donde se cierne en la puerta, mirando de mí al cajón que he dejado abierto.

Mierda.

—HE DICHO... ¿qué estás haciendo?

—Yo, eh, solo estaba buscando mi inhalador de repuesto. No quería subir y molestarte.

—¿Entre mis papeles privados? Sabes que ese es *mi* cajón —el rostro de Justin está gris y demacrado. Todavía tiene un aspecto terrible, pero claramente la ira ha superado lo mal que se siente.

Por un momento nos miramos fijamente. No sé qué hacer ni qué decir para salir bien parada. No es solo eso, también estoy en shock por todo lo que acabo de descubrir en ese cajón.

Que su exmujer fue tratada exactamente como me han tratado a mí, que esta casa está a punto de ser embargada. Y que él podría enfrentarse a la cárcel por fraude. Aunque conociendo a Justin, conseguirá salir de todo esto con sus mentiras. Supongo que Lynette tendría que *demostrar* que no firmó ninguno de esos acuerdos y todo podría reducirse a su palabra contra la de él.

Estoy segura de que Justin, con sus múltiples personalidades, simplemente elegirá su máscara de encanto superficial cuando llegue el día del juicio y dirá todas las cosas adecuadas para ganarse al jurado, especialmente a las mujeres del jurado.

Una revelación me invade: probablemente necesito comprobar *mis propios* informes crediticios. ¿Quién sabe lo que podría haber sacado a *mi* nombre?

El pensamiento me golpea como una ducha fría. Quizás estoy en alguna lista negra, la razón por la que la casa de alquiler se me escapó de las manos hace tres semanas. Las paredes aquí se están cerrando realmente sobre mí, con secretos acechando en cada rincón. El agente inmobiliario me había asegurado anteriormente que la casa era mía, pero podría haber estado engañándome cuando dijo que la otra pareja no se iba a mudar después de todo.

Justin finalmente rompe el punto muerto entre nosotros. —No tenías derecho a leer cosas que no te conciernen —suelta. —*Ningún derecho en absoluto.* —Se acerca a mí y me arranca el sobre de la mano, antes de barrer los papeles sobre la mesa.

—¿Por qué no me has contado nada de esto? —Mi voz suena entrecortada mientras señalo lo que *él* está sosteniendo ahora. Necesito sentarme. No sé qué va a pasar aquí, pero siento que esto no va a terminar nada bien.

—*Tú.* —Me señala con el dedo, con el odio grabado en su rostro sin afeitar—. Has resultado ser tan desagradable y vengativa como *ella*.

—Por lo que he leído ahí... —señalo el cajón abierto—. La culpa está solo de *tu* lado, no del de Lynette.

—Así que ahora usas su nombre... normalmente no lo haces. —Su voz sube un nivel—. ¿Qué pasa, Melissa? ¿Te has puesto *completamente* en mi contra? ¿Te has pasado al bando de *ella*, como mi hijo y mi madre?

—Me has contado un montón de mentiras. —Apoyo mis manos sobre mi vientre. Es como si le estuviera recordando la existencia de nuestro bebé, por si tuviera alguna inclinación a ponerse tan violento conmigo como parece que fue con Lynette.

—Las mujeres siempre han sido la perdición de mi vida —gruñe mientras mete los sobres de nuevo de donde los saqué—. *Todo* lo que *jamás* me ha salido mal en la vida tiene a una mujer en la raíz. —Cierra el cajón de un golpe tan fuerte que me hace sobresaltar.

Me quedo paralizada cuando el buzón cruje. *¿Y ahora qué?* Ruego que sea solo el correo y no un vecino bienintencionado que introduzca algo más en un intento equivocado de ayudarme.

Empiezo a levantarme pero Justin se me adelanta y es el primero en dirigirse a la puerta principal. Agarra las cartas que han sido entregadas, pero debajo de ellas hay un trozo de papel. Lo mira de reojo, antes de apretarlo con el puño.

Un puño que probablemente le gustaría usar contra mí si tuviera la oportunidad. Estar embarazada es probablemente mi salvación aquí. Aunque si Justin *fuera* a pegarme, ¿no lo habría hecho ya antes de hoy?

—¿Es esa nota para mí?

—No, maldita sea, no lo es. ¿Me dejarías en paz de una vez? — Se vuelve hacia la puerta y yo aprovecho la oportunidad para dirigirme a las escaleras.

—Vuelve aquí. ¿Aún no hemos terminado con esto?

Me detengo en seco. —Acabas de decirme que te deje en paz.

—Sabes exactamente lo que estás haciendo, ¿verdad? Has acabado igual que *ella*.

Abre la puerta principal, haciéndome preguntarme si va a ir tras quien haya dejado la nota. En vez de eso, se agacha y recoge una botella de cerveza de dos litros en cada mano, dejando la leche y el pan que había allí fuera.

Dios mío, ¿por qué no puedo tener una vida normal? ¿Por qué no puedo estar pintando una valla, horneando pan de plátano o educando a mis hijos en casa como está haciendo todo el mundo?

—Necesito una cerveza —murmura mientras se dirige hacia la cocina.

—Cómo no —también murmuro, manteniendo mi voz baja para que no pueda oírme mientras hace ruido buscando un vaso en el lavavajillas.

—Y todavía tenemos que hablar, así que ven aquí.

Aguantaré hasta que esté sentado en la mesa con su cerveza. Entonces fingiré que necesito ir al baño, pondré mi teléfono a cargar y tomaré mi inhalador.

—Supongo que tus planes de dejarme volverán a estar en marcha, ¿no? —Me examina con los ojos entrecerrados mientras se limpia la espuma de cerveza del labio superior y se sienta en su lugar habitual en la mesa de la cocina.

—No puedo ir a *ninguna parte* en este momento, ¿verdad? —Suspiro mientras me quedo en el umbral. Ahora que tiene su cerveza, parece haberse calmado.

—No, pero lo harías si pudieras, ¿verdad? —Su voz se endurece mientras clava el dedo en la mesa—. Como. Un. Tiro.

Estoy harta de cómo me mira. Estoy aún más harta de cómo me habla. Así que voy a bajarle los humos.

—Te vi anoche, allí —mi voz sigue siendo baja mientras señalo con la cabeza hacia el bloque de pisos—. Así que, en lugar de culparme a mí o a Lynette por todo lo que ha ido mal en tu vida, deberías examinar tu propio comportamiento. ¿Qué estabas haciendo?

Bebe casi la mitad del vaso de cerveza de un trago, y la condensación deja un círculo de humedad en la mesa. —¿De qué demonios estás hablando?

—La mujer que acaba de mudarse allí. ¿Qué está pasando *realmente*?

Mis ojos no abandonan los suyos mientras espero su reacción.

—No sé de qué estás hablando.

Así que se está haciendo el tonto. Ya me lo imaginaba. —Os vi a los dos en mitad de la noche, armando escándalo a la vista de toda la plaza. No me vengas con que es por *dinero que te debe* porque no te creo.

Probablemente el sarcasmo no me haga ningún favor, pero ahora mismo estoy desesperada y no sé qué hacer. Solo sé que no puedo seguir así. He sobrevivido más de tres semanas de esta manera y no creo que pueda aguantar ni un momento más. A medida que pasa el tiempo, Justin está cada vez más alterado y yo me siento cada vez menos segura estando sola en casa con él.

Debería permitir que lo que está ocurriendo hoy escale hasta convertirse en una discusión explosiva. Diane, Monica o alguno de los otros vecinos cercanos nos oiría. Mi mente repasa escenarios desesperados. Una llamada a la policía, un cambio de cerraduras... cualquier cosa para liberarme de esta situación asfixiante. Entonces podría asegurarme de que se lo lleven esta vez y lo obliguen a quedarse en otro sitio si lo sueltan. Si le digo a la policía lo asustada que estoy, me ayudarán, eso es lo que dijeron.

O quizá haya otra manera de solucionar todo esto, algo mucho más definitivo. El bebé se mueve dentro de mí, sus movimientos como una súplica silenciosa, un recordatorio de que no estoy sola en

esta agitación, y quizá también recordándome que debo mantenerme vigilante y extremadamente cautelosa en cómo lo manejo.

—Oí ruidos —mira fijamente su vaso—. Pensé que alguien estaba entrando a robar, así que salí para detenerlos.

Así que va a seguir esa línea conmigo.

—Esa es la excusa más patética que he oído jamás —casi podría reírme de su explicación si la situación entre nosotros no fuera tan terrible—. Entonces, si ese es el caso, ¿de qué estabais discutiendo los dos? Seguramente ella habría estado agradecida si estuvieras investigando unos supuestos *ruidos*.

—Ella pensó que era *yo* intentando entrar —se pasa los dedos por el pelo. Nunca lo he visto tan grasiento y necesitado de un lavado—. Me pilló mirando por las ventanas hacia la entrada principal —levanta la mirada como implorándome que le crea—. Luego no quiso creer que solo estaba allí porque intentaba ayudar.

—¿Por qué no puedes simplemente decirme la verdad, Justin?

—¡Porque es la puta verdad! —salta de su silla y luego sus facciones se contraen mientras su mano se aprieta contra su estómago.

Una cosa es segura: nunca le he oído gritar tan fuerte. Tiene la cara carmesí y parece que casi le sale espuma por la boca. Sin embargo, se inclina para dar otro trago a su cerveza. Puedo oler el lúpulo desde aquí, huele repugnante. No sé cómo puede beber esa porquería.

Me alejo de él, moviéndome hacia el lado opuesto de la cocina. A juzgar por su comportamiento, es probable que se abalance sobre mí en cualquier momento, bebé o no. Su estado de ánimo actual es peor que cualquier cosa que haya visto antes.

Presiono mi espalda contra la pared de la cocina, la superficie fría me proporciona un respiro momentáneo mientras lucho por respirar. Me he vuelto aún más jadeante desde que bajó y me pilló en ese cajón. Necesito pasar junto a él y coger mi inhalador. He esperado demasiado.

El bebé se mueve dentro de mí, probablemente dando volteretas por el estrés que sin duda pasa de mí a él o ella. Tengo que

solucionar esto. Ya he afectado bastante a mis dos hijos mayores con este segundo matrimonio en el que me metí precipitadamente, no puedo infligirle todo esto a un tercer hijo.

—Aaargh —de repente, está inclinado hacia adelante agarrando el borde de la encimera—. No sé qué me pasa, maldita sea.

—¿Es tu estómago otra vez?

—¿A ti qué te importa? —coge su vaso y da otro trago. Nunca he visto nada igual. Alguien que está tan enfermo y con dolor, pero que sigue echándose alcohol por el gaznate.

En el pasado, a menudo bromeaba sobre la necesidad de beber a la mañana siguiente *por motivos medicinales* —para aliviar sus resacas. Pero este comportamiento está en otra liga completamente diferente.

Sin embargo, hay otra posibilidad... Que esté montando esta pequeña farsa de estar agonizando para distraerme de él mismo —de lo que vi anoche y lo que he encontrado en el cajón esta mañana. Quizás espera que lo deje en paz si está enfermo.

—Quizá deberías sentarte.

Se tambalea hasta la mesa y se desploma en una silla. —Nunca me he sentido tan mal. Quizá he pillado el virus o toda esta cerveza ha *caducado* —mira de nuevo el vaso que dejó en la encimera—. Quizá por eso Simon ha estado tan interesado en deshacerse de ella —continúa—. O... *el muy cabrón*. Creo que le ha estado echando algo, pensando que si acaba conmigo, no tendrá que pagarme —se tambalea de nuevo poniéndose de pie y vuelve hacia la botella que dejó en la encimera.

Lo recoge y luego lo huele. Entonces deja caer su vaso al suelo, donde se hace añicos a sus pies. Se tambalea hacia el fregadero, sobre el que se inclina, vomitando en él.

Mientras me doy la vuelta asqueada, me fijo en la nota arrugada que debe de haber dejado caer. Mientras está ocupado devolviendo la cerveza que ha bebido esta mañana, me apresuro a recogerla.

Melissa. Tienes que salir de ahí. Llama a este número y te lo contaré todo. Lynette

Luego ha escrito su número.

Justin me mira con ojos enrojecidos y con baba goteando de su boca. Necesito conseguir algo de batería en mi móvil para averiguar lo que tiene que decir. No sé qué podría estar planeando contarme que no haya descubierto ya. Y por qué de repente se pone en contacto conmigo *ahora*.

—Vosotras dos NO vais a hablar —brama cuando ve la nota en mi mano—. ¿Crees que voy a dejar que un par de brujas me jueguen una mala pasada? —Se tambalea hacia mí. En el estado en que está, dudo que pueda hacerme mucho daño, pero no voy a arriesgarme.

Me precipito hacia los escalones. Voy a coger mi cable de carga y mi inhalador, y luego salir de casa. Me está resultando más difícil respirar, así que necesito llegar a mi inhalador rápido.

Cae al suelo y se abalanza sobre mis piernas justo cuando llego al primer escalón, haciéndome caer hacia delante sobre las escaleras.

—Aléjate de mí —agarrándome al pasamanos, le doy una patada para apartarlo. Sorprendentemente, reúne más fuerza de la que le atribuía, sus movimientos revelan una resistencia impredecible. Pronto vuelve a ponerse de pie, empujándome para poder subir las escaleras antes que yo.

No sabe que he recuperado mi móvil de su bolsillo, así que debe ir a por eso. Me apresuro tras él y consigo agarrar un puñado de la parte trasera de su bata, pero él se gira y la arranca de mi agarre.

—Déjame pasar. Por favor, Justin, necesito llegar a mi inhalador —después de nuestro forcejeo al pie de las escaleras, mi respiración se ha vuelto repentinamente aguda y dolorosa. Conozco los síntomas. Si no me administro el Ventolin en los próximos minutos, voy a tener un ataque de asma en toda regla. Seguramente no intentará impedirme llegar a mi inhalador, ¿verdad? Si puedo entrar en el dormitorio antes que él, también podré coger mi cargador. Voy a llamar a la policía: las cosas han ido demasiado lejos esta vez.

—¡Aaargh! —llega a la puerta cerrada del dormitorio antes que yo y se dobla de dolor contra ella—. Probablemente me has hecho esto tú, zorra, seguro que has sido tú —se desliza hasta el suelo—. Eres *tú*. Estás intentando acabar conmigo, ¿verdad?

—Solo déjame entrar —jadeo. Me resulta cada vez más difícil hablar. Debería haberlo tomado en el momento en que empecé a respirar con dificultad. Mamá siempre se enfadaba conmigo por tentar a la suerte con mi asma—. No te das cuenta de lo potencialmente mortal que puede ser esta enfermedad —solía decir.

Tiene vómito por toda la bata y algo horrible alrededor de la boca. Apenas puedo soportar mirarlo, pero necesito vigilarlo ahora mismo. Puede que esté enfermo, pero sigue siendo impredecible.

De repente, encuentra la fuerza para volver a erguirse contra la puerta en toda su altura. Intento rodearlo, pero me empuja contra la pared del rellano. Mi espalda conecta de lleno con ella y, por un momento, me quedo sin aliento y aún más incapaz de respirar que antes.

Zarcillos de desesperación me envuelven mientras él se tambalea dentro del dormitorio y abre violentamente el cajón de mi tocador donde guardo mi inhalador.

—¡No! —la palabra debería ser un chillido, pero sale más como un susurro.

Mientras me incorporo, él ya está presionándolo una y otra vez. ¡Está vaciándolo completamente y no sé dónde está mi recambio!

Saco mi teléfono del bolsillo. Como temía, la batería se ha agotado.

Me tambaleo hacia donde suele estar enchufado mi cable de carga, pero él llega primero también.

Entonces veo *su* teléfono, enchufado en su lado de la cama, y comienzo a rodear la habitación hacia él.

Al ver lo que estoy haciendo, deja caer mi inhalador al suelo antes de pisotearlo.

Golpeo su pantalla. Si tan solo pudiera conectar una llamada de emergencia antes de que me alcance, la policía rastreará la llamada y vendrá.

—Buena suerte con eso —dice desde la puerta.

Su teléfono también está muerto.

MIENTRAS BUSCO a tientas mi cable de carga por toda la habitación, Justin ha regresado a lo alto de las escaleras. No lo encuentro. *Necesito salir a la plaza para buscar ayuda.*

Me tambaleo tras Justin.

—¡No!

La cocina resuena con el repetido siseo de un inhalador.

Mi pecho se constriñe, y jadeo en busca de aire, agarrándome las costillas. Me tambaleo por el pasillo y me apoyo en el marco de la puerta de la cocina.

Justin está tirado en el suelo contra el armario, con su bata de estar por casa desplegada a su alrededor mientras aprieta el botón de mi inhalador con todas sus fuerzas. *Sí que tenía uno de repuesto.* O lo guardé en otro sitio o él lo ha movido.

—Por favor... ¡para!

Después de varios segundos, lo apunta hacia mi cabeza y por el golpe hueco que hace al caer a mis pies, es evidente que lo ha vaciado, igual que hizo con el otro.

—¿Qué — intentas — hacer? —El ir y venir por las escaleras y la pelea con él en el rellano lo han empeorado todo. Tengo que tomar aire entre cada palabra. Necesito ir a un hospital, rápido.

Me tambaleo hacia la puerta trasera. Está cerrada con llave. — ¿Dónde — están — las — llaves? —Rebusco en el cajón donde

normalmente las guardamos.

—Dos pueden jugar a tu juego, Melissa. Si yo caigo, tú te vienes conmigo —arremete desde donde está desplomado y me agarra la muñeca.

—Suél — ta — me. —Intento liberar mi brazo. Tengo que buscar ayuda y tengo que hacerlo rápido.

—No vas a ninguna parte.

Su dolor debe estar debilitándolo porque consigo zafarme de su agarre y empujarlo. Ahora tengo la oportunidad de salir por la puerta *principal*.

Pero también está cerrada con llave.

Mis ojos van de la mesa al alféizar. Ha vaciado mis dos inhaladores. Ha cortado mi acceso a un teléfono y ahora ha escondido las llaves de ambas puertas. Quiere matarme, de eso estoy segura. *Tengo que alejarme de él.*

Con la espalda contra la pared, me inclino hacia delante, jadeando mientras intento coger algo de aire. El pánico lo está haciendo diez veces peor. Trato de respirar más lentamente, recordando las palabras de mi madre cuando era pequeña. *Eso es, Melissa. Respira profundamente, despacio, llena tu barriga de aire. Ahora suelta lentamente. Con calma y despacio. Cuenta hasta tres. Dentro — y — fuera. Todo va a salir bien.*

Reuniendo mis últimas reservas de fuerza, me yergo y golpeo la puerta con los puños. Cada golpe hace eco de la desesperación que me recorre. —Socorro. —Mi voz es apenas un susurro. Solo puedo rezar para que alguien pase por allí y me oiga aporrear.

De repente Justin me agarra por detrás, sus dedos clavándose en mis hombros.

—Déjame — buscar — ayuda. —Con una mano, intento arrancar sus dedos de mi brazo opuesto, pero su agarre es como una tenaza y no me suelta—. Suél — ta — me. —Doy una patada hacia atrás y él gime cuando mi pie conecta con su espinilla.

Milagrosamente, me suelta.

Consigo llegar al salón y mis dedos buscan a tientas una tabla de salvación mientras tiro de la pesada cortina.

—¡Ayudadme — por — favor! —Golpeo el cristal con la palma de mi mano—. ¡Socorro! —Nadie me va a oír. Miro hacia donde esa mujer ha pasado tres semanas mirando fijamente nuestra casa... ahora no se la ve por ninguna parte. Estoy perdida. A menos que deje que alguien sepa lo que está pasando aquí dentro, estoy completamente perdida.

Mientras tanto, Justin está a gatas detrás de mí, agarrándome las piernas de nuevo, al estilo placaje de rugby, de la misma manera que lo hizo cuando estábamos al pie de las escaleras.

Me fuerza contra el suelo e intento darle una patada, pero mis extremidades se sienten como plomo, sin energía. Siento que mi vía respiratoria está casi cerrada. Intento tragar algo de aire. *Respira hondo, expulsa el aire.* Es mamá otra vez. *Eso es. Intenta ralentizarlo. Cálmate, vas a estar bien.*

Está trepando encima de mí, sujetándome los brazos por encima de la cabeza. Su peso aplastante presiona mis caderas contra el suelo y siento como si estuviera exprimiendo el último oxígeno que me queda.

—No —mi palabra es apenas audible.

La mirada en sus ojos es salvaje. En cualquier momento sus manos se moverán hacia mi cuello y todo habrá terminado.

De repente grita y su peso se libera de mi pecho. Luego se aleja rodando, llevando sus rodillas al pecho y agarrándose la frente. —Aargh, mi cabeza —grita, moviéndose de un lado a otro—. Me está matando. ¿Qué me has hecho? No puedo ver nada.

—Necesito... ayuda... el... bebé —mi cabeza gira hacia un lado. Mi cara ahora está mirando la suya.

Mis labios probablemente están tan azules como los suyos. No vamos a salir de aquí. Ninguno de nosotros. Mi bebé... tengo que salvar a mi bebé. Si me quedo aquí tumbada un momento e intento encontrar algo de calma, quizás recupere la respiración. Puedo sobrevivir a esto. Sé que puedo. Tengo que hacerlo. Mis hijos. Me necesitan.

—La habitación está dando vueltas —Justin cierra los ojos—. Tú me has hecho esto. Todo es culpa tuya.

No voy a conseguirlo. Mamá tenía razón sobre mi asma... está a punto de quitarme la vida. Cierro los ojos. Casi no me quedan fuerzas para luchar. Las caras de mis hijos destellan ante mí, imágenes fugaces en la menguante luz de la consciencia.

Alguien está golpeando la ventana. *Gracias a Dios*. Quiero levantar el brazo, para que quien sea sepa que todavía estoy viva, pero cuando lo intento, no puedo moverme. Fuerzo mis ojos a abrirse de nuevo e intento enfocar. ¿Hay alguien mirando por el hueco que he dejado entre las cortinas? Estoy casi segura de que es la mujer del piso.

No creo haber tenido nunca un ataque de asma tan grave. Y siempre tuve a mi madre cuidándome mientras llegaba la ayuda. El saber que venía era tranquilizador en sí mismo. Mientras mis ojos se cierran, una visión de ella con su pelo rizado y pintalabios rosa aparece en mi mente. Oigo su voz. "Mantén la calma, Melissa. La ayuda está en camino".

En la brumosa danza entre la realidad y la nada, el buzón traquetea, un sonido discordante en mi desvaneciente consciencia. Una voz hace eco entre los jadeos de lo que posiblemente sean mis últimos alientos.

Pero no es la voz de mi madre.

—Melissa, soy Lynette... Lynette Rose. La ex-mujer de Justin.

¿Lynette? ¿*La Lynette*?

Debo estar alucinando. Después de todo, ¿por qué iba a estar *ella* aquí? Intento moverme de nuevo pero no puedo reunir fuerzas. Ni siquiera tengo energía para abrir los ojos.

—Te he visto a través de la ventana, Melissa. Hay una ambulancia en camino. Y la policía. Aguanta un poco más por mí.

¿Por mí?

—Solo quería ayudar, ¿sabes? Vigilarte. Conozco a Justin mejor que nadie. Todos queríamos ayudar pero no hemos podido acercarnos a ti. Mira... si puedes oírme, lo siento. De verdad lo siento. Mi mejor esfuerzo no fue ni de lejos suficiente.

El buzón se cierra de golpe. Mi pecho se siente como si fuera a explotar con el esfuerzo de intentar respirar una vez más. Cualquiera de estas podría ser mi última respiración.

No hay manera de que lleguen a tiempo.

SIN TÍTULO

Lynette

—VAMOS, vamos, vamos —voy de un lado a otro del camino y regreso de nuevo. Las sirenas brillan por su ausencia, dejando un vacío que amplifica el silencio.

Pego la cara a la ventana una vez más para ver si ha habido algún cambio. Por lo que puedo ver a través de la rendija de las cortinas, los dos están tumbados bastante cerca el uno del otro en el suelo. No tengo ni idea de qué ha pasado allí dentro para que *ambos* hayan acabado así, pero ninguno se mueve. Los dos parecen estar inconscientes, pero golpeo la ventana de nuevo, por si acaso.

—Melissa —grito—. Melissa, si puedes oírme, mueve el brazo.

Ni siquiera sé por qué he pedido eso. Debido a las cortinas, la habitación está en penumbra. Era prácticamente imposible determinar cualquier signo de vida cuando estaba al teléfono con los servicios de emergencia. O de muerte.

—¿Qué estás *haciendo*? —Diane sale de su coche y alcanza las bolsas de la compra del asiento del copiloto. Ha sido mi salvavidas durante años y en este momento, es una visión más reconfortante que nunca.

—Joder. Me alegro tanto de verte.

—¿Qué demonios estás mirando? —Frunciendo el ceño, deja las bolsas detrás de su verja y se apresura hacia mí, deteniéndose a la

distancia de dos metros a la que todos estamos tan acostumbrados.

—Ha ocurrido algo —ya no puedo contener las lágrimas—. Mira —señalo hacia la ventana.

Se coloca el pelo canoso detrás de una oreja y pega la cara al cristal—. Dios mío. ¿Está ella...? ¿Están...?

—No lo sé, no puedo entrar ahí —me paso el dorso de la mano por los ojos. Llorar no va a conseguir nada—. Todas las puertas y ventanas están cerradas. Sabíamos que podría acabar así, ¿verdad?

—Tendremos que entrar por la fuerza.

La delicada complexión de Diane es similar a la mía. Lanzar nuestro peso contra cualquier cosa difícilmente causaría mucho impacto. Las dos llevamos pantalones cortos hasta la rodilla y camisetas sin mangas, así que probablemente nos destrozaríamos las extremidades si intentáramos romper las ventanas. —Sabes tan bien como yo que estas casas son como Fort Knox una vez que están cerradas —le recuerdo.

—Entonces, ¿voy a por un martillo? —Antes incluso de terminar de hablar, ya se dirige hacia su casa.

Me muevo rápidamente hacia la puerta principal y me agacho ante el buzón de nuevo—. Melissa, ¿puedes oírme? —grito—. Si puedes, intenta hacer algún ruido para que sepa que estás bien.

Hago una pausa. Nada.

—Diane también está aquí ahora —continúo—. Vamos a intentar entrar.

—¿No crees que deberías dejárselo a la policía? —La vecina de enfrente se cruza de brazos mientras observa desde detrás de su verja. Sin duda habrá visto y oído tanto como yo durante las últimas tres semanas. Ha sido horrible estar tan cerca y a la vez tan lejos, ser impotente para intervenir.

—No, no lo creo. Si entramos ahora, ella podría tener una oportunidad.

Diane se precipita hacia mí con un martillo en la mano.

—Dámelo —extiendo la mano. De alguna manera, me parece mejor que sea yo quien rompa una ventana para entrar en la casa que solía ser mía.

—Rompe el cristal de la puerta —insiste Diane—. Puede que hayan dejado la llave puesta.

—Lo dudo —respondo—. Pero lo intentaré.

La ventana escarchada cede al cuarto intento y rompo los fragmentos restantes de vidrio alrededor del marco para facilitar el acceso cuando alcance la cerradura. Como sospechaba, no hay llave. Es muy posible que Justin haya movido las llaves para evitar que Melissa se marchara. Solía hacerme eso a mí. Tampoco la ventana es lo suficientemente grande para que pueda pasar a través de ella.

—Melissa, ya casi estamos dentro —grito hacia el pasillo—. ¿Puedes oírme?

Todo lo que puedo oír es el eco de mi propia voz rebotando desde el pasillo por el que solía entrar y salir cada día. No estaba preparada para esa familiaridad. Pero no puedo pensar en eso ahora.

—Voy a tener que intentarlo con la ventana del salón —le digo a Diane.

—¿Y si ya es *demasiado tarde*? —Cierra los ojos por un momento—. Oh, pobre muchacha. Y ese bebé. Habría sido el medio hermano o hermana de Cameron, ¿verdad?

—No digas *habría sido*. Eso implica...

—Lo sé. Lo siento —Mira de mí hacia la ventana.

—¿Qué está pasando? —interrumpe la voz curiosa de otro vecino desde detrás de mí.

—¿Podría apartarse, por favor?

Me toma dos golpes con el martillo romper el cristal de la parte inferior de la ventana. Pero tiene doble acristalamiento. Si consigo abrirme paso a través de él, podré entrar.

—Ten cuidado, Lynette, estás sangrando.

—No me importa. Solo tenemos que entrar hasta ella.

Continúo golpeando la ventana con el martillo, finalmente consigo romper el primer cristal por completo. Si puedo quitar algo de este vidrio, podré pasar a través del segundo cristal.

—¿Les dijiste lo grave que es? —pregunta Diane—. ¿Que uno o ambos podrían estar muertos?

—¿*Muertos*? —alguien jadea detrás de mí—. Dios mío.

—Oh, Dios mío, por fin.

Dos coches de policía aparecen chirriando en la esquina. Una tercera sirena aún resuena por este pueblo normalmente tranquilo. Con suerte, será una ambulancia.

Mientras media docena de agentes enmascarados saltan de sus vehículos y nos apartan del camino, empiezan a aparecer más vecinos a lo largo del sendero frente a nosotros.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —exige uno de los agentes mientras los otros se dirigen por el camino del jardín hacia la puerta principal.

—Yo estuve casada con ese hombre —comienzo, señalando la casa—. Justin Rose. Fue violento y controlador conmigo. Esa es su nueva esposa ahí dentro. Está tendida en el suelo, y él también. No tengo ni idea de lo que ha pasado.

—¿Y usted es?

—Lynette Rose. Siempre dije que llegaría a esto. Intenté advertíroslo. No sé cuántas denuncias he puesto.

—¿Dónde vive *usted*?

—En esos pisos, el número tres.

—¿Y usted? —se dirige a Diane.

—En la casa de al lado, el número nueve —señala en dirección a su casa.

—Si pudieran regresar a sus hogares mientras tratamos la situación. Pasaremos en breve para obtener más detalles.

Se apresura por el camino para unirse a sus colegas. Una energía ansiosa vibra en el aire mientras las figuras uniformadas se reúnen en la puerta.

Y yo no pienso ir a *ninguna parte*.

UNA FURGONETA policial se detiene detrás de los coches patrulla y de ella salen otros dos agentes, cada uno llevando un extremo de lo que parece un ariete, el tipo de cosa que solo he visto en la televisión.

—Por la presencia de toda esta gente, deduzco que ha ocurrido algo terrible —me dirijo a Monica, que es la última vecina en aparecer.

—Podría decirse que sí —digo, con una voz que roza la histeria.

—Puede que esté... muerta —añade Diane—. Y el bebé con ella.

—¿Quieres decir que...?

—Siempre supe que ocurriría algo así —murmura otra vecina mientras se une a nosotras. La reconozco del lado opuesto de la plaza—. Pero ella siempre iba a lo suyo, ¿verdad? En vez de pedir ayuda como debería haber hecho.

Asiento. Yo era igual que Melissa, sin pedir apoyo cuando estaba atrapada con él. Puedo entender por qué se quedó. La gente rara vez comprende cómo alguien puede permanecer en una relación tóxica. Hasta que ellos mismos están en una.

El abuso es encubierto al principio. Sabes que ha ocurrido y estás herida y desconcertada, pero te hacen creer que de alguna manera también es culpa tuya y te culpas a ti misma. Al mismo tiempo, el

abusador, buscando el perdón, vuelve a ser el hombre que conociste al principio y el ciclo comienza de nuevo. Hasta la próxima vez.

Te separan sistemáticamente de familia y amigos hasta que esta vida se convierte en tu normalidad y un día, descubres que estás en el suelo, junto con tu autoestima, y ya no puedes levantarte. Recuerdo las noches de lágrimas silenciosas y la fachada de normalidad que manteníamos en público.

Melissa también lo ha vivido.

No soy la única que ha oído los gritos de Justin y el llanto de Melissa dentro de esas cuatro paredes desde que comenzó el confinamiento. Se me ha roto el corazón por ella, ya que sabía mejor que nadie lo que probablemente estaría ocurriendo tras esas cortinas perpetuamente cerradas.

Y ahora, porque nadie, incluida yo, ha tenido el valor de hacer algo lo bastante drástico para intervenir adecuadamente, ella *realmente* podría estar muerta ahí dentro. Si ella y el bebé mueren, no sé cómo podré vivir con ello. Podría haber hecho más para protegerla, a pesar de mi propio miedo. *Debería* haber hecho más.

Una ambulancia dobla la esquina a continuación. Cuando sus sirenas se silencian, un profundo silencio envuelve la escena. Los agentes, con mascarillas ocultando sus expresiones, intercambian miradas, transmitiendo una comprensión compartida de la gravedad de la situación mientras se disponen a lo largo del sendero del jardín.

Miro de Monica a Diane. Estamos paradas a una distancia tan cercana que podríamos tocarnos, lo más cerca que he estado de alguien en semanas. Pero me preocuparé por eso más tarde. Por ahora, parece egoísta preocuparse por contagiarse del virus cuando Melissa y su bebé bien podrían haber muerto en mi antiguo hogar.

—Regresen a sus casas, por favor —las tres damos un respingo cuando la voz de uno de los agentes retumba en la calle.

Pero ninguna de nosotras se mueve. Ni nuestro pequeño grupo, ni los vecinos que se acercan sigilosamente desde sus respectivas verjas.

Otro agente grita algo, pero lo que sea que está diciendo queda ahogado por el ariete cuando este es lanzado repetidamente contra la puerta.

Mientras espero a que la fuercen, involuntariamente recuerdo cuando nos mudamos aquí como familia, cuando Justin me llevó en brazos a través de ese mismo umbral, a la casa donde íbamos a tener *otro* nuevo comienzo. Uno en el que iba a dejar de beber, recibir asesoramiento para su ira y mantener su nuevo trabajo.

Pero en cuestión de semanas, habíamos vuelto a donde empezamos, solo que las cosas eran aún peores que antes. Uno de mis mayores arrepentimientos es el abuso y la violencia que Cameron se vio obligado a presenciar durante años. Todo porque yo estaba tan hundida que no podía negarme a darle otra oportunidad. Luego otra. Y otra.

Pensé que no podía sobrevivir sin él cuando, en realidad, no podía sobrevivir *con* él.

Observo cómo golpean una y otra vez la puerta con el ariete. Me siento aún más impotente de lo que me he sentido todo este tiempo. Esto es horroroso.

Cada golpe contra la puerta sacude lo más profundo de mi alma. Si está muerta, es culpa mía; no actué con suficiente rapidez o contundencia.

Finalmente, la puerta se abre de golpe.

La policía se aparta para dejar entrar a los paramédicos.

Se enciende una luz detrás de las cortinas. Todo lo que podemos hacer es observar lo que en realidad no podemos ver.

Cada minuto se estira como una eternidad. Camino de un lado a otro, me siento en el muro, hablo con los otros vecinos. El aire está cargado de ansiedad compartida. Las manos se agitan, los puños se aprietan y los ojos se llenan de lágrimas. El consenso es el mismo. Deberíamos haber llamado a la policía mañana, tarde y noche hasta que lo arrestaran. Deberíamos haber llevado registros de sus gritos, de todos los golpes y estruendos, de Melissa chillándole de vuelta.

Deberíamos haberlo intentado con más fuerza.

DE REPENTE, mi atención se dirige hacia una mujer que se abre paso entre los vecinos que observan.

—Melissa. Dios mío. *Melissa*. ¿Qué ha pasado?

—Oh, Annie —Diane avanza hacia ella como si momentáneamente se olvidara de sí misma. Solo se detiene cuando la otra mujer levanta las manos en un gesto casi defensivo.

—Recuerda dónde trabajo —advierte—. No quiero contagiaros.

—Aún no sabemos qué ha pasado —dice Diane—. Pero ambos están inconscientes ahí dentro.

—Nooo. —Annie grita mientras corre por el camino—. ¿Qué demonios le ha hecho? —Su voz se quiebra con desesperación, haciendo eco de nuestro miedo colectivo. Llega hasta la puerta, pero rápidamente es rechazada por un par de agentes de policía que montan guardia fuera.

—Pero soy su amiga —grita—. Por favor, decidme qué está pasando.

Finalmente, después de protestar durante varios minutos, regresa hacia nosotros. —Debéis saber *algo*. —Mira de Diane a Monica y luego a mí.

—Ha estado luchando mucho ahí dentro —empiezo—. He intentado vigilarla desde el otro lado. —Señalo hacia el bloque de

pisos—. Pero solo puedes ayudar a alguien que esté dispuesto a dejarse ayudar.

—Tú debes de ser la nueva inquilina de Simon, ¿no? —Me mira con un aire de sospecha—. ¿La que vive en su antiguo piso?

—Así es. —Respiro hondo—. Y también soy la exmujer de Justin.

—¿Eres *Lynette*? —Su voz se eleva—. Pero... pero no entiendo. ¿Qué estás haciendo *tú aquí*?

—Lo mismo que todos los demás, supongo. Intentar ayudar.

—¿Por qué querrías vivir tan cerca de *Justin*? He oído...

—Estaba bastante desesperada —la interrumpo—. Íbamos a entrar en confinamiento y no tenía dónde quedarme. Y realmente me refiero a *ningún sitio*.

El fin de semana antes del confinamiento fue uno de los más duros que he vivido jamás. Solo llevaba tres meses en mi alquiler después de un período durmiendo en sofás ajenos. Ni siquiera era un alquiler en regla.

Como no habría tenido ninguna posibilidad de pasar una verificación de crédito para una agencia inmobiliaria después de todas las deudas que Justin había contraído a mi nombre, me vi obligada a contactar con lo que resultó ser un casero muy sospechoso a través de un anuncio en el tablón de la oficina de correos.

Pero entonces, solo cuatro días antes del anuncio del confinamiento, decidió alquilar el lugar a alguien que conocía. Alguien dispuesto a pagar mucho más que yo.

Podría haberme mantenido firme y negarme a moverme, pero él hizo amenazas veladas de hacerme la vida muy desagradable si no hacía lo que me pedía. Acabé decidiendo cortar por lo sano e irme. No podía vivir bajo el dominio de un hombre amenazante otra vez, de ninguna manera.

Aquel sábado por la noche, estaba ahogando mis penas en The Old Crown, deliberando qué demonios iba a hacer, cuando Simon me ofreció quedarme con su antiguo piso. Sí, estaba demasiado cerca de mi antiguo hogar, pero no tenía otra opción que aceptarlo.

Por supuesto, nunca pude escapar de la ironía de la proximidad mientras mi pasado me acechaba a pocas puertas de distancia.

Presenciar el drama de las últimas semanas ha reabierto viejas heridas, y la presencia de Annie como amiga de Melissa ahora añade otra capa de complejidad.

—Melissa nunca me dijo que te habías mudado. —Frunce el ceño como si no me creyera—. De hecho, me preguntó si sabía quién eras.

—Ella nunca supo que yo era la ex de Justin.

—Justin debió habérselo contado, ¿no?

Niego con la cabeza. —Difícilmente iba a decir: *mira Melissa, te presento a Lynette*. Él solo quería que yo desapareciera de allí.

—Simon nunca me dijo nada.

Me encojo de hombros. —Lo siento si mi presencia aquí te resulta impactante.

—No es eso... es solo que Simon... aunque, para ser honesta, apenas hemos tenido una conversación decente desde que empezó todo esto. He estado demasiado ocupada trabajando.

Una segunda ambulancia se detiene detrás de la primera y todos nos miramos entre nosotros.

—¿Qué demonios le ha hecho? —grita Annie—. *¿Qué narices ha pasado ahí dentro?*

—Es una buena señal, ¿no? Una segunda ambulancia, quiero decir —dice Diane, siempre la voz del optimismo—. Debe significar que *ambos* pueden salvarse. No enviarían dos ambulancias si no hubiera una posibilidad para ellos.

Annie y yo intercambiamos miradas. Puedo decir que ambas estamos pensando lo mismo sin decir una palabra. *No queremos que él se salve. De ninguna manera.*

—Todo saldrá a la luz muy pronto... lo que sea que haya ocurrido ahí dentro —dice Monica—. Dios mío, *mirad*.

Sigo su mirada hacia la puerta donde están sacando a Melissa en una camilla, flanqueada por agentes y paramédicos que llevan varias máquinas que están conectadas a ella. Una mascarilla de oxígeno le cubre la mayor parte de la cara y tiene sondas por todo su hinchado vientre.

—¿Va a estar bien? —Annie corre a su lado—. ¿Y el bebé?
—Puede llamar al hospital dentro de un par de horas —responde el paramédico—. La llevamos al Hospital Universitario de Yorkshire.
—Yo trabajo allí —exclama Annie—. ¿No puedo ir con ella?
—Lo siento. Debe conocer nuestros protocolos actuales. Déjenos estabilizarla y después...
—Pero soy enfermera de cuidados intensivos. Yo...
—Lo siento. Tenemos que llevarla al hospital y puede llamar cuando lleguemos allí.

Observamos cómo la suben a la parte trasera de la ambulancia. Annie se derrumba contra el muro, con lágrimas corriendo por su rostro. —He sido una amiga inútil —solloza—. Sabía por lo que estaba pasando, pero he estado tan absorta en el trabajo y...

—Basta. —Diane se sienta cerca de ella en el muro. Me sorprende que ninguno de los agentes les diga que se alejen la una de la otra, pero supongo que tienen cosas más importantes de las que preocuparse.

—Has estado haciendo un trabajo vital en ese hospital. Melissa me dijo por encima de la valla lo orgullosa que estaba de ti.

—¿De verdad? —Annie se limpia las lágrimas.

Diane asiente. —No podemos seguir culpándonos todos así. La realidad es que ella *podría* haberle dejado si *realmente* hubiera querido.

—*Algo* la mantenía allí. —Annie se seca los ojos con la manga—. Sin embargo, nunca pude entender *qué* era.

—Tal vez ella veía otro lado de él —dice Monica mientras volvemos la mirada hacia la repentina actividad en la puerta—. Nadie es completamente malo, ¿verdad? ¿Cómo es ese dicho, *hasta un villano ama a su madre*?

Están sacando a Justin. Me decepciona ver que también está todo conectado y en una camilla, en lugar de en una bolsa para cadáveres.

Aunque no parece estar en buena forma. Está vestido con un batín manchado de vómito y detrás de la mascarilla de oxígeno, su cara está gris.

Puede que una vez estuviera frente a este hombre en el altar y que hayamos traído un hijo al mundo juntos; sin embargo, no podría sentirme más decepcionada de lo que estoy al ver que todavía tiene una oportunidad de sobrevivir.

Realmente espero que no lo consiga.

ES CIERTAMENTE útil conocer a alguien que trabaja en cuidados intensivos. Sin mi nueva lealtad hacia Annie, no estaría con bata, mascarilla y actualmente dirigiéndome a la cabecera de la cama de mi ex marido. Ni en un millón de años.

El olor a antiséptico asalta mis fosas nasales, mezclándose con un inquietante aroma a miedo que flota en el aire. Me pregunto cuántos pacientes en esta planta han sido ingresados con el virus.

Como no tienen ni idea de qué ha causado su reacción tóxica, Justin está solo en una habitación individual y, por suerte, Annie es la enfermera de guardia y encargada de su cuidado hoy.

Mientras me detengo en la puerta, mis ojos se encuentran con los de mi ex suegra por encima de su mascarilla. Annie dice que Judith ha estado sentada con él toda la noche. Ha pedido que me permitan entrar para que ella pueda ir a casa a comer algo y ducharse.

Respirando hondo, entro en la habitación tenuemente iluminada y me dirijo a la silla del lado opuesto de la cama. Al sentarme, no puedo apartar la mirada de Justin. Todo lo que siempre he conocido es a un hombre de un metro ochenta y siete, de hombros anchos y corpulento, pero aquí, parece casi encogido dentro de esa cama. Su piel no ha recuperado nada de su color anterior y Annie me dice que no ha recobrado la consciencia desde que lo trajeron hace más de

veinticuatro horas. Me ha asegurado que las perspectivas no parecen muy prometedoras por el momento.

Sin embargo, es difícil no sentirse culpable cuando miro a Judith. Nuestros ojos se encuentran de nuevo – los míos, secos como un hueso – los suyos, brillantes por las lágrimas.

—Gracias por venir —dice ella, con la voz amortiguada bajo su mascarilla—. No sabía a quién más acudir.

Quiero decirle *que es porque no hay nadie más*, pero en su lugar, digo: —Sal de aquí y tómate un descanso.

Haría cualquier cosa por Judith. Ha sido buena conmigo y con Cameron.

—Me siento tan culpable —dice—. Esta es la *primera* vez que lo veo desde que vosotros dos os separasteis.

—Hiciste lo que creías correcto en ese momento. —A menudo he luchado con el escenario hipotético de que Cameron se convirtiera en un borracho violento, preguntándome si yo respondería como lo hizo Judith. *¿Le daría la espalda?* Cameron ha estado bebiendo cada vez más desde que comenzó la universidad, pero nunca puedo imaginarlo siendo agresivo y abusivo. Con suerte, mis genes han prevalecido sobre los de su padre.

Mi mirada vuelve a Justin y todas las máquinas y cables que lo rodean.

—¿Qué han dicho? ¿Es probable que salga de esta? —Hago un débil intento de cargar algo que suene a preocupación en mi voz.

—Aún es demasiado pronto para decirlo. Parece algún tipo de envenenamiento tóxico, pero todavía no saben qué lo ha causado o cuán grave es. Siguen haciendo pruebas.

Tiemblo. Hace fresco aquí después de cambiar del calor de fuera.

—Entonces, ¿no podría habérselo provocado él mismo con un consumo excesivo de alcohol?

—Es posible. Pero simplemente no lo saben. Todavía no. —Ella sigue mi mirada hacia él—. Pero sin importar qué, sigue siendo mi hijo. —Le coge la mano. No sé si se supone que debe hacerlo, con lo del virus, pero no hay nadie cerca para impedirselo.

—¿Entiendes eso, Lynette? —Continúa—. No importa lo mal que se haya comportado, siempre será mi hijo. —Me mira con ojos

llorosos—. A veces se necesita algo así para darse cuenta de que *realmente* amas a alguien, ¿verdad?

Asiento lentamente y aparto la mirada. Probablemente no debería estar aquí, pero no pude mantenerme alejada.

—¿Hay alguna noticia más sobre Melissa?

—Sigue en coma inducido —respondo—. Mientras evalúan el daño que podría haber causado la falta de oxígeno. —Estoy a punto de contarle sobre los dos inhaladores vacíos y desechados que le mencionaron a Annie; uno de ellos estaba hecho añicos después de, presumiblemente, haber sido pisoteado.

La policía también le insinuó a Annie que si Justin *logra* recuperarse de esto, estarán listos y esperando para hablar con él. Judith no sabe *nada* de esto todavía —*yo* ni siquiera debería saberlo. Pero sin duda se enterará tarde o temprano. Por ahora, sin embargo, viendo el estado en que se encuentra, solo necesita irse a casa y descansar; parece agotada.

—Por lo que me dijo esa enfermera antes. —Señalo hacia la puerta donde Annie está ahora sentada afuera. Su escritorio está ubicado entre esta habitación y la siguiente, con una pantalla a cada lado. Cruzo miradas con ella a través del cristal y me ofrece una leve sonrisa—. Van a intentar empezar a despertar a Melissa mañana. —Levanto las manos al aire y cruzo los dedos.

—Todo eso suena esperanzador. —Vuelve su atención a su hijo como si deseara la misma promesa para él.

—Todavía no saben si podría haber algún daño cerebral —digo—. Nadie sabe cuán gravemente se vio privada de oxígeno. *Y todo es por tu culpa*, digo silenciosamente en mi cabeza mientras observo el subir y bajar del pecho de Justin.

—Ahora todo está en manos de Dios. —Judith sorbe por la nariz y levanta la mirada al techo. Luego la baja de nuevo hacia mí y dice —: Me iré entonces, si te parece bien. Me mantendrás informada si hay algún cambio con Justin, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haré, tengo mi teléfono. —Doy unos golpecitos a mi bata donde cubre mi bolsillo.

—Te lo agradezco mucho, ¿sabes? Después de todo lo que...

—Es por *ti* que estoy aquí, Judith. *Solo* por ti. Siempre has intentado hacer lo mejor por Cameron y por mí, lo sé.

Una lágrima solitaria escapa de sus ojos, trazando un camino silencioso por su mejilla. —Gracias, cariño. Mira, sé cómo se portaba contigo, pero ¿hablarás con él mientras yo no esté, verdad?

—¿Hablar con *quién*? ¿A qué te refieres?

Hace un gesto hacia Justin. —La enfermera de turno más temprano dice que definitivamente puede oírnos. Sé que todo salió terriblemente mal entre vosotros, pero *lo amaste* una vez. Seguro que eso debe contar para algo.

Su voz se eleva al final de su frase como si acabara de hacer una pregunta en lugar de haber hecho una afirmación. —Como te dije, Judith, estoy aquí por *ti*, para darte un descanso, eso es todo. Sé que no hay nadie más a quien puedas pedírselo.

—Solo quiero que sepa que no está solo, eso es todo. —Su voz adquiere un tono suplicante.

—Vale, Judith. Hablaré con él.

—Bien, *ahora sí* me voy. —Le echa una larga mirada a Justin cuando llega a la puerta, como si estuviera absorbiendo cada detalle de él. Sé lo que podría estar pasando por su mente. *¿Podría ser esta la última vez que vea a mi hijo con vida?*

La puerta se cierra silenciosamente tras ella.

ESPERO unos momentos hasta que sus pasos se desvanecen por el pasillo.

—Así que, Justin. Parece que puedes oírme —mi voz suena extraña, casi estrangulada en los intervalos entre los pitidos de las máquinas.

Una oleada de amargura inunda mis sentidos, sorprendiéndome por su intensidad.

Levanto la mirada para ver qué está haciendo Annie; no quiero que me vea *hablando* con él. Pero parece absorta en su llamada telefónica. Una de sus compañeras está sentada en otro escritorio más adelante en el pasillo, también frente a dos monitores, evidentemente controlando a sus propios dos pacientes.

Vuelvo a centrar mi atención en Justin, el hombre que me aterrizó durante años, ahora tan frágil y vulnerable en su cama de hospital. —No aprendiste después de que nos separamos, ¿verdad? No aprendiste *nada*.

La sinfonía rítmica de las máquinas resuena por la habitación, un pitido y zumbido constante que puntúa el pesado silencio. Me pregunto qué pasaría si desconectara una de ellas. Después de todo, lo último que quiero es que se recupere. Que pueda manipular a Melissa para tener otra oportunidad si ella también se recupera.

Si ambos salen de esta, seguramente Justin será condenado, pero como mucho, lo encontrarían culpable de intento de asesinato, o incluso solo de homicidio involuntario en grado de tentativa, si tiene un buen abogado. Incluso si Melissa muere, la cadena perpetua ya no significa cadena perpetua.

Podría salir de prisión en pocos años, libre para clavar sus garras en otra mujer desprevenida. Libre para cumplir todas las amenazas que nos ha hecho a Cameron y a mí.

—No te conformaste —continúo— con cómo me trataste, ¿verdad? Después de todas las narices rotas, labios hinchados y moratones que me regalaste, tuviste que seguir adelante y cometer todos tus viejos errores otra vez, ¿no?

Bajo el borde inferior de su mascarilla, su mandíbula cuelga floja. Juraría que le veo temblar, pero posiblemente sea mi imaginación. Estaría haciendo algo más que temblar si supiera de lo que *realmente* soy capaz.

—Y encima con alguien embarazada de tu hijo —me inclino más hacia él—. Te he visto, Justin; te he estado observando durante semanas. Te he visto inmovilizándola contra el suelo, sentado a horcajadas sobre ella, gritándole en la cara. Te he visto sujetándola por el cuello contra una pared. He escuchado todos tus gritos, un sonido que pensé que nunca tendría que volver a oír. Y por si eso no fuera lo bastante horrible, creíste que podías venir a *mi* puerta, lanzando tus asquerosas amenazas contra mí... otra vez.

Ahora estoy lanzada. —*Espero* que puedas oírme, Justin. Espero que mi voz sea lo último que escuches jamás. Eres un cabrón malvado; no mereces tener a tu madre sentada junto a ti, ni un hijo que sigue tan afectado por ti. Y desde luego no mereces jugar a ser *papá* otra vez.

Mi voz se siente cálida dentro de mi mascarilla mientras sigo hirviendo de rabia contenida. La última vez que estuve en un hospital fue para que me pusieran puntos hace varios años. Me había apartado de un empujón como si fuera un trozo de basura cuando una vez intenté evitar que fuera al pub porque era el cumpleaños de Cameron.

Me había golpeado de cabeza contra el poste de la verja y me vi obligada a pedirle a Diane que vigilara a Cameron, que acabó solo en su cumpleaños. Al menos Justin había sido encerrado y estaba fuera de circulación de forma segura.

Sufrí una conmoción cerebral y tuve que quedarme en el hospital toda la noche en observación. No me sentía con fuerzas para presentar cargos en aquel momento, incluso cuando el policía que vino a verme dijo que, basándose en las declaraciones de los testigos, podían hacer un juicio sin la víctima.

Sin embargo, todo quedó en nada, aparte de que Justin se portó especialmente bien conmigo durante un par de semanas hasta que su ciclo de acumulación hasta la explosión comenzó de nuevo. Nunca he oído hablar de un hombre con un ciclo mensual, pero Justin lo tenía.

El día uno era el día de la erupción, cuando provocaba una violenta discusión; luego pasaba los días dos a cuatro de manera similar, generalmente fuera de casa, bebiendo. Cada vez que volvía a casa era aterrador, y esos eran los momentos en que intentaba mantenernos a Cameron y a mí fuera de su camino tanto como podía.

Justin pasaba entonces los días cinco y seis en un estado de autocompasión y desintoxicación, preocupado por el daño que podría estar haciéndose a sí mismo.

A esto le seguían varios días en los que comía bien, bebía mucha agua y consumía alcohol con más moderación. Y escuchaba todas sus promesas vacías sobre cómo planeaba cambiar y cómo todo sería diferente.

Entonces su consumo de alcohol volvía a aumentar, su estado de ánimo se deterioraba y nos precipitábamos hacia la explosión del día uno una vez más.

—Cameron sabe dónde estás, ¿sabes? Pero ha elegido mantenerse alejado de ti. ¿Cuántos hijos harían eso, eh? Eso demuestra el padre tan espantoso que has sido para él.

Hago una pausa por un momento, mis pensamientos retumban en el silencio. Creo que seguiré hablando para poder ahogarlos.

—De todos modos, estás hecho de una pasta dura, ¿verdad? —Si *puede* oírme, probablemente le gustará este comentario.

—Siempre presumiste de que tu tolerancia al alcohol era como la de nadie más.

Vuelvo a comprobar dónde está Annie antes de decir lo que tengo que decir a continuación.

ANNIE SIGUE DISTRAÍDA AHÍ FUERA. Nadie nos observa ni nos escucha, solo estamos Justin y yo. Puedo decir lo que quiera.

—No puedo creer cuánto alcohol eras capaz de soportar, sinceramente... debería habernos llevado solo un día o dos arreglarte.

Juro que vuelvo a verle un espasmo. Como debe ser.

—Pero casi lo conseguimos al final, ¿verdad? Y con suerte, aún lo haremos. Potente, ese metanol.

No estaba imaginando cosas cuando vi moverse su dedo. Definitivamente está pasando algo. Una de sus piernas se sacude, luego la otra. Y otra vez. Después los brazos. Una y otra vez. El miedo, o quizás la excitación, me oprime el pecho. Todo su cuerpo está convulsionando —está teniendo algún tipo de ataque.

Observo durante unos instantes antes de recorrer con la mirada las pantallas del equipo, como si tuviera la más mínima posibilidad de averiguar qué está ocurriendo aquí.

Finalmente, uno de los monitores emite un fuerte pitido. Me levanto de un salto y corro hacia la puerta, aunque solo sea por guardar las apariencias. Annie sigue al teléfono y no hay rastro de la otra enfermera. Le hago señas. Dice algo al teléfono, lo deja boca abajo y mira alrededor antes de correr hacia mí.

—¿Está teniendo un ataque? —Echo un vistazo hacia él mientras ella me adelanta en la puerta. *Oh, si pudieras verte ahora, Justin, retorciéndote bajo la sábana.*

—Ciertamente eso parece —enciende el interruptor de la luz superior y se precipita hacia su cama.

—¿Qué está pasando?

—Parece un fallo renal —dice mientras pulsa un botón que silencia la alarma—. Es común después de cierto grado de toxicidad en el sistema.

Examina otra máquina antes de volver corriendo a la puerta y suspender la mano sobre un botón de alarma.

Pero entonces se detiene y lentamente baja la mano de nuevo hacia su costado.

—¿Qué estás haciendo? —Estoy lo más lejos posible de Justin, con la espalda contra la pared. Le sale espuma por la boca y sus extremidades se mueven en todas direcciones.

—Está gravemente enfermo —responde, con un tono que lleva el más leve rastro de pánico—. Y probablemente morirá sin importar lo que haga.

—¿Probablemente?

Asiente con la cabeza. —Pero si me retraso un momento o dos antes de pulsar ese botón para pedir ayuda, podemos cambiar *probablemente* morirá por *seguro* morirá.

Dios mío. Está en la misma página que yo. *Lo sabía.* —¿Cuánto tardará? —Mi voz es casi un susurro.

—No lo sé —Sus ojos están abiertos y aterrorizados por encima de la mascarilla. Ojalá hubiera tenido una amiga como ella cuando estaba atrapada con él.

Estoy dividida entre mi impulso de salir de la habitación y las ganas de quedarme a ver sufrir al cabrón como ha hecho sufrir a Cameron y a mí durante años. El mundo será un lugar mejor sin él, eso es seguro, y nunca podrá abusar de otra mujer.

—Mierda, Laura ha vuelto a su puesto. Tendré que hacerlo —Annie levanta el brazo, todavía dudando, pero luego pulsa el botón con decisión.

En cuestión de segundos, su colega corre hacia la puerta, seguida de un hombre también con uniforme médico. Veo un destello de su identificación cuando pasa a mi lado, *Doctor Carl Baines*.

—Si pudiera esperar fuera, por favor —debe de estar hablándome a mí, aunque apenas me mira. Está demasiado ocupado precipitándose hacia Justin mientras este se agita en su macabra danza, aunque con un poco menos de vigor que hace uno o dos minutos.

—¿Qué tenemos aquí?

Me deslizo fuera de la habitación, todavía con la mirada fija en el hombre que ha infligido tanto dolor en mi vida. Cuando la puerta se cierra tras de mí, ya no puedo oír lo que están diciendo, pero puedo verlos revoloteando alrededor de Justin como moscas, hasta que, como si el doctor Carl Baines percibiera mi mórbida curiosidad, se dirige a la ventana y gira las persianas hasta dejarme fuera.

Me apoyo contra la pared, con la mente dando vueltas. Considero dirigirme a la puerta marcada como *sala familiar*, aunque ya no soy exactamente *familia*. La familia no hace lo que yo he hecho.

Un artículo periodístico sobre intoxicación por metanol plantó la semilla de mi plan de acción hace varios años. Pero permití que permaneciera latente. Hasta que noté que Simon dejaba botellas de cerveza en varios de los portales alrededor de la plaza cada mañana, siendo uno de ellos el de Justin. Fue entonces cuando la semilla comenzó a germinar.

Después de que Justin amenazara con prender fuego a mi piso, la palabra *metanol* volvió a aparecer en mi cabeza. Me conecté a internet y aprendí sobre dos de las cualidades más atractivas de este químico. La primera era su fácil disponibilidad, la otra el hecho de que es indistinguible de otras formas de alcohol. Cualquier metanol en su sistema simplemente parecería una intoxicación alcohólica, por lo que sería improbable que se sospechara de un asesinato.

Observé a Simon durante un par de días antes de tomar la decisión final de ejecutar el plan de salida de Justin.

Cruzando sigilosamente la calle con mi jeringa llena de metanol cada día, además dejaba algo como una barra de pan o un litro de leche para tener una coartada. Simplemente parecería que estaba siendo una buena vecina.

Me temblaba la mano mientras desenroscaba los tapones de las botellas para administrar mi pequeño aditivo, y siempre estaba preparada para huir si escuchaba pasos por el pasillo o veía una silueta detrás del cristal esmerilado.

Durante mi investigación, había aprendido que tan solo entre diez y quince mililitros de metanol pueden ser más que suficientes para acabar con un adulto en uno o dos días y, como se está demostrando actualmente, no es precisamente una forma agradable de morir.

Justin ha tomado fácilmente el *triple* de esa cantidad durante los últimos dos o tres días. Simon ha estado dejando dos botellas de cerveza cada mañana y yo he ido religiosamente a añadir cinco mililitros a cada una.

Nadie sabe lo que he hecho, aparte de, obviamente, el propio Justin ahora. Yo *quería* que lo supiera —le prometí cuando nos separamos que yo tendría la última risa. Puede llevarse este conocimiento adonde sea que vaya a parar.

Cualquier hombre que amenaza con incendiar mi casa conmigo dentro, y es capaz de vaciar los inhaladores de su esposa embarazada cuando los necesita, no merece menos de lo que ha recibido. Pero fue la amenaza que le hizo a Cameron sobre presentarse en su universidad y *obligarle* a escuchar lo que tenía que decir lo que más me afectó.

Camino de un lado a otro fuera de la habitación, finalmente deslizándome por la pared hasta sentarme en el suelo. El hedor a antiséptico me está revolviendo el estómago. ¿O es el hedor a muerte? ¿Cuánto tiempo trabajarán para salvarlo? ¿Qué hará falta para que decidan rendirse?

Quiero irrumpir allí y decir: *dejadlo morir, se merece pudrirse en el infierno.*

No sé cuánto tiempo pasa mientras permanezco derrumbada. Finalmente, la puerta se abre. Desorientada, me tambaleo hasta ponerme de pie. Es Annie. Me alivia que sea ella quien viene a comunicar las noticias, sean cuales sean.

—¿Qué está pasando? ¿Está...? —En este momento quiero que esté muerto y no quiero que esté muerto, todo al mismo tiempo. Lo que he hecho es colosal y, técnicamente, si Justin está muerto, eso me convierte en una asesina. Independientemente de lo que haya hecho en el pasado, es un título que se aferrará a mí.

Ella baja la mirada hacia el reluciente suelo blanco antes de alzar los ojos hacia mi rostro. —¿Vamos? —Señala hacia la sala familiar. Obviamente tiene algo que decirme y considera que necesito estar sentada.

Sentadas en la sobria habitación, cuya estética clínica solo se suaviza por un cuadro de flores colgado en la pared, Annie y yo nos enfrentamos desde los impersonales sofás de plástico. Se quita la mascarilla, mostrando unas mejillas sonrosadas y un semblante sombrío tras ella.

Después de un momento agonizante, finalmente dice las palabras que estaba esperando.

—Está muerto —Su voz es plana y directa—. Ya no puede hacerle más daño a ella.

Ni a nosotras, quiero añadir, pero me contengo. En el esquema general, me haría sonar egoísta. Incluso podría atraer más atención sobre mí respecto a la investigación policial. Lo último que quiero es invitar a cualquier interés no deseado. He usado el modo incógnito al realizar mis búsquedas, pero aun así, probablemente tengan formas de sortear eso y descubrir *todo* lo que he consultado. Necesito decir lo menos posible, dejar que cierren el caso y luego puedo deslizarme hacia el anonimato y seguir adelante con mi propia vida.

Annie se quita el gorro y suelta su apretado moño para que el pelo caiga sobre sus hombros. —Me está matando la cabeza —dice—. No he estado durmiendo mucho.

Me recuesto en la silla y dejo escapar un largo suspiro. —Bueno, no puedo decir que sienta que se haya ido. —Eso es quedarse corta.

—Yo tampoco. —Me mira con ojos serios. Normalmente, cuando comunica noticias de muerte en esta sala, apuesto a que es más difícil que conmigo—. Sobre lo que pasó antes...

—No tenemos que hablar de ello. —La miro, esperando que mis ojos transmitan mi sinceridad—. Queda entre nosotras; tienes mi palabra. Solo quedará entre nosotras.

El aire entre Annie y yo está cargado. Las frases quedan suspendidas, llenas de un peso no expresado. —Probablemente habría muerto incluso sin mi retraso —confiesa, sus palabras resonando en la habitación. Cierra los ojos—. Después de lo que hizo...

—Está bien, me alegro de que hicieras lo que hiciste... *nunca* debes sentirte mal por ello, ¿me oyes?

Ella frunce los labios de un lado a otro, mostrando una expresión que sugiere que va a tener dificultades con lo que ha hecho. Estoy a punto de confesar lo que le puso en el hospital en primer lugar, aunque solo sea para aliviar *su* conciencia.

Pero rápidamente decido que es una idea terrible.

Si voy a seguir con mi vida, necesito dejar el capítulo de Justin bien atrás. Nadie puede saberlo... nadie puede *jamás* saberlo. Cameron puede proclamar que odia al hombre, pero al final del día

sigue siendo su padre. Así que no, es un secreto que tendré que llevarme a mi propia tumba.

Una imagen del rostro enfadado de Cameron aparece en mi mente. Estaba furioso cuando se enteró de su bebé en Nochebuena. Si Justin hubiera sido un padre medianamente decente con él, podría haber sido una historia diferente. En cambio, tuvo una infancia anticipando el humor de su padre cada vez que regresaba del pub, además de sufrir su indiferencia cada vez que intentaba llamar su atención.

Luego, cuando las cosas se deterioraron en su adolescencia y él intervino en más de una ocasión para defenderme, se desató el infierno. Nunca olvidaré la noche en que llegaron a las manos y me vi obligada a llamar a la policía. Nos marchamos poco después. Deberíamos habernos ido mucho, mucho antes, como Cameron a menudo me reprocha no haber hecho. Pero yo estaba tan atrapada como parece haber acabado Melissa, con mi autoestima por los suelos y sin los medios económicos para empezar de nuevo.

Cameron siempre ha estado furioso porque Justin tuvo una segunda oportunidad en el matrimonio, especialmente desde que supimos que Melissa parecía no ver sus defectos ni creer nada de lo que los vecinos le habían contado sobre cómo nos había tratado *a nosotros*. Con suerte, ella tendrá la oportunidad de admitir que estaba equivocada.

—¿Puedo estar contigo cuando le des la noticia a Melissa? Quiero que sepa quién soy.

—Que estés allí podría ser demasiado para ella cuando se lo cuenten por primera vez —la voz de Annie se suaviza, como si estuviera aliviada de haberse alejado del tema de *lo que hizo*. O al menos, de lo que ella cree que hizo.

Odiaría que arrastrara el peso de la culpa durante el resto de su vida. Tal vez, si puedo vigilarla y seguimos hablando, podré convencerla de que hizo lo correcto. O quizás sea mejor si nunca más nos volvemos a ver después de que salga del piso.

—Significaría mucho para mí —mi voz también es suave. En el fondo de mi corazón, sé que ver a Melissa me ayudará a cerrar el círculo de lo que le he hecho a Justin. Es algo que debe suceder lo antes posible; una vez que el remordimiento comience a roerme, estaré perdida.

—Tendré que averiguar si es lo que *ella* quiere. Y dependerá de cómo esté después de que la despertemos. Le llevará uno o dos días recuperarse por completo.

—Estuvimos casadas con el mismo monstruo —continúo—. Podremos apoyarnos mutuamente, al menos al principio.

—Te diré qué —la expresión de Annie se relaja—. Me mantendré en contacto contigo sobre el progreso de Melissa y ya veremos. Siempre que ella esté bien, creo que no le importará verte.

—De acuerdo —le sonrío. Todavía hay obstáculos que superar, pero me siento más libre de lo que me he sentido en mucho tiempo—. Mientras tanto, será mejor que le cuente a mi hijo lo que le ha pasado a Justin.

—¿Me pongo en contacto con la madre de Justin? —Annie se recoge el pelo en su coletero y vuelve a ponerse el gorro. Claramente, es hora de volver a los asuntos prácticos.

—Lo haré yo —cierro los ojos mientras imagino el rostro triste de mi ex suegra—. Será mejor que venga de mí.

CAMBIO el aire fresco del Hospital de Yorkshire por el calor del día de abril. El sol, que proyecta un cálido resplandor sobre los terrenos del hospital, evoca una esperanza que me ha eludido durante años. Hoy, con Justin fuera de escena, la posibilidad de encontrar placer en el simple calor de la luz del sol comienza a agitarse dentro de mí.

Saco el móvil de mi bolsillo y me apoyo contra la pared. Me gustaría sentarme en uno de los bancos bajo el sol, pero todos están cubiertos con cintas de "prohibido el paso". No puedo esperar a que la vida vuelva a la normalidad; estas últimas semanas han sido las más largas que he conocido. Especialmente viviendo tan cerca de Justin y Melissa.

Tengo dos mensajes, uno de Monica y otro de Cameron. Pero antes de atenderlos, necesito llamar a Judith.

Contesta al segundo tono.

—¡Dios mío, menos mal que eres tú! —dice—. Por un momento terrible pensé que sería el hospital.

Dudo. Puede que odiara a Justin con todas mis fuerzas, pero aun así estoy a punto de decirle a una madre que su hijo ha muerto. Su único hijo. —Ellos *iban* a llamarte, pero les pedí que me dejaran hacerlo a mí. No te habré despertado, ¿verdad? —Como si *despertarse* importara en estas circunstancias.

—No estaba durmiendo. Mi cerebro no se apaga por más que lo intente. ¿Cómo está Justin?

La esperanzada anticipación en su voz me hace llorar. Sí, he eliminado a un individuo verdaderamente horrible de este mundo, pero aun así le he robado un hijo a una madre.

—Háblame, Lynette. Me estás asustando.

—Lamento mucho tener que decirte esto, pero...

—*No*. —Su voz se quiebra—. Por favor, no lo digas. Va a estar bien, lo sé. La enfermera esta mañana dijo que su cuerpo solo necesitaba descansar y recuperarse.

Oh, va a descansar, desde luego.

—Lo siento mucho, Judith.

—No, no, no. —Puedo imaginarla meciéndose hacia delante y hacia atrás en su encantador dormitorio. Tiene una casa tan bonita, una en la que ha seguido haciéndome sentir bienvenida, incluso desde que Justin y yo nos separamos.

—Ha muerto hace media hora. —Casi digo *ha fallecido*, pero suena demasiado suave. Una visión de él convulsionando en su cama vuelve a mi mente. Intento parpadear para alejarla, pero lo único que la reemplaza es una nueva imagen de él tumbado en una camilla en la morgue esperando ser diseccionado. Apuesto a que ya lo han trasladado allí. Están tan desesperados por conseguir camas en la unidad de cuidados intensivos que es poco probable que lo hayan dejado mucho tiempo en esa habitación individual.

—Hace media hora —repite.

—El hospital iba a llamarte inmediatamente, pero pensé que la noticia sería mejor si venía de mí.

—Dios mío... Dios mío. Mi niño... mi pobre niño. —Ahora está llorando—. Nunca debería haberlo dejado. Supe que estaba cometiendo un error en el momento en que salí de esa habitación.

—No habría marcado ninguna diferencia, en serio, no la habría marcado.

—No puedes decir eso. Dios mío. —Su voz es un suave lamento—. He sido una madre terrible para él. Sé que lo que te hizo estuvo mal, pero sigo siendo su *madre*. Nunca debería haberlo apartado como lo hice.

—Hiciste lo que creías correcto en ese momento.

Podría pasar todo el día intentando consolarla diciendo lo correcto, pero tengo otros asuntos que enfrentar. Hasta que se realice la autopsia, no sabré si puedo relajarme o no.

—No sé qué hacer —llora.

—Lo siento mucho, Judith —repito. Me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas, deseando poder hacer más para aliviar el dolor que acabo de desatar. ¿Hice bien al dar la noticia yo misma? El peso de ello oprime mi pecho.

—Desearía que dejaras de decir que lo sientes —espeta—. Oh, mira, ahora *yo lo* siento. Es solo que... lo que ha pasado difícilmente es *tu* culpa.

Permanezco en silencio mientras ella hace una pausa.

—Hiciste lo que pudiste, Lynette. Eres la *última* persona de la que habría esperado que se sentara junto a su cama en sus últimos momentos, incluso si *solo* estabas allí para apoyarme.

—¿Hay alguien que pueda estar contigo? No deberías estar sola en un momento como este. Me ofrecería yo misma, pero voy a tener que ponerme en contacto con Cameron.

—Por supuesto. Hazme saber cómo va, ¿de acuerdo? —Su voz suena casi normal de nuevo por un momento.

—Lo haré.

—Dile que estoy aquí si me necesita para cualquier cosa. Quién sabe cómo va a tomar el pobre chico la noticia de que su padre ha muerto.

Puede que sea el dolor lo que cause el lapsus de memoria de Judith, pero parece haber olvidado que la relación entre Justin y Cameron estaba llena de odio y era inexistente. Espero que no vaya a elevar de repente a Justin a algún tipo de pedestal e intente imponer recuerdos de él a Cameron cada vez que se encuentren en el futuro.

—Cuelga el teléfono y ocúpate de Cameron —dice—. Puedo hablar con Millie, la de al lado, por encima de la valla si lo necesito. Ella estará ahí para mí.

—¿Estarás bien?

—Tendré que estarlo. —Sorbe por la nariz.

—Te llamaré más tarde, Judith. Cuídate.

Inhalo entrecortadamente mientras termino la llamada y luego abro mis mensajes.

EL PRIMERO ES DE MONICA.

¿Hay alguna noticia? Diane y yo hemos intentado llamar al hospital, pero no quieren decirnos nada.

Reflexiono por un momento. ¿Debería comunicarse la noticia de que alguien ha muerto por mensaje de texto? Sí, en este caso debería. No puedo confiar en que mi cara no me delate. No hasta que lo haya procesado todo y haya asimilado lo ocurrido.

Ha fallecido hace media hora. Yo estaba en la habitación cuando ocurrió.

Dios mío, no puedo creer que esté muerto. Sé que no tenía buen aspecto, pero pensaba que sobreviviría. ¿TÚ estás bien?

Un poco conmocionada por todo, pero sí, estoy bien.

La policía ha vuelto a pasar, querían saber dónde estabas.

¿Por qué? ¿Dijeron algo?

Me hicieron un par de preguntas más sobre todo lo ocurrido, así que probablemente quieran hacer lo mismo contigo.

¿Han dejado algún número?

Esto me preocupa. Después de todo, les di una declaración completa ayer. ¿Qué más podrían preguntarme?

Creo que dejaron una tarjeta en tu puerta.

Gracias por avisarme. Me ocuparé de ello cuando regrese.

¿Qué noticias hay de Melissa?

Annie me ha informado que sigue en coma inducido, pero que pronto comenzarán a despertarla.

Bueno, eso son buenas noticias. ¿Te parece bien que lo publique en el grupo de Facebook? Todos están preguntando por ella.

Supongo que sí. Solo lo verán las personas de la plaza.

¿Cómo está Cameron?

Estoy a punto de ponerme en contacto con él.

¿Cómo crees que se lo tomará?

Difícil saberlo. Sabía que Justin estaba en cuidados intensivos, así que está preparado. En fin, hablaré contigo pronto. Tengo que llamarle antes de que se entere por otro lado.

Estoy pensando en ti. xx

Su último mensaje me hace sentir calor en los ojos. Pero si me permitiera llorar ahora, no estoy segura por quién o por qué serían las lágrimas. Probablemente por mí misma y por la carga de culpa que me he impuesto. Solo puedo rezar para que se disipe con el tiempo.

El segundo mensaje es de Cameron.

Estoy en el aparcamiento, mamá. Esperaré aquí hasta que veas este mensaje. x

¿Qué aparcamiento? ¿Aquí?

No podía quedarme sentado con todo lo que está pasando, así que decidí venir en coche. Estoy en el parking de varias plantas.

Voy a buscarte ahora mismo.

Echando a correr, me dirijo hacia el aparcamiento de varias plantas, toda la culpa reemplazada por la idea de ver a Cameron por primera vez desde Navidad. Una parte de mí esperaba dar un paseo de vuelta a la plaza para despejarme, pero eso ha sido completamente sustituido por la emoción de ver por fin a mi hijo. No me importa si "las normas" no le permiten salir de su residencia universitaria y volver aquí. Dadas las circunstancias, estoy segura de que nos perdonarían cualquier multa o sanción que pudieran imponernos las autoridades.

Veo su Fiesta en la esquina. Trabajó todos los fines de semana durante el bachillerato para ahorrar y asegurarlo. Aunque está un

poco abollado, es su orgullo y alegría. Me apresuro y tiro de la puerta del copiloto.

—¡Qué bien verte! —me deslizo en el asiento junto a él—. Quiero darte un abrazo pero estaríamos infringiendo la ley.

—Una locura, ¿verdad? Bueno, ya estás en este coche así que ya estamos infringiendo la ley.

—Ven aquí. —Me giro en mi asiento y me estiro por encima de la palanca de cambios hacia él—. Te he echado de menos.

En este momento me importa un bledo contagiarme del virus. Todo lo que me importa es abrazar a mi hijo.

Cameron nunca ha sido muy dado a los abrazos y rápidamente me suelta. —¿Qué está pasando ahí dentro? No he podido pensar en otra cosa.

Respiro hondo mientras le miro. Su expresión es difícil de interpretar. Nunca quiere oírlo, pero tiene el pelo oscuro y la complexión fuerte de Justin. Su pelo de punta roza el techo del coche, igual que solía hacerlo el de su padre. Pero se parece a mí en muchas otras cosas: sus ojos, sus pecas y, afortunadamente, su temperamento... normalmente.

—Vale, voy a decírtelo directamente. —Me muerdo la piel del labio y cierro los ojos un momento.

—¿Qué?

—Ha muerto, cariño. —Miro el reloj en su salpicadero—. Hace casi una hora. —Como si el momento importara en el esquema de las cosas.

Cameron parece como si le hubieran dejado sin aliento. —Estás de broma, ¿verdad? —Sus ojos se abren en su rostro repentinamente pálido—. Pero si solo tenía cuarenta y pocos.

—Lo sé. Pero con lo que bebía... nunca iba a vivir hasta una edad avanzada, ¿verdad?

Cameron me mira fijamente, con la conmoción emanando por cada poro. —No me lo puedo creer. —Gira el cuello de izquierda a derecha como si intentara aliviar algo de presión.

—Está bien que estés disgustado, ¿sabes? —Alargo la mano hacia la suya, pero él la aparta y agarra el volante en su lugar—. No te preocupes por lo que yo pueda pensar. Seguía siendo tu padre.

Ver su reacción inicial me hace estar aún más segura de que *jamás* debe enterarse de que yo estuve detrás de la muerte de Justin. *Nadie puede saberlo.*

—No es que esté disgustado como tal. —Está agarrando el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos—. Es solo que... no lo sé... sé que debería estar destrozado. Todos mis colegas de la universidad lo estarían si fuera uno de *sus* padres. No sé cómo me siento.

—Supongo que ellos tienen padres *decentes* en su mayoría. —Mi tono es triste, más que amargo. Es toda culpa mía que Cameron tuviera que crecer como lo hizo, con un bruto neandertal como principal modelo a seguir.

Es como si me hubiera leído la mente cuando su agarre en el volante se relaja. —Hiciste lo que pudiste —dice.

—Me alegro tanto de que hayas venido. —Intento sonreír a través de unas lágrimas que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba derramando hasta que una cae sobre mi mano. Estoy entumecida, completamente entumecida, pero en algún momento tendré que desahogarme.

—Yo también. Los otros chicos intentaron distraerme de todo esto, pero nada iba a funcionar.

—No me sorprende.

Su rostro se ilumina, lo que es reconfortante de ver. —¿Me vas a enseñar ese piso en el que te estás quedando? Me quedaré por aquí unos días, si te parece bien.

—Por supuesto que sí. —Entonces se me ocurre algo—. Pero está cerca de nuestra antigua casa —digo, haciendo una mueca—. Quiero decir *muy* cerca. ¿Crees que podrás soportarlo?

—He soportado cosas mucho peores, ¿no? —Gira las llaves con un suspiro y arranca el motor—. Además, no tengo prisa por volver. Esa chica con la que salía se ha largado con otro.

—Siento oír eso.

—Sí, bueno. —Su rostro se ensombrece y aparta la mirada. Parece que no desea hablar del tema.

—La policía quiere hablar conmigo otra vez, así que quizás tengas que mantenerte fuera de su vista hasta que se vayan. Les he

dicho que vivo sola.

—Me importan un comino las normas del confinamiento —dice—. Hemos pasado semanas encerrados en esas residencias como prisioneros. Es bueno salir de allí.

—Ese es mi chico.

CAMERON ESTÁ de pie donde he pasado tanto tiempo en las últimas semanas: frente a la ventana del salón, el punto de observación que utilicé para vigilar lo que sucedía en nuestra antigua casa. Me volví experta en localizar dónde podían estar Justin y Melissa en cualquier momento; después de todo, conozco esa casa, probablemente mejor que ellos dos juntos. Tener una idea de su rutina fue particularmente útil para calcular el momento de llevar a cabo mis actividades con las botellas de cerveza.

—¿Cómo pudiste soportar vivir tan cerca de él, mamá? —Cameron se gira en la ventana para mirarme. Con suerte, se quedará conmigo más de unos días para que pueda vigilarlo adecuadamente. Cambia de tema cada vez que menciono lo que le ha pasado a Justin y es difícil descifrar qué puede estar dando vueltas dentro de él. Ha estado más preocupado por beber cerveza y enviar mensajes constantemente en su teléfono. Cuando miré por encima de su hombro, parecía estar viendo fotos de alguna chica en redes sociales, quizás la chica con la que ha roto. He intentado hablar con él sobre ella, pero me aparta como si fuera una mosca.

—No *podía* soportarlo, si quieres saber la verdad —me apoyo en el borde de una maleta sin deshacer. No tenía sentido desempacar demasiado ya que no planeaba seguir viviendo en la plaza más tiempo del necesario. Hay demasiados fantasmas aquí,

especialmente ahora—. Pero ya sabes el aprieto en el que estaba, no tenía muchas opciones.

—Podrías haberte quedado conmigo. Especialmente ahora que Elise se ha largado.

—*¿En tu residencia universitaria?* —casi me río ante la idea—. No lo creo. —Es la primera vez que menciona el nombre de su novia. Quizás por fin se va a abrir conmigo. Tal vez esto también abra las compuertas para que hable sobre cómo está afrontando la muerte de su padre.

Parece que podría responder con algo, pero se detiene cuando el timbre resuena por todo el piso. Se me corta la respiración mientras me dirijo hacia él. No puede ser nadie más que la policía y no sé si estoy preparada para ellos todavía.

Levanto el receptor del interfono. —Sí.

—¿Es usted Lynette Rose?

—Sí, soy yo.

—Soy el agente Mark Wilkinson de la Policía de North Yorkshire. ¿Podría bajar y hablar con nosotros unos momentos, por favor?

—Si es sobre Melissa, ya di una declaración ayer. —Necesito dar la impresión de que no tengo ni idea de por qué podrían estar aquí de nuevo. Solo espero poder mantener la compostura. Mi voz ya está temblando. Miro a Cameron, que de repente parece preocupado. Me conoce mejor que yo misma.

—¿Es la policía? —articula sin voz.

Asiento.

—Sí, es sobre el incidente de ayer. Solo tenemos un par de preguntas más que hacerle, ¿le parece bien?

—De acuerdo, bajaré en un momento. —Cuelgo el receptor y respiro hondo.

—¿Qué quieren? —pregunta Cameron.

—Está bien, solo tienen un par de preguntas más para mí. Pero tengo que bajar; probablemente no les permitan entrar en las casas.

—Me vuelvo a poner las sandalias.

—Vale.

—¿Puedes alejarte de la ventana? —muevo la cabeza hacia el sofá, como diciendo *siéntate ahí, por favor*.

—¿Por qué? Solo estoy viendo lo que pasa.

—Estamos incumpliendo las normas del confinamiento, ¿no? No quiero que te hagan volver.

—No me obligarían, *seguro*. No después de lo que ha pasado.

—La mayoría de los vecinos de esta plaza no tendrían mucho que decir de todos modos. He pasado bastante tiempo de pie frente a esa ventana y la cantidad de infractores que he visto... —Mi voz se apaga. Aquí estoy, con la policía esperándome y estoy divagando sobre nada. Estoy ganando tiempo.

—Será mejor que bajes, mamá.

Desciendo los seis tramos de escaleras hasta la puerta de entrada, cada paso un movimiento deliberado como si intentara posponer mi inminente encuentro con la policía.

Mientras pulso el botón para abrir la puerta, sonrío a los dos agentes. Si eso es apropiado o no en estas circunstancias, no lo sé. No sé cómo se supone que debo comportarme o reaccionar en este momento.

—Gracias por venir a hablar con nosotros, señora Rose.

—Llámeme Lynette —digo. Ya no me siento como una *señora Rose* y no creo que tarde mucho en volver a usar mi apellido de soltera. La única razón por la que no lo he hecho ya es porque quería llevar el mismo apellido que mi hijo.

—Soy el Detective Constable Mark Wilkinson. —El agente masculino saca pecho y luego señala a la mujer que está a su lado. Es inquietante notar lo mucho que se parece a Justin cuando éramos más jóvenes. Desde el pelo oscuro de punta hasta la forma confiada en que se comporta.

—Y yo soy la Sargento Ruth Tomkins. —Ella asiente hacia mí.

No parece lo suficientemente mayor para ser sargento, pero quizás solo sea que yo me estoy haciendo mayor.

Sin tener nada mejor que hacer en este momento, apuesto a que todos los vecinos sienten curiosidad. Miro alrededor para comprobarlo. Monica nos observa desde su tumbona a la izquierda y la vecina de mi derecha baja la mirada tan pronto como la noto y

continúa cuidando su jardín. El agente difícilmente puede enviarlos a sus casas para que podamos hablar en privado.

Quizás quieran llevarme a la comisaría para interrogarme. Vaya, espero que no; he llegado hasta aquí y no quiero derrumbarme ahora. Nunca he soportado bien el escrutinio y no puedo garantizar que no me desmorone bajo el tipo incorrecto de presión.

—Daremos un paseo hasta la zona verde, ¿de acuerdo? —El DC Wilkinson señala en esa dirección—. Sé que no es muy convencional, pero al menos podremos hablar manteniendo la distancia entre nosotros.

—Además de no ser escuchados —dice su colega, un poco demasiado alto.

Monica debe oírla porque levanta una ceja mientras sigo a los agentes hasta la puerta. Miro hacia mi ventana al cerrarla tras nosotros. A pesar de que le dije que se apartara, Cameron sigue observando. Mientras sigo a los agentes, mi mente recuerda cuántas veces Melissa y Justin habrán mirado hacia arriba y me habrán notado allí de pie, a menudo, durante las últimas semanas.

Llegamos al borde de la zona verde. Aparte de una mujer que le lanza una pelota a su perro al otro lado, está desierta. Sin planearlo, los tres nos organizamos en un triángulo. La mayoría de las personas están bien entrenadas en cuál es la distancia prescrita ahora. La situación parece casi surrealista y me pregunto si soy la primera persona a la que han "entrevistado" de esta manera.

Es mejor que ser llevada a la comisaría, eso seguro. Reflexiono sobre los peligros potenciales, la escasez de mascarillas y la sala de interrogatorios confinada, aumentando lo que está en juego en este inusual encuentro.

—¿Qué queráis preguntarme? —Dirijo mi pregunta al DC Wilkinson ya que ha sido él quien más ha hablado hasta ahora. A pesar de la tormenta de ansiedad que se está gestando dentro de mí, logro mantener mi voz bastante despreocupada, al menos eso espero.

Se aclara la garganta. —Solo una o dos cosas que no se abordaron en la declaración que nos hizo ayer.

Asiento mientras espero a que continúe.

—¿DE acuerdo? *Una o dos cosas* no suena *tan* mal. Sin embargo, esto dependerá de cuáles sean esas *una o dos cosas*. Veo al perro correr tras su pelota por el rabillo del ojo. Los perros son unos de los beneficiarios de este confinamiento. Tienen a sus dueños en casa todo el día, los sacan a pasear más veces, ellos...

La voz del agente Wilkinson irrumpe en mis pensamientos. —Sabemos que hoy viene usted del hospital —dice.

No es exactamente una pregunta, pero asiento con la cabeza y espero a que continúe.

—Lamentamos la noticia sobre su ex marido —añade la sargento Tomkins.

Estoy segura de que ambos me estudian en busca de una reacción. —Gracias —digo. *¿Qué más puedo decir?*

—Nuestra primera pregunta —comienza el agente Wilkinson—, señora Rose, mmm Lynette, es para preguntarle por qué no fue más específica sobre la mala relación entre usted y el señor Rose. Me refiero a la declaración que nos hizo inicialmente.

Las esposas que cuelgan de su cinturón brillan bajo el sol, esposas que ruego no terminen cerrándose sobre mis muñecas.

—*¿Mala relación?*

—Nos referimos específicamente a la acusación de fraude y a los procedimientos judiciales que han existido entre ustedes durante

muchos meses —añade la sargento Tomkins mientras se aparta un mechón rubio de los ojos.

Eso no es una pregunta demasiado aguda. Quizás pueda salir bien de esta. —No pensé que fuera relevante —respondo—. Al menos no para lo que ocurrió ayer. —Giro la cabeza en dirección a mi antigua casa.

—La verdad es —frunce el ceño— que todavía no sabemos qué *ocurrió*. No *aún*. —Hace una pausa como si me diera la oportunidad de hablar. Pero voy a decir lo menos posible. Responderé cualquier pregunta directa y nada más.

—Tuvisteis un divorcio bastante conflictivo por lo que sabemos, usted y el señor Rose. —El tono del agente Wilkinson es casi acusatorio y no estoy segura de adónde quiere llegar. De lo que *sí* estoy segura, sin embargo, es de que voy a ser el tema de conversación de esta plaza durante el resto del día. Varios de los otros vecinos, incluida Diane, ahora nos observan desde sus jardines. Se acabó lo de mantener un perfil bajo.

—Supongo que sí —respondo—. Probablemente peor que la mayoría de las parejas que se divorcian. —Veamos si puedo salir del paso con *esa* explicación. No quiero entrar en los detalles de todo a menos que sea necesario.

—Dada esta *mala relación* entre ustedes dos, Lynette, ¿por qué estaba *usted* a su lado en el momento de su fallecimiento? —Estoy segura de que el tono del detective se vuelve más acusatorio, aunque quizás solo estoy siendo paranoica.

—Justin sigue siendo el padre de mi hijo, ¿no? —El calor del sol se ha intensificado, y siento una gota de sudor trazando un camino por mi frente, un recordatorio tangible de la presión que crece en mi interior. Resisto el impulso de limpiarla en un intento fútil de mantener la compostura—. Y le estaba dando un descanso a Judith, mi ex suegra.

—Entonces debe tener una buena relación con ella. —El rostro de la sargento Tomkins se relaja en una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Sí —respondo. Podría entrar en detalles aquí sobre cómo prácticamente desheredó a su hijo y en cambio me apoyó a mí, pero

cuanto menos diga, mejor—. Había estado en el hospital toda la noche y necesitaba un descanso, y no quería dejarlo solo.

—¿Así que te lo pidió a *tí*? —La sargento Tomkins inclina la cabeza hacia un lado mientras espera mi respuesta.

—No creo que hubiera nadie más a quien pudiera pedirselo, sinceramente. Solo permitían la entrada a familiares cercanos.

Por un segundo, me pregunto si contradecirán mi referencia a ser *familia cercana* ya que estamos divorciados. De todos modos, ya he contestado una pregunta hasta ahora, así que si la otra está a la par con esa, estaré bien.

—Lo siguiente sobre lo que nos gustaría preguntarle, Lynette... —El agente Wilkinson amplía su zancada como si estuviera reafirmandose—. Es respecto a cierta información que hemos recibido mientras tomábamos declaraciones a algunos de sus vecinos.

Realmente no me gusta cómo suena esto. —¿Oh?

—Hemos escuchado esto de dos fuentes diferentes: la han visto en el porche de la propiedad de los Rose en varias ocasiones durante la última semana. ¿Quiere contarnos algo al respecto?

Maldita sea... tuve una sensación desagradable en más de una ocasión de que me estaban observando. La plaza siempre ha sido ridícula para cotilleos y chismes, pero desde el confinamiento, parece que es lo único que le queda a la gente por hacer.

—Como ya dije en mi declaración, estaba cuidando de Melissa. Como algunos de los otros vecinos.

—¿*Cuidando de ella*? —repite—. ¿De qué manera?

—Bueno, sabíamos que las cosas estaban difíciles para ella ahí dentro, con Justin, quiero decir. Supongo que al estar embarazada, sentíamos que debíamos ofrecerle apoyo de cualquier forma posible. Así que éramos dos o tres los que le dejábamos cositas en la puerta.

—¿Como por ejemplo?

—Simplemente cosas como pan y leche, ese tipo de cosas.

—Si me permite decirlo... —los ojos del DC Wilkinson son duros como el mármol—. Parece algo extraño para una ex mujer hacer.

—No estaba haciendo *nada* por Justin, solo estaba cuidando de Melissa.

—Algunos dirían que eso es aún más extraño. —La sargento Tomkins cruza los brazos—. La ex mujer y la nueva esposa.

—No me importa lo que *algunos digan* —respondo, esperando que la insolencia en mi voz no les ponga en mi contra—. Y no veo cómo el hecho de que yo intente ayudar a una vecina y a una compañera mujer, independientemente de con quién esté casada, sería relevante para nada.

—Si ese es el caso, ¿por qué no le dijiste a Melissa quién eras? Hemos oído de otros testigos que ella *no tenía idea* de que eras la ex mujer de Justin.

Annie debe haber dejado escapar esto sin querer. Por supuesto, tengo una razón perfecta por la que guardé silencio. Pero si les dijera que Justin me ha amenazado con lo que podría hacernos a mí y a Cameron si revelaba algo, eso podría hacer que la policía me examine *aún más de cerca* cuando, en realidad, solo necesito que me dejen en paz.

—Se lo habría dicho a Melissa *eventualmente*, por supuesto que lo habría hecho. Pero no había manera de que empeorara las cosas diciéndole quién era cuando ella todavía estaba atrapada allí, justo en medio de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, sé exactamente cómo es Justin, ¿verdad? Y *todos* le habíamos oído gritarle. ¿Cuántas veces *os* llamaron? Siento decirlo, pero todos le fallamos realmente, incluida la policía, al no actuar antes para ayudarla.

—Lo que *realmente* nos desconcierta... —el DC Wilkinson cambia el peso de un pie a otro, aparentemente eludiendo lo que acabo de decir.

La forma en que dice la palabra *realmente* me hace preguntarme qué demonios viene a continuación. —Es por qué los vecinos nos han dicho que has estado pasando al menos uno o dos minutos en el porche cada vez que has estado allí. ¿Por qué sería eso? —Hace una mueca mientras señala con el pulgar en esa dirección.

—Solo se tarda un momento o dos en dejar una botella de leche o una barra de pan en el suelo —añade la sargento Tomkins. Intercambian miradas, una comunicación silenciosa que resuena con

una agenda no expresada. Son un verdadero dúo, estos dos, y no me gustan ni un poco—. Se te vio agachada en ese porche durante mucho más tiempo que solo unos segundos. Entonces, ¿qué estabas haciendo?

Eso es fácil.

—Me estaba agachando, como habéis insinuado, soy la ex de Justin. Necesitaba mantenerme lo más fuera de la vista posible.

—Pero, ¿qué estabas *haciendo* realmente? —Su voz está teñida de impaciencia.

—Escuchando, eso es todo.

—¿Escuchando *qué*? —Todavía parece que no me cree. Ella tampoco.

—Solo me aseguraba de que Melissa estuviera bien. —Mi cara arde, aunque lo que he dicho es parcialmente cierto.

—¿Te estabas asegurando de que la *nueva esposa de tu ex marido* estuviera bien? —La sargento Tomkins arquea una ceja perfectamente depilada.

—No todas las ex mujeres tienen cuernos que sobresalen de sus cabezas, y no todas las ex mujeres gotean veneno cada vez que hablan —respondo, posiblemente con demasiada ligereza. Lo he hecho tan bien hasta ahora y no quiero manchar mi hoja de servicios justo cuando parece que podrían estar llegando al final de sus preguntas.

Después de unos eternos segundos, el DC Wilkinson se acerca a mí.

—Eso será todo por ahora.

—¿En serio? —Mi voz es un chillido.

Apenas puedo creer lo indoloro que fue. Gracias a Dios.

—Claramente, habrá más preguntas a medida que avance la investigación —dice, con voz severa de nuevo—. Estamos en medio de la obtención de imágenes de las cámaras de las puertas y CCTV local que podrían darnos más información para reconstruir los últimos días del Sr. Rose y asegurarnos de que no nos falta nada aquí.

No menciona nada sobre una posible autopsia. Pero si él no dice nada, yo no pregunto. Supongo que para la policía, las muertes son el pan de cada día, especialmente en este momento. Un cadáver será parte de su trabajo como lo son los clientes que se quejan del mío.

—¿Puedo irme ya? —Me siento incómoda. Los vecinos están observando desde sus jardines; son público de un espectáculo para el que nunca me apunté.

Y lo único que quiero hacer es esconderme hasta que todo pase.

—GRACIAS POR ORGANIZAR ESTO —le lanzo a Annie una mirada de agradecimiento. No nos conocemos demasiado bien, pero nos hemos unido de una forma extraña durante los últimos días con todo lo que ha ocurrido.

Quizás se ha sentido *obligada* a mover algunos hilos después de lo que *ella* hizo, con la esperanza de mantenerme de su lado. No sabe que *jamás* revelaré nada. *Jamás en un millón de años*. Algunos secretos solo pueden ser enterrados.

—No podemos quedarnos mucho tiempo —habla en voz baja—. No más de diez minutos. Y si alguien pregunta, eres familia.

—Lo soy... de alguna manera —susurro—. Al fin y al cabo, su bebé será el hermano o hermana de mi hijo.

La sigo a través de unas cortinas de plástico y entramos en la Unidad de Cuidados Intermedios. Refleja la Unidad de Cuidados Intensivos con su entorno blanco y estéril, aunque la atmósfera es mucho menos mortuoria y opresiva.

—Me quedaré contigo, por si acaso —dice Annie mientras la sigo bajo las luces fluorescentes por otro pasillo.

Estoy a punto de preguntar *¿por si acaso qué?* Pero no lo hago. Es un milagro que haya conseguido que me dejen entrar.

—Las noticias están llenas de pacientes con Covid abandonados en camillas —digo—. Al menos aquí no es así.

—No has visto Urgencias —se gira y hace una mueca—. Pero no estamos tan mal como otros hospitales. Melissa está clasificada como paciente vulnerable y, afortunadamente, hemos conseguido una habitación individual para ella.

—¿Sabe que vengo? —nos detenemos frente a la habitación.

—No. He decidido dejarte explicar quién eres si te parece bien —asiente hacia la enfermera en el mostrador, diciendo—: Solo estaremos diez minutos, como acordamos.

Ella asiente. —De acuerdo.

Annie saca una mascarilla de papel de un contenedor fuera de la habitación y me la pasa. —Mantenla puesta en todo momento y asegúrate de que no haya contacto físico —se ajusta la suya a cada oreja y entramos.

—He traído a alguien para verte —Annie encabeza el camino a través de la habitación y se acomoda en la silla al lado de Melissa. Me hace un gesto para que me siente al otro lado.

La luz del sol baña la habitación con un cálido resplandor. Pero a pesar del brillo, las sombras danzan, creando una inquietante familiaridad que me recuerda a la habitación de Justin hace apenas un par de días. Por una fracción de segundo, lo veo a *él*, en lugar de a ella, en la cama frente a mí. La realidad de lo que he hecho vuelve a invadirme. *He matado a tu marido. Al padre de tu hijo nonato.* Y me doy cuenta, horrorizada, de que estoy temblando.

Melissa me mira con ojos muy abiertos por encima de su mascarilla de oxígeno. —Eres *tú* —su voz suena ronca mientras me señala.

—Intenta no hablar demasiado —Annie apoya una mano enguantada en el brazo de Melissa y, en ese sutil gesto, es obvio cuánto se preocupa por ella. Es una observación que me hace llorar. Justin me alejó de muchos de mis amigos cuando estábamos juntos y nunca me he recuperado de ello—. Deja que Lynette hable.

—¿*Lynette*? —Melissa intenta incorporarse.

—He venido a explicarme —hablo rápidamente, por si acaso prefiere que me vaya—. Justin fue tan horrible conmigo como lo ha

sido contigo.

—Lo sé.

Mientras me siento frente a Melissa, el aire crepita con palabras no pronunciadas. Nuestras miradas se encuentran, un silencioso reconocimiento de heridas compartidas. En este frágil momento, somos aliadas, unidas por el legado de un hombre que se deleitaba intentando destrozarnos nuestras vidas.

—Melissa ha recibido la noticia de su muerte —dice Annie.

Sus ojos se llenan de lágrimas. —Me siento tan culpable.

—¿Por qué demonios? —la voz de Annie se eleva mientras aprieta el brazo de Melissa—. Él era el culpable, no tú.

Trago saliva, sabiendo perfectamente que Justin seguiría vivo si no fuera por *mí*.

—¿Eres *realmente* ella? —los ojos enrojecidos de Melissa me examinan—. ¿La *ex de Justin, Lynette*? —Mi mirada se posa en los moratones de sus delgados brazos—. *Mis* brazos solían verse como los tuyos. Era un absoluto *bruto*.

—Sí. Y siento que te hayas enterado solo ahora.

—Pero, ¿por qué...?

Su voz se apaga cuando Annie le da un codazo. —Necesitas descansar —dice—. Solo escucha e intenta no hablar.

—Probablemente te preguntas qué hacía yo viviendo en ese piso tan cerca de vosotros.

Ella asiente, así que continúo.

—No tenía otro sitio adonde ir —digo—. Obviamente, estaba lejos de ser ideal, pero estaba desesperada. Estábamos a punto de entrar en confinamiento y mi situación económica es bastante precaria, gracias a... —es mi turno de dejar que mi voz se apague. Ya ni siquiera soporto decir el nombre de ese hombre—. ¿Sabes algo de la deuda en la que me metió?

—Ahora sí.

—A las pocas horas de instalarme allí —continúo—, me di cuenta por lo que veía y oía que *él* no había cambiado ni un ápice. Había vuelto a las andadas, pero esta vez *contigo*.

Mis ojos se posan en la forma de su vientre, hinchado bajo la sábana, y me invade una nueva oleada de determinación. Quizás sin

hacer lo que hice, ese bebé no habría tenido una oportunidad en la vida. Al menos le he dado a ese niño la oportunidad de crecer en un hogar tranquilo, rodeado de amor en lugar de toxicidad.

—Sabía por Cameron que estabas embarazada —continúo—. Pero incluso sin saber eso, me habría preocupado que estuvieras atrapada en la casa como lo estabas. El hombre es una auténtica bestia.

—*Era* una auténtica bestia —Annie mira fijamente al suelo. Está claro que se culpa por su muerte. Me encantaría sacarla de su miseria y contarle sobre mi participación, pero no puedo arriesgarme.

—¿Es por eso que me vigilabas? —La voz de Melissa suena rasposa y dolorida—. ¿Porque estabas preocupada?

Asiento con la cabeza. —No puedo explicarte lo impotente que me sentía. Algunos queríamos ayudar, algunos lo intentamos. Pero con el virus y luego con él siendo tan... —me detengo para no seguir. *No puedo* continuar con esta línea de explicación. Al igual que cuando hablé con la policía, necesito mantenerme callada sobre las amenazas que él hizo. Ya ha habido suficiente atención de los vecinos y la policía sobre mí, sin invitar a más.

Al menos parece que nadie ha dicho a la policía *nada* sobre él gritando y comportándose de aquella manera en mi jardín la noche antes de que muriera. Todavía parece milagroso, pero *quizás* solo Melissa oyó y vio algo esa noche. Estoy segura de que nuestros entrometidos vecinos habrían comunicado sus observaciones de inmediato si los hubiera despertado.

—¿*Tú* has dicho algo a la policía? Sobre él estando en mi jardín esa noche, quiero decir.

—¿Por qué lo haría? Pensaba que tenías una aventura con él —la voz de Melissa es apenas audible.

Annie frunce el ceño como diciendo: *deja de hablar y descansa*.

—Ni hablar —casi me río de esto—. Estaba intentando advertirme que me mantuviera alejada. —Necesito restarle importancia—. Estaba furioso porque me había mudado enfrente y que estaba justo bajo sus narices. Ya sabes lo controlador que era. Yo habría sido la

última persona que él hubiera querido que se acercara a ti con la verdad.

—Melissa *ya* había abierto los ojos —Annie cruza una pierna sobre la otra—. *Estaba* planeando dejarlo, pero entonces ocurrió el confinamiento.

—¿De verdad?

Ella asiente.

—Por lo que puedo entender —continúa Annie—, hiciste todo lo que pudiste. Incluso te *pusiste* en riesgo, intentando ayudar a Melissa.

—Ah, pero yo estaba acostumbrada a él, ¿no? —La inquietud me recorre y me muevo en mi asiento. El crujido de la silla resuena en la habitación, por lo demás silenciosa—. No podía amenazarme con nada que no hubiera oído antes. Además, yo estaba a una distancia más segura y normalmente detrás de una puerta cerrada.

—Cinco minutos, por favor —la enfermera de la estación exterior asoma su cara enmascarada por la puerta.

—Vale —Annie asiente, mirando a Melissa—. De todas formas se está cansando.

—Mira, Melissa —necesito decir esto antes de que me echen—. He venido hoy para decirte lo mucho que lo siento. *No* hice lo suficiente para ayudarte; las cosas nunca deberían haber llegado tan lejos. Me alegra muchísimo que tú y el bebé vayáis a estar bien.

—Toco madera —Melissa se lleva la mano a la cabeza y sus ojos se arrugan por las esquinas. Detrás de su mascarilla, estoy segura de que está sonriendo.

Annie parece pensativa. —Simon y yo deberíamos haberte sacado de allí a rastras, con virus o sin él.

—He tenido suerte —susurra ella—. Pero no sé qué voy a hacer después de estar aquí.

—Tengo alguna idea de lo que estás pasando —digo—. Y quiero ayudarte si me lo permites. Podemos superar esto juntas.

Parece exhausta mientras nos mira a mí y a Annie. —*Estoy* realmente cansada —dice—. Pero te agradezco que hayas venido a verme.

—Gracias por dejarme entrar. Seguro que has oído un montón de cosas desagradables sobre mí; no te habría culpado si me hubieras mandado a paseo —Me río, pero suena hueco mientras reverbera por las paredes.

Melissa niega con la cabeza mientras cierra los ojos.

Estamos casi en la puerta cuando de repente levanta la cabeza de la almohada. —¿Un momento, Lynette?

Ambas nos giramos. —¿Qué?

—Nunca olvidaré lo que hiciste. Y no te preocupes, nunca diré una palabra a la policía.

Algo dentro de mí se hiela mientras su críptica afirmación queda suspendida en el aire. Ni siquiera puedo responderle.

Ella cierra los ojos de nuevo y se recuesta contra la almohada.



—¿Qué quería decir? —dice Annie cuando nos encontramos de nuevo en el pasillo.

Me encojo de hombros. —No tengo ni la más remota idea.

Si Melissa *realmente* sabe lo que estaba haciendo con la cerveza de Justin, sería cómplice de su muerte por no hablar para evitarlo. Por lo tanto, mi secreto *debería* estar a salvo.

—Probablemente esté confundida —dice Annie mientras me conduce hacia la salida principal—. Ha pasado por un trauma importante, sin mencionar las drogas que le están dando para ayudarla a recuperarse.

Así que parece que somos *tres* las que tenemos la sangre de Justin en nuestras manos.

Lo que solo demuestra qué ser humano tan abominable era.

SIN TÍTULO

Melissa

EPÍLOGO

¿QUÉ TAL ESTÁ mi amiga favorita? xx

Todos estamos bien, gracias. ¡¡Espero que tengas una mañana más tranquila que la nuestra!! xx

Os quiero muchísimo a todos. ¡Dale un fuerte abrazo a los niños de mi parte! xx

Dejo el móvil sobre la mesa de centro y sonrío. Annie me envía mensajes religiosamente cada mañana ahora, esté de turno o no. A pesar de mis repetidos intentos por tranquilizarla, nunca se ha perdonado del todo no haberme vigilado más cuando entramos en confinamiento.

Yo nunca me he perdonado del todo por enterrar lo que sé sobre *su* marido, pero he decidido que es mejor así. Sin embargo, me he tomado la libertad de acorralar a Simon con un pequeño ultimátum propio: que si *alguna vez* vuelve a traicionar a mi mejor amiga, le contaré *todo*. Eso *después* de cortarle los huevos, por supuesto.

Aisla irrumpe en la habitación, su cabello pelirrojo una declaración vívida de su enfado. —Mamá, Ewan está siendo malo conmigo —resopla con los ojos ardiendo de rabia.

Ewan se desliza dentro, listo para defenderse. —Está mintiendo. Solo dije...

—En serio, vosotros dos. —Les sonrío. Creo que no les he regañado *ni una sola vez* desde que los recuperé de casa de Rick y Cara, y no tengo intención de empezar ahora—. Solo tenéis que conectaros y estar listos para vuestros profesores. Si hacéis lo que os dicen, haremos repostería más tarde.

—¡Bieeeeeen! —Y vuelven a marcharse a toda prisa.

Alargo la mano hacia el capazo para coger a Layla, sonriendo mientras ella cierra su puñito alrededor de mi dedo meñique. Me preocupaba que pudiera parecerse a Justin, pero afortunadamente, solo he podido ver a su hermana mayor en ella.

La cojo y la apoyo contra mi hombro. —Eres la pequeña estrella de mamá, ¿verdad? —susurro. La llegada de Layla al mundo, cinco semanas antes de lo previsto, fue como un torbellino: una mezcla de miedo, esperanza y la innegable fortaleza de mi pequeño milagro.

Nuestra casa adosada, situada en esta calle tranquila, emana todo el encanto de un nuevo comienzo. El acogedor salón, lleno de todo lo que he echado de menos durante los últimos meses, nos ha concedido un nuevo inicio.

Si las cosas hubieran sido diferentes y nos hubiéramos instalado aquí desde el primer día del confinamiento, ¿seguiría Justin vivo ahora? Probablemente. Pero, ¿me dejaría en paz y me permitiría criar a mis hijos tranquilamente? Probablemente no.

Layla se acurruca contra mí y hago una oración silenciosa de agradecimiento por haber salido relativamente indemnes. Rick y Cara se ofrecieron a quedarse con los niños un poco más para que pudiera instalarme aquí, pero me negué y los recuperé en cuanto pude.

A Aisla y Ewan les encantó ayudar a preparar la casa nueva, aunque pensé que tendría más tiempo para estar a solas con ellos, compensando los casi tres meses sin ellos. Sin embargo, Layla tenía otros planes cuando decidió aparecer antes de tiempo.

Los colegios se están preparando para un regreso escalonado este mes, prometiendo una apariencia de normalidad. Pero la normalidad, como todo lo demás, viene teñida con ecos del pasado.

Mis días estarán llenos de mantenerlos organizados, cuidar de Layla, visitar a mi madre y continuar recomponiéndome. Mi terapeuta ha reducido nuestras sesiones en línea a una por semana, así que al menos voy en la dirección correcta.

Mientras los niños se concentran en sus tareas, uno en el salón y el otro en la cocina, el buzón suena. Cada ruido que hace me provoca escalofríos en la columna, pero he aprendido a respirar profundamente cuando ocurre. Ya no es un recordatorio de la ira de Justin, ahora es solo un buzón.

El sobre, que trae noticias de que nuestra antigua casa ha salido a la venta, se siente como un eco agri dulce. Repaso las fotografías adjuntas, cada una un inquietante recordatorio de una vida que he dejado atrás. En la superficie, la casa parece ser un hogar familiar perfecto, listo y esperando a que el amor y la risa se infiltren entre sus paredes. Cuando nos mudamos a una casa, eso es todo lo que podemos esperar.

Yo esperaba eso, y antes que yo, también lo hizo Lynette. Pero como ambas hemos descubierto, la elección de la pareja determina el tipo de hogar que tienes. Justin estuvo a punto de destruirnos, a las dos.

El valor de la casa cubrirá las deudas que acumuló y si queda algo, Lynette y yo lo dividiremos entre nosotras.

Ella soportó una pesadilla después de que Justin muriera, mientras la policía investigaba y husmeaba, en lugar de aceptar la causa de muerte indicada en el certificado de defunción de Justin: *muerte por enfermedad relacionada con el consumo crónico de alcohol.*

El hecho de que tardaran más de un mes antes de que pudiera ser incinerado también fue difícil de soportar. Las dos necesitábamos tanto un cierre que cuando finalmente llegó, fue como el capítulo final de una novela oscura, y sentimos como si una roca hubiera sido finalmente retirada de donde nos estaba aplastando contra el suelo.

Solo hubo cuatro asistentes en su funeral: el oficiante, Judith, Lynette y Cameron quien, según Lynette, apareció borracho. Yo no podría haberme acercado ni de lejos, pero Lynette dijo que su razón para asistir fue asegurarse de que él *definitivamente se había ido*. Le sorprendió el deseo de Cameron de estar allí y ha estado preocupada por lo que podría estar pasando por su cabeza desde que perdió a su padre y rompió con su novia. Dice que se cierra en banda cada vez que intenta hablar con él sobre cualquiera de estos temas.

Judith había llorado por su único hijo, no solo porque eso es lo que hace una madre, sino porque en algún lugar dentro de ella, probablemente todavía siente la responsabilidad de haber expuesto a Justin a su padre violento. Sabrá en el fondo de su corazón que continuó durante más tiempo del debido. Apenas puedo juzgarla por esto: yo también expuse a mis hijos al comportamiento de Justin, y incluso unos pocos meses fueron demasiados.

Lynette fue una aliada inesperada en mis horas más oscuras. Apenas puedo creer que la idea de que Justin tuviera *una aventura* con ella se me pasara por la cabeza aquella noche. Nuestra amistad ciertamente ha levantado algunas cejas entre quienes descubren nuestra historia. Cameron también piensa que es un poco extraño y ha tenido dificultades para encariñarse conmigo y mis hijos, especialmente con Layla. A pesar de lo que cualquiera piense, mi amistad con Lynette es una que puedo imaginar que se vuelva duradera. Ella me cuidó en un momento en que necesitaba a alguien y nunca olvidaré eso.

Quizás algún día pueda contarle exactamente qué ayuda presencié que me dio el último día de vida de Justin, lo que la vi hacer a través de la mirilla de mi puerta principal.

Aunque quizás ahora, por el bien de todas, lo mejor sea no decir nada y seguir adelante con nuestras vidas.

Mientras coloco las fotos de la inmobiliaria en el cajón del aparador, mi teléfono suena con un número que no reconozco.

Mi padre tenía razón. Todas vosotras sois iguales. Deberías haber muerto tú, no él.

Miro a Ewan, inmerso en sus Matemáticas, esperando y rezando para que lo haya alejado de Justin antes de que su podredumbre tuviera *alguna* oportunidad de infiltrarse en él. A diferencia de lo que ha pasado con Cameron.

La manzana, al parecer, no ha caído muy lejos del árbol.

Antes de irte...

¡Gracias por leer Confinamiento - espero que lo hayas disfrutado!

Si quieres más, busca [La Casa de Vacaciones](#) en Amazon. Conocerás a la familia Hawthorne, que se embarca en unas "vacaciones" de una semana para honrar la petición de un miembro fallecido de la familia de que ventilen sus diferencias y encuentren soluciones. Pero con tantos secretos familiares y resentimientos enterrados, existe la posibilidad de que al menos un miembro de la familia no regrese a casa...

PREGUNTAS PARA EL DEBATE DEL CLUB DE LECTURA

1. Los casos de violencia doméstica aumentaron durante el confinamiento. ¿Cuáles crees que fueron las razones principales de esto?

2. Aunque Melissa temía a Justin, temía más al virus. Explora cómo debió de ser su estado mental al llegar a esta conclusión.

3. ¿Estaba justificada la forma en que Rick, el padre de los niños, manejó la situación? ¿Cómo podría haberlo hecho mejor?

4. ¿Cómo evolucionó el personaje de Melissa a lo largo de la historia? ¿Qué fortalezas o debilidades observaste en ella?

5. ¿De qué manera el confinamiento intensificó los desafíos que Melissa enfrentaba en su matrimonio abusivo?

6. ¿Cómo se utilizó el contexto del confinamiento nacional para aumentar la tensión en la historia? ¿De qué formas la pandemia externa reflejaba o contrastaba con las luchas internas de Melissa?

7. Comenta el tema del control coercitivo y la manipulación en la relación de Melissa con Justin. ¿Cómo exacerbó el confinamiento estas dinámicas, y hubo momentos en los que sentiste que Melissa podría liberarse?

8. Explora el papel de los vecinos y amigos de Melissa en la historia. ¿Cómo influyeron sus intentos de acercamiento en la narrativa?

9. ¿Cómo reflejó la lucha de Melissa por la libertad la profundidad de la resiliencia humana? ¿Hubo momentos que destacaron particularmente al mostrar su determinación por sobrevivir?

10. ¿Qué sensaciones te provocó el libro? ¿Hubo escenas que te resonaran particularmente?

11. Comenta tus opiniones sobre el desenlace de la historia. ¿Quedaste satisfecho/a con cómo concluyó el libro, y te dejó con preguntas pendientes?

LA CASA DE VACACIONES - PRÓLOGO

Giro la plancha entre mis manos, su impecable superficie de plomo apenas revela pista alguna del acto que acaba de cometer. Lo que antes era una simple herramienta para planchar ropa, ahora carga con la culpa de un propósito mortal.

Asesinato.

Cubierta de capas de polvo y grasa tras años siendo usada como tope para la puerta de la cocina, ahora ha evolucionado en algo mucho más siniestro.

¿Pretendía matar con ella? Si he de ser realmente sincera, sí, lo pretendía. ¿Puedo lidiar con las inevitables repercusiones? ¿Con la enormidad de lo que he provocado manchando mi conciencia hasta el fin de mis días? No, creo que no puedo. Me inclino para dejar la plancha a mis pies, como intentando desligarme de ella.

—¿Qué has hecho? —La voz está cargada de acusación.

La habitación retumba con el sonido de arcadas provenientes de un rincón, los ruidos guturales atravesando el denso silencio. En otro rincón, suaves sollozos puntean el aire. Los rostros que observan se funden en uno solo, unidos por la conmoción, cada expresión indescifrable. Es una pregunta justa. ¿Qué *he* hecho? Respondo a

sus miradas con una sensación de resignación insensible, incapaz de articular una respuesta.

Varios ojos van y vienen entre yo y la figura sin vida desplomada en un charco de sangre entre nosotros. Abro la boca para hablar, pero las palabras se atascan en mi garganta, ahogándose con su peso. Cierro los ojos, deseando que la escena ante mí desaparezca cuando los abra de nuevo.

Pero sigue ahí. Al igual que el horror indescriptible que va emergiendo en cada rostro mientras continúo mirando alrededor. Una cosa es segura: mi destino ya no está en mis manos.

Ahora está en las suyas.

[Descubre más en Amazon](#)

AGRADECIMIENTOS

Gracias, como siempre, a mi increíble esposo, Michael. Él es mi primer lector y es fundamental en mi proceso de edición para cada una de mis novelas. Su fe en mí significa más de lo que puedo expresar.

Un agradecimiento especial para mi maravilloso equipo de lectores anticipados, quienes se tomaron el tiempo y la molestia de leer una copia anticipada de Confinamiento y ofrecer comentarios. Son una parte vital de mi negocio como autora y no sé qué haría sin ellos.

Siempre estaré agradecida a la Universidad Leeds Trinity y a mis tutores del Máster en Escritura Creativa allí, Amina, Martyn y Oz. Mi título de Máster en 2015 fue el trampolín para poder escribir como profesión.

Y gracias especialmente a ti, el lector. Gracias por tomarte el tiempo de leer esta historia. Realmente espero que la hayas disfrutado.

ACERCA DEL AUTOR

Maria Frankland tiene un historial de búsquedas en internet dudoso y una suegra muy preocupada. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede impedirle escribir thrillers psicológicos cautivadores en los que nunca encontrarás un final feliz.

Sus novelas se desarrollan principalmente en Inglaterra. Son personas que podrían vivir al lado de tu casa, o más cerca aún... no digas que no te lo advertimos.

Las novelas de Maria son dinámicas, realistas y con los pies en la tierra. Nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina...

